

EL SOL DEL OCASO

Parte	pág.
I. LA LUZ	2
II. LA SOMBRA	50
III. EL OCASO	78

JUAN PABLO MARTÍNEZ RUBIO

& & & & &

© Enero 2002

I

LA LUZ

-¡Entró, entró!-gritó Luis, orgulloso y pletórico de gozo. Dani, su nieto de quince años, con aquel revés en paralelo, le había dejado clavado al fondo de la pista, después de haber hecho un buen saque. Este golpe era el definitivo para acabar el partido a un set que estaban disputando.

Por primera vez, a sus setenta y cuatro años, le ganaba Dani. Hacía tiempo que estaba esperando esta derrota; pero lo que no podía hacer era dejarse ganar; Dani era bastante inteligente para darse cuenta de ello y él mismo era incapaz de tal fingimiento ante su nieto. Su relación había sido siempre muy sincera y no cabían en ella este tipo de tretas.

Por otra parte, él era tan buen jugador que, a pesar de sus años, nunca hasta hoy pudo disfrutar siendo derrotado por su nieto. ¡Qué rabia que sus vidas no hubieran podido coincidir más en el tiempo!. Si hubiera tenido a Dani cuando enviudó a sus cuarenta y tres años y se propuso matar su dolor a raquetazos...; pero entonces era demasiado pronto y ahora era ya demasiado tarde.

Dani empezaba a tener fuerza en sus golpes y a colocar las pelotas, con bastante precisión, donde se lo proponía. Y últimamente casi siempre se lo proponía

fuera del alcance de su abuelo que, a ojos vistas, perdía movilidad y reflejos de partido en partido.

Dani adoraba a su abuelo Luis, el yayo; no tenía otro. Pero a pesar de ello, en la pista de tenis no le concedía ni una pelota dudosa; discutía hasta obtener la concesión del punto cuando creía tener razón, que era casi siempre. Luis, que gozaba con cada punto que ganaba su nieto, se resistía a ceder cuando su razón era evidente; pero a la menor sombra de duda otorgaba el punto a Dani, en beneficio de su orgullo de abuelo, aunque no sin antes sostener una cierta guerra dialéctica con él.

*Dani
adoraba
a su
abuelo
Luis, el
yayo.*

Solían jugar una vez por semana y, en los últimos dos o tres años, en que Dani había mejorado su nivel de forma notoria, esperaba con verdadera ansiedad el momento de ponerse en la pista frente a su abuelo. Deseaba con toda su alma ganarle el primer partido; pero no por el yayo, no; el yayo era como un primer plato. A quien él deseaba ganar de verdad era a su padre, aunque eso quedaba lejos todavía.

¡Ya era hora!- gritó desde el fondo del alma Dani, mientras acudía veloz a la red para recibir la felicitación del abuelo. Luis

tardó algo en llegar, aunque venía con toda la presteza que le permitían sus años y las energías que le quedaban después del partido que, aunque a un set, siempre representaba como mínimo una hora de juego, pues nunca lo empezaban antes de media hora de peloteos previos.

-Dani, enhorabuena-. Era el saludo ritual de final del match, que Luis trató de expresar con alegría y cordialidad, pero escondiendo la emoción que en verdad sentía. Tendía al mismo tiempo una mano que luchaba por mostrarse indiferente a la que ya esperaba tendida sobre la red.

El muchacho estaba orgulloso de su abuelo a quien, por fin, acababa de ganar, después de intentarlo tantas veces y de tenerlo muchas de ellas al alcance de su mano, aunque siempre, hasta hoy, el yayo había terminado dando la vuelta al marcador e imponiéndose. Dani comparaba los setenta y cuatro años de su abuelo con los de otros que él veía caminando por lo parques o sentados en los bancos de plazas y peseos, y se llenaba de orgullo. Pero al mismo tiempo en este momento se sentía tremendamente feliz, pues parecía que nunca iba a poder dominar a este viejo roble.

-Gracias, yayo-. Lo dijo con la boca llena de yayo.

Y mientras recogían las toallas y enfundaban las raquetas, sin mirarlo a la cara, le dijo una cosa que le bullía hacía tiempo en la cabeza, pero nunca se lo había dicho:

-Yayo, te estás haciendo mayor-. Viejo, es lo que pensaba, pero no lo hubiera dicho nunca a su abuelo, por la sombra de dolor que podía representar para el yayo, y sobre todo por la amargura que para él mismo representaba el hacer tan patente el hecho irrefutable de que **su abuelo se estaba escapando de su vida.**

Se encaminaron en un corto y distendido paseo a los vestuarios y se metieron bajo la ducha. Mientras el agua tibia caía por su cuerpo, Dani recordó la dedicación con que su abuelo se había consagrado a él.

* * *

*su
abuelo
se estaba
escapando
de su
vida.*

Dani conocía, porque lo había preguntado mil veces, y otras tantas se lo habían contado, enriqueciendo cada vez la historia con nuevos detalles, que cuando el abuelo enviudó, el año cincuenta y siete, su madre tenía sólo dieciseis años, hija única del yayo Luis y de la yaya Mercè, a quien él no tuvo la suerte de conocer, y según el yayo le había dicho, la yaya Mercè era todo un carácter y al mismo tiempo alegre como unas castañuelas, de forma que nadie que estuviera enfadado podía permanecer a su lado y continuar estando de morros.

Así pues, cuando el yayo quedó viudo, tuvo que hacer de padre y madre de aquella hija que andaba estudiando el último curso del BUP de entonces, el bachillerato, y el yayo Luis la rodeó de todo el

cariño de que era capaz para suplir la falta tan necesaria de la madre. Fueron ocho largos años de estrecha relación entre padre e hija hasta que ésta se casó con aquel profesor adjunto de la Facultad de Economía, que cayó rendido a los pies de aquella alumna aguda y despierta, que caminaba con el mismo aire desenfadado y alegre y el mismo carácter heredado de su madre, la yaya Mercè.

Él tardó un poco en llegar a la familia y el yayo andaba muy impaciente por ello. El primer recuerdo que Dani tenía de su abuelo hacía referencia a sus juegos con él a pelota en la torre de Riels. El abuelo hacía de portero entre las dos moreras y él chutaba a gol. Cuando colaba gol, que debía ser cuando el yayo quería dejar pasar la pelota, el abuelo se revolcaba en el césped simulando cierta rabia, y él se partía de risa porque en el fondo sabía que el yayo hacía teatro para darle gusto a él. Poco tiempo después de esto, cuando iba a empezar primero de EGB, el yayo se jubiló y dejó de ir cada día a la Caixa.

-Lo he hecho para estar más tiempo contigo - le dijo, y él le creyó a pies juntillas, pues el yayo era así.

A partir de entonces desayunaban juntos los dos siempre a la misma hora. Sus padres no tenían un horario tan regular y sólo de vez en cuando coincidían con ellos en el desayuno. Después de desayunar se iban los dos al colegio

y por el camino siempre tenían un tema de tertulia; y el abuelo tenía siempre la respuesta pronta a sus muchas preguntas: **jamás rehusó el yayo el contestar a una sola de sus cuestiones**, aunque a veces le costaba un gran esfuerzo de imaginación el salir del aprieto en que su inquieto nieto le ponía. Cuando llegaban al colegio, el abuelo se quedaba fuera, claro, y él se sumergía con sus amigos, que eran todos los de su clase y muchos otros de fuera de ella, en los juegos y los trabajos escolares. Al mediodía comía en la escuela y procuraba comer a prisa para aprovechar el tiempo en el patio o en el campo de fútbol.

*jamás
rehusó el
yayo el
contestar
a una
sola de
sus cues-
tiones.*

Quando a las cinco de la tarde sonaba el timbre y se abría la puerta que daba al hall, allí estaba el abuelo a punto para coger la cartera y demás bártulos que él traía. Sabía que era una tonte-ría, pero tenía la sensa-ción de que el abuelo hubiese estado allí espe-rando desde las nueve de la mañana en que lo dejó en el mismo sitio. Y desde luego, esta-ba seguro de que habría mirado el reloj en más de una ocasión a lo largo del día, esperando también, igual que él, el feliz encuentro de las cinco de la tarde.

Entonces venían las horas más dichosas del día. Su padre no vol-vía nunca a casa antes de las ocho o las nueve de la noche, y su madre raras veces se quedaba por las tardes en casa, y lo habitual era que volviese de la Facultad pasadas las ocho. Por ello estaba

casi asegurado que de cinco a ocho el yayo era sólo para él. Le solía comprar algunas chucherías que sus padres no le habrían consentido; paseaban un rato o se iban a jugar a tenis si el tiempo lo permitía. Fue por entonces, a los siete u ocho años, cuando empezó a jugar a tenis con el yayo (no jugaba con nadie más a esa edad). Después se iban a casa y hacían los deberes juntos, con lo que acababan antes y podían aun ver un rato la tele antes de que llegase alguno de sus padres, generalmente su madre en primer lugar. Cuando eso ocurría solían estar viendo las noticias y enzarzados en una dura pugna, ya que era el momento en que él hacía muchas preguntas a propósito de lo que la tele iba mostrando, y el abuelo no estaba dispuesto de ningún modo a contestarlas en ese preciso momento.

-Después de las noticias te lo explicaré - decía en tal ocasión el yayo; pero cuando acababan las noticias, las respuestas habían perdido, en muchos casos, interés para Dani.

Fueron seis largos años en que la relación con el yayo iba siendo cada vez más robusta, creándose una dependencia mutua muy fuerte y una mutua sensación de placidez absoluta. Este nirvana se vió afectado por una enorme carga de ansiedad que cayó sobre él, cuando a los doce años tuvo una muy seria y solemne conversación con sus padres, que acabaría afectando esta relación con el yayo y, en definitiva, su vida toda.

El agua de la ducha empezaba a quemar de golpe sobre su piel, y le sacó de sus ensoñaciones; alguien, probablemente su abuelo, pues a esa hora de la tarde del marte no había muchas personas más en el vestuario, había cerrado el agua caliente de su ducha al haber terminado con ella, y esto afectaba a la cantidad de agua caliente que salía por su ducha, aunque no debiera ser así, pero así era. Acabó de ducharse y se vistió. Su abuelo ya le estaba esperando en el pasillo.

* * *

*el
muchacho
estaba
pasando
alguna
forma de
desierto
en su
vida.*

Luis se había duchado despacio, siempre lo hacía así, porque después del ejercicio la ducha le daba la posibilidad de relajar todo su cuerpo y abrir su mente a cavilaciones que acabarían cristalizando en estrategias concretas para conducirse en sus relaciones con los demás. Muy pocas veces actuaba de forma irreflexiva, sin considerar las ventajas y problemas que podría acarrear su acción, tanto a sí mismo como a los otros. Hoy la primera idea que se cruzó en su camino fue el darse cuenta de lo oportuna y positiva que había sido su derrota frente a Dani.

Sin tenerlo muy claro del todo, intuía que **el muchacho estaba pasando alguna forma de desierto en su vida**. En los últimos dos o tres años su conducta para con la familia había evolucionado, como es normal a esa edad, pero no del todo en la forma en que se

suele producir ese cambio en la mayoría de los muchachos. Se había separado afectivamente bastante de su madre (mucho más de su padre) y había buscado el refugio afectivo del abuelo en grado sumo; y ahí estaba el hecho que llamaba su atención, pues tal acoso afectivo no lo había tenido desde los días que siguieron a su enviudamiento, cuando Montse, su hija de dieciseis años se planteó el llenar, con una dedicación casi total a su padre, el hueco que Mercè había dejado en su vida. En aquella ocasión se sentía continuamente observado por la hija solícita ante cualquier gesto de su padre. También él se había propuesto el que su hija sufriese lo menos posible la falta de la madre. Gracias a esa mutua disponibilidad nació entre ellos dos una relación de dependencia que hasta entonces no habían descubierto. Él estaba orgulloso de cómo había actuado en aquellos años con su hija, pues logró ir rompiendo los lazos con que ella se sentía atada a su padre, lo que permitió el que la joven pudiese tener una relación normal con los chicos y chicas de su edad, sin que con ello tuviese, en ningún momento, conciencia de culpabilidad por abandonar a su padre, como habría ocurrido en el caso de que él hubiese sido más egoísta.

Igualmente cuando se planteó Montse el establecer con José Antonio unas relaciones especiales, que desembocarían en el matrimonio, en ningún caso concibió Luis la idea de ser un obstá-

culo para ese matrimonio; tampoco Montse habría imaginado que su padre pudiese serlo, aunque ambos daban por sentado que Luis viviría con la joven pareja. Por fortuna también José Antonio participaba de esa opinión; desde el primer momento en que irrumpió en esta relación padre-hija había tenido claro que eso sería así, por lo que llegado el momento ni siquiera se especuló con otra eventualidad.

Cuando llegó la ocasión de recibir a Dani en la familia, Luis lo había esperado y acogido con igual ansiedad y gozo que sus padres; con unidad de criterio le educaron los tres desde el principio y, en todo caso, parecía como si fuese él, no el abuelo sino un padre más para Dani. Cuando se jubiló se dedicó algo más al chico, quien lo recibió positivamente, aunque se trataba de llenar el hueco que iban dejando Montse y José Antonio cada vez más absorbidos por sus respectivos trabajos, Montse como profesora, primero adjunta y luego numeraria en la Facultad de Económicas y José Antonio dirigiendo su empresa de construcción que permitía a la familia tener un nivel de ingresos bastante más alto que lo que habría sido de seguir él como profesor adjunto en la Facultad, cargo que ocupaba cuando conoció a Montse.

Luis iba, por ello, ocupando más y más el papel de padre real y llenando al mismo tiempo con su nieto, su largas horas de jubilado.

*Luis
iba
ocupando
más y más
el papel
de
padre
real.*

Cuando aquel mes de mayo del 82 hizo Dani la primera comunión y se empeñó en que el abuelo presidiera el banquete, se sintió Luis más orgulloso que nunca hasta entonces de su nieto, llegando a querer renunciar por no dar celos a su hija y a su yerno. Pero Dani no aceptó su renuncia, lo que redobló su orgullo, por la cariñosa tozudez de su nieto. Justo el día anterior a este acontecimiento estuvo tentado de dejarle ganar su partido de tenis, como regalo adicional por su primera comunión, pero finalmente fue leal y se impuso a su nieto dejando el regalo en una hermosa raqueta de grafito a la que hizo grabar una rotunda dedicatoria:

" A Dani, el campeón " .

* * *

Hoy había perdido contra esa raqueta y la dedicatoria tenía visos de empezar a ser realidad, dejando de ser sólo deseo. Sin embargo de esta derrota debería sacar todavía algún provecho, en beneficio de su nieto, por supuesto; pero no tenía claro cómo proceder exactamente para que así fuese. Salió de la ducha y se vistió despacio, tratando de aclarar el concepto que le bullía en la mente. Dani seguía aun bajo la ducha. Abandonó el vestuario y esperó en el pasillo, cara a la amplia ventana que dejaba ver cómo la noche se iba enseñoreando del espeso pinar que rodeaba por aquella parte al club. Eran algo más de las siete de la tarde de un martes de final de Octubre y a esa hora, en esta época del año, el

día se había despedido ya de Barcelona. Un vago rumor del tráfico llegada sordamente de la ciudad, modulando su intensidad de forma perceptible en cada segundo, aunque había que estar muy en el tema para ser consciente de esas modulaciones. Ocurre igual que con nuestra vida, pensó Luis, cuyo palpito se nos escapa a la conciencia y la mayor parte de ella transcurre sin que su huella se marque de forma consciente en nosotros. **Sólo cuando el dolor nos acosa percibimos la duración de cada segundo.** Y eso lo había experimentado Luis en contadas ocasiones que en su memoria le acompañaban siempre; dos de ellas

*Sólo
cuando el
dolor nos
acosa
percibimos la
duración
de cada
segundo.*

especialmente intensas estaban relacionadas con un maldito pólipo uterino. Pero el dolor más intenso que el ser humano puede padecer es aquel que es producto de la imaginación y no tiene por ello que estar acompañado de una realidad igualmente dolorosa o triste.

En el primero de estos dos vívidos recuerdos, el dolor no era nada especialmente intenso, sino mas bien una simple forma de ansiedad; la realidad sin embargo fue trágica. En el segundo el dolor le desgarraba el alma sin causa real que lo justificase.

Mercè había cumplido apenas los cuarenta cuando empezó a tener un flujo menstrual especialmente abundante, prolongado y doloroso. Cuando el fenómeno se repitió varias veces y con clara tendencia a crecer, decidieron acudir al ginecólogo. No era nada importan-

te; parecía tratarse de un pólipo que debería extirparse. Una operación sencilla, rápida y sin complicaciones; eso sí, debía hacerse cuanto antes mejor. Así lo dispusieron y en pocas semanas ingresó en la clínica, donde permaneció dos días antes de operar para hacer los controles previos de rigor. El tercer día a las diez de la mañana debía ser operada. Ese día Luis no acudió a la Caixa como había hecho los días anteriores. Cuando entraron a Mercè a la sala de operaciones, a las diez y media, con un poco de retraso, él y Montse se quedaron en el pasillo, con el periódico en las manos y haciendo los planes para las ya próximas vacaciones. Era una hermosa mañana del mes de junio. En dos o tres semanas acabaría Montse su sexto curso de Bachillerato, haría su reválida presumiblemente sin problemas, ya que era una alumna brillante, y se marcharía a la torre de Riels con su madre. Luis subiría un par de veces por semana y el viernes al mediodía para disfrutar de un largo fin de semana.

Riels del Fai era un pequeño y acogedor pueblo al norte de Barcelona, donde habían comprado una parcela y hecho construir una hermosa torre junto al pueblo cuando Montse tenía dos o tres años y donde ella había ido arrancando sus amigos (muchos de ellos también de Barcelona) año tras año, y esperaba con ilusión las ocasiones de subir a Riels, cosa que ocurría con bastante regularidad por Semana Santa y en

las largas vacaciones veraniegas.

Cuando Luis tomaba sus vacaciones solían hacer algún viaje de dos o tres semanas hacia el Pirineo con mucha frecuencia, algunas veces por el resto de España, conocían incluso Galicia y Andalucía, y una vez estuvieron hasta en Roma y Venecia.

Aquel, ya próximo verano, se presentaba sin complicaciones e irían con un grupo de amigos de la parroquia de Riels, con mosen Manel a la cabeza, en peregrinación a Lourdes. No es que fuesen ellos especialmente devotos, pero como excursión les parecía atractiva y ya estaban apuntados los tres, desde Semana Santa. Después harían en coche una escapada de sábado y domingo a Andorra, pernoctando en la Seo de Urgell, comprarían azúcar, quesos y otras viandas, así como algún que otro pequeño trasto, electrónico o no, y ése era todo el plan para este verano, ya tan próximo.

Mientras iban perfilando el programa Luis mantenía una actitud completamente relajada y serena ante su hija, aunque **por dentro el gusano de la inquietud le roía continuamente**, si bien no era doloroso; no podía pasar nada especial, era una operación demasiado sencilla, según le habían dicho repetidamente.

Hacia las once y media salió el ayudante del cirujano y dijo que todo iba bien, aunque el tema se había complicado un poco porque habían encontrado varios

por dentro el gusano de la inquietud le roía continuamente.

pólipos y no uno sólo como esperaban. Extraerían todos y limpiarían muy bien para evitar la posible reproducción del mal.

El gusano roedor arreciaba en su afán destructor; pero Luis se volcó en su hija para tranquilizarla; nada podía poner en peligro su presente y futura felicidad; todo era muy simple y estaba controlado.

Poco después de las doce salió el cirujano con la cara desencajada y haciendo grandes esfuerzos para que no trascendiera su preocupación. Con un gesto maquinal le indicó que le acompañara, al mismo tiempo que dirigiéndose a Montse decía:

-Tú espera aquí un momento, por favor.

Anduvieron hasta el despacho, no más de quince o veinte metros. El médico tomó a Luis del antebrazo cuando empezaron a caminar.

-Esté usted tranquilo- fue cuanto dijo; pero en el contacto de aquella mano que le apretaba más de lo habitual, percibía Luis el temblor de todo el cuerpo de aquel médico, que hacía un esfuerzo sobrehumano para transmitirle una tranquilidad que él no tenía y era incapar de comunicar a su acompañante. Cuando la puerta del pequeño despacho se cerró tras ellos, el médico se derrumbó. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se colocó frente a Luis, le tomó por los dos brazos y dijo simplemente:

-No hemos podido hacer nada por evitarlo.

Se abrazó a Luis añadiendo:

-Tenga usted valor.

Permanecieron abrazados mientras **Luis lloraba de forma incontrolable, sin decir nada.** Cuando al fin se separaron, observó Luis que el médico lloraba también abundantemente.

Con un gesto invitó el doctor a Luis a sentarse en un sillón y Luis se desplomó sobre él. El doctor tomó asiento en el sillón contiguo, cara a Luis, quien, con la respiración alterada, sin reprimir el llanto, miró al médico que limpiaba su cara con el pañuelo, y sin decir palabra, con la mirada pedía una explicación. El doctor entendió perfectamente la demanda.

-Estaba invadida. Útero, matriz y ovarios. Era como un tremendo rosario de pólipos. Lo hubiéramos podido limpiar todo, pero ha perdido mucha sangre y sufrido dos paros cardíacos. El primero lo hemos superado y con el segundo no hemos podido, a pesar de hacer todo cuanto estaba en nuestras manos, primero con masajes e incluso con estímulos eléctricos; pero no ha respondido...- No pudo continuar, pero tampoco era necesario, Luis tenía suficiente explicación.

*Luis
lloraba
de forma
incontrolable,
sin decir
nada.*

El dolor, como un fardo que le aplastara, le oprimía el pecho, y subiendo la presión hasta la garganta, la sentía anudada impidiéndole articular palabra alguna. Y sudaba abundantemente. Incluso la función vital de respirar podía llevarla a cabo sólo con un gran esfuerzo. Lloraba emitiendo incontroladamente profun-

dos suspiros, que servían para aflojar el tremendo lazo que le ahogaba.

También el doctor seguía llorando a lágrima viva aunque ya con un semblante más sereno. Y también sudaba; con el pañuelo, que mantenía desplegado en su mano derecha, se limpiaba alternativamente el sudor y las lágrimas. Transcurrieron unos minutos que nadie podía evaluar; ¿diez, veinte?. **El tiempo se alarga en el dolor, como se acorta en el placer.** Las unidades de tiempo, digan lo que digan los entendidos, no son constantes, como el metro o el litro, que son siempre lo que son.

El doctor guardó el pañuelo y sacó un paquete de tabaco rubio y el mechero. Ofreció un cigarro a Luis, quien lo tomó sin dudar, a pesar de no ser fumador habitual, sólo ocasionalmente fumaba algún cigarrillo. En esta ocasión entendió Luis que el doctor le ofrecía la medicina que necesitaba. Fumaron ambos hombres pausadamente. El doctor cambió el tema de conversación y preguntó por su trabajo (antes no habían hablado nunca de ello). Luis explicó que trabajaba en la Caixa, en la plaza de San Jaime, donde era Jefe de Negociado. Allí tenía el doctor un par de amigos que resultaron ser también amigos de Luis.

-La vida es un pañuelo-dijo el doctor.

Luis sacó el suyo para limpiarse la cara después de acabar con el cigarro. Ahora estaba mucho más sereno.

Súbitamente una nueva imagen le inundó en lágrimas.

-Dios mío, mi hija-. Y rompió a llorar de nuevo. Hasta ese momento no había pensado en ella, absorto sólo en la imagen de su mujer recién muerta. El doctor le dejó llorar sin decir palabra; también él sentía de nuevo sus ojos inundados de lágrimas. Volvieron ambos a secarse la cara y el doctor propuso a Luis cómo debían actuar:

-Usted se queda aquí un momento, siéntese por favor; yo traigo a su hija y usted habla aquí con ella; pueden permanecer aquí cuanto tiempo considere usted necesario; les mandaré traer unos vasos de agua y si necesita usted cualquier otra cosa no tiene más que usar este timbre y acudiremos a su llamada-. Luis no estaba en condiciones de proponer otra forma de proceder y dio por hecho que ya estaba bien así.

Cuando instantes después se abrió la puerta y entró Montse ya venía con la cara descompuesta. Nadie le había dicho nada; tampoco hacía falta. El doctor se había limitado a decir con el mayor calor de que era capaz:

-¿Me acompañas, por favor?-. Y Montse ya supo lo que había pasado. Entró en el despacho seguida por el doctor, quien le abrió la puerta invitándola a pasar ante él, y se arrojó a los brazos de su padre desconsolada. Sólo supo decir:

-¡Papá!-. Y lloraron los tres. Padre e hija abrazados y el doctor a un metro de distancia miran-

El tiempo se alarga en el dolor, como se acorta en el placer.

do, pero sin ver a causa de las lágrimas, la escena que tenía delante.

Pasado un tiempo prudencial, intervino el doctor:

-Siéntense por favor y quédense aquí un rato, hasta que estén algo más tranquilos. Yo volveré con ustedes en unos minutos.

Luis se sentó en el sillón y Montse en el reposabrazos del mismo, con el brazo al cuello de su padre e inclinada ligeramente sobre él. El doctor salió cerrando la puerta tras él. Cuando se sintieron solos, rompieron de nuevo a llorar, sin tener nada que decirse. Sólo de vez en cuando, en repetidas ocasiones:

-¡Papá!

-¡Hija!-. Y se apretaban en el abrazo.

Fue en junio del cincuenta y siete, el día siete. Luis no podría olvidarlo nunca. Aquel zarpazo lo iba a sentir fresco en su piel durante toda la vida.

Siguieron días muy duros en que el dolor roía sin descanso las entrañas de ambos; a veces de forma compartida, la mayor parte del tiempo en soledad, pensando que al compartirlo harían sufrir al otro, cuando habría sido al contrario.

Aunque el tiempo cura las heridas, deja las cicatrices. El dolor acaba desapareciendo (en caso contrario no sería sufrible esta vida), pero hay recuerdos que no se borran nunca, ni se difuminan con el tiempo, y nos acompañan nítidos hasta la tumba. Por

eso, cuando catorce años después, en el otoño del setenta y uno, aquel frío sábado que subieron a Rupit, porque hacía años que no visitaban esta encantadora villa medieval, mientras comían cálidamente instalados en el restaurante, Montse dijo, como sin darle importancia, que debía hacerse una pequeña intervención para extraer un pólipo, Luis no pudo seguir comiendo.

Se excusó para ir a los servicios; se encerró en el retrete y lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Lloró con desesperación la muerte de su hija, aquella única hija que comía plácidamente un solomillo con setas junto a su marido José Antonio y su padre. Cuando se encontró de nuevo sereno no salió, se lavó la cara y volvió sonriente al comedor junto a su hija y su yerno, que empezaban a preocuparse por una ausencia más prolongada de lo esperado.

*Aunque
el tiempo
cura las
heridas,
deja
las
cicatrices.*

Intentó seguir comiendo, pero el nudo que se le había formado en la garganta le impedía tragar nada. A duras penas podía beber unos tragos de agua. Adujo que no tenía más gana para dejarse casi entero aquel exquisito pato a la naranja, y por más que le insistieron no consiguieron que tomara otra cosa que agua y un cortado, que tampoco acabó de beber. No volvió a hablar con su hija de la operación; el pánico le mantenía agarrotado.

La intervención tuvo lugar el martes subsiguiente. Fueron diez

días con sus noches de angustia insoportable y que no podía compartir con nadie.

La operación fue un visto y no visto; ni siquiera le administraron anestesia. Aquella noche se acostó a las nueve y durmió de un tirón hasta las diez de la mañana en que Montse, que aquel día no fue a la Facultad, le llamó preocupada por el hecho de que su padre quedara en la cama hasta tan tarde.

Abrió los ojos y se incorporó ágil en la cama. Montse ya abandonaba el quicio de la puerta, desde donde le había llamado un par de veces hasta despertarlo. Luis la siguió en pijama hasta la cocina donde ella acababa de preparar el desayuno para ambos. Se acercó a ella, le puso una mano en el hombro y cuando ella se volvió la dio un par de besos en la mejilla mientras la estrechaba contra su cuerpo.

-Papá, ¿qué pasa?-. Montse percibía algo especial en su padre.

-Hija, ¡qué alegría que todo haya salido bien! Este maldito pólipo me tenía muy asustado. El recuerdo de tu madre...-. **Y le rodaron unas lágrimas de dicha que secó con el dorso de la mano** al tiempo que se separaba de su hija.

Alguna luz se encendió en la mente de Montse cuando se abrazó a él besándole y reprimiéndole:

-Papá, eres un tonto más que tonto, esta semana pasada has estado hundido y no has dicho ni pío. ¡Papá, te quiero más que a nadie en el mundo!

Lloraron los dos como niños. Fue Luis quien interrumpió la escena con un toque de humor:

-Se nos enfría el café y tampoco es para tanto.

Desayunaron con ganas mientras se contemplaban mutuamente con un gozo compartido.

En los escasos minutos que esperó Luis en el pasillo la salida de Dani, habían pasado estos recuerdos por su mente como si los hubiese visto en película sobre el cristal de la ventana, que ya no permitía ver nada a su través porque se había cerrado la noche sobre Barcelona.

*Y le
rodaron
unas
lágrimas
de dicha,
que secó
con
el dorso
de la
mano.*

* * *

Salió Dani con la bolsa de deporte al hombro y se dirigieron ambos en silencio al coche en el aparcamiento del club. Luis volvía a preguntarse cómo debería conducirse para sacarle partido a su derrota.

Era evidente que si alguien podía ayudar a Dani en este momento, ése era él, el yayo. No estaba claro para Luis el que esa ayuda fuese urgente, ni siquiera absolutamente necesaria; pero por encima de las evidencias, como un sexto sentido le indicaba que era conveniente entrar un poco a fondo en la conversación con Dani, para buscar los síntomas que indicasen la causa del problema, si lo había; y parecía haberlo.

Subieron al coche de Luis, un Renault R-5 rojo que, a pesar de

sus años, se conservaba muy bien a causa de los cuidados que recibía por parte de su dueño, al hecho de dormir en garage y porque tenía pocos kilómetros pues Luis no lo usaba para viajes largos, ya que cuando salían fuera, incluso a Riels, iban con el coche de José Antonio, quien siempre había tenido un coche más grande y más cómodo que el R-5. Luis había comprado este coche un par de años antes de jubilarse, y en todo este tiempo había subido a Riels sólo cuatro o cinco veces con él. **Dani iba aun al parvulario cuando Luis estrenó el coche,** por lo que no había conocido a su abuelo con otro coche. Había crecido a medida que el coche envejecía y estaba muy familiarizado con él. De hecho éste era el coche de Luis y Dani, ya que eran sus únicos usuarios.

Normalmente al cole iban andando, pues quedaba sólo a tres manzanas de la casa; sin embargo los días lluviosos, que eran los menos, Luis sacaba el coche y así ya estaba a punto para continuar en busca de sus camaradas de tertulia, una vez que dejaba a su nieto en la escuela.

También iban en coche al tenis La Salud, su club, en la parte alta de la ciudad y mal comunicado con su casa, pues había que tomar metro y autobus para ir y volver, y eso resultaba algo incómodo.

Con todos estos viajes, el R-5 no hacía más de cinco o seis mil kilómetros al año, con lo que ahora, a sus diez u once años de

vida, no llegaba aun a los sesenta mil, y caminaba, como decía Luis, pero que muy bien.

Arrancó el motor al primer impulso y encendió la radio, sintonizando una música suave, que no les robaba su atención. Irían directamente a casa en un trayecto de poco más de tres kilómetros, pero que difícilmente completarían en menos de un cuarto de hora.

-¿Qué plan tienes para hoy?, ¿tienes mucho trabajo que hacer ahora?-. Era una forma bastante vulgar de empezar la conversación, pero no se le ocurrió nada mejor.

-No, poca cosa; como urgente un par de problemas de Física que he de entregar mañana y tengo que empezar a preparar un examen de Mates para la semana que viene-. La respuesta había sido muy cordial.

-Pues qué pena, porque yo quería celebrar tu victoria.

-Podemos celebrarlo en casa. ¿Por qué no me haces alguna de las tuyas?-

Dani estaba por disfrutar con su abuelo.

-Me acabas de dar una buena idea. Con una condición; tú te encerrarás a estudiar en tu cuarto y no saldrás a curiosear hasta que yo te avise. ¿De acuerdo?

Sabía Luis que estaba imponiendo al muchacho una dura premisa, pues en tales circunstancias, cuando escuchaba a su abuelo trajinar en la cocina, dejaba los libros en su habitación y asomaba a la cocina siempre con la misma pregunta en la boca:

*Dani
iba aun
al parvulario
cuando
Luis
estrenó
el coche.*

-¿Qué haces, yayo?

Dani tenía que aceptar el pacto ante la actitud firme de su abuelo que, con el índice extendido y el gesto firme, le indicaba lo que debía hacer, a lo que él respondía dándose la vuelta mientras decía a regañadientes:

-Vale, tu ganas.

* * *

A Luis siempre le había gustado la cocina, y suerte de ello. Toda su vida profesional había estado ligado a la Caja de Pensiones, la Caixa, donde entró de botones a los catorce años y se jubiló como Jefe de Negociado a los sesenta y cinco, cuando Dani acababa de cumplir los seis.

En la Guerra Civil aprendió que su verdadera vocación hubiese sido el ser cocinero, que era mucho más divertido que mover papeles y cuadrar sumas en la Caja. Cuando estalló la Guerra tenía veintidós años y cumplía el Servicio Militar en Intendencia. Estaba a punto de licenciarse y no pudo ser hasta pasados los tres largos años de la Guerra. Durante la Guerra hizo de todo: chófer, administrador, soldado en primera línea del frente, etc.; pero lo más agradable de todo ello le ocurrió en la primavera del treinta y ocho, a consecuencia de una caída en el frente, por lo montes de Falset, en Tarragona; sufrió una fractura de tobillo, que le obligaba a estar inmovilizado en el cuartel. Lo llevaron a Reus y allí, como hacía falta mano de obra, en lugar

de estar encamado, curó su tobillo sentado en la cocina, primero pelando patatas y haciendo otras tareas auxiliares y finalmente interviniendo activamente en la elaboración de las comidas, como segundo cocinero en el Hospital de Reus; y no se le daba mal.

Cuando acabó la Guerra ingresó de nuevo en la Caja y ese mismo verano se casaron Mercè y Luis; una boda sencilla pero en la Catedral de Barcelona, ya que Mercè vivía en el barrio gótico, cerca de la Catedral y cerca también de la Caja, circunstancia por la que llegaron a conocerse, pues los padres de Luis, emigrantes aragoneses de los tiempos del general Primo de Rivera, vivían en el barrio del Clot, al norte de la ciudad, desde donde Luis acudía a la Caja en bicicleta. Iban a casarse al licenciarse Luis y la Guerra atrasó algo más de tres años la boda.

A Luis siempre le había gustado la cocina, y suerte de ello.

En una cosa salió Luis perdiendo con su matrimonio. Mercè era la segunda hija entre cuatro hermanos, de una familia de lo más tradicional de Cataluña. El padre tenía su papel que cumplir, pero no en la cocina, de modo que el padre de Mercè tenía poco menos que prohibido el entrar a ese recinto. En su caso la cosa no llegaba a tanto; pero Mercè era muy mujer de su casa y no le hubiese permitido el tomar una sartén para freir un huevo. A la muerte de Mercè, después de dieciocho años de una convivencia bastante dichosa, Luis quedó como padre y madre de una pequeña de

dieciseis años, que no sabía otra cosa que estudiar; eso sí, bien y con toda dedicación. Pero como eso no era suficiente para desarrollar una vida normal, él se propuso hacer de aquella pequeña una verdadera ama de casa, aunque bien distinta a como había sido su madre, al menos en algunos aspectos. Había que enseñarla pero con el ejemplo y, aunque ofrecimientos y ayudas no le faltaron en estos primeros y duros años de viudedad, se reconvirtió el probo empleado de la Caja de Pensiones en ejemplar **madre y ama de casa, sin dejar por ello de ser un buen padre y empleado.**

En lo que a la cocina atañe, alcanzó una destreza digna de las mejores mesas; platos de elaboración sencilla, pero con el toque mágico de los maestros del oficio.

En los ocho años en que convivieron solos, padre e hija, sufrieron ambos una verdadera transmutación de papeles. Empezaron como un padre-madre de una pequeña huérfana desvalida, para acabar ese periodo de su vida como una madre-padre de un pobre viudo de algo más de cincuenta años a quien no se podía abandonar ni por razones de matrimonio.

Por eso le fue bastante fácil a Luis revivir sus aficiones culinarias en casa de su hija, y mucho más fácil cuando esa hija sacó oposiciones a la Facultad de Económicas y, con frecuencia, llegaba a casa por las noches a una hora buena para cenar, teniendo la cena preparada. No hubiera

sido lógico que a esas horas empezara a pensar en qué poner para cenar a sí misma y a los dos hombres de casa, su padre y su marido.

* * *

Abuelo y nieto llegaron a casa, tras un viaje de retorno sin incidentes dignos de recuerdo, en la zona alta de la calle Muntaner, bastante próxima a la plaza de la Bonanova.

El garage, donde tenían dos plazas de propiedad, estaba justo en el inmueble inmediato. Dejaron el R-5 en su lugar en el garage y tomaron el ascensor hasta la tercera planta del edificio. Como ya sabían, no había nadie aun en casa. Montse llegaría alrededor de las nueve, ya que este curso, martes y jueves eran los peores días de la semana. Esto iba cambiando de curso en curso, dependiendo del acoplamiento de horarios en la Facultad. José Antonio llegaba con bastante regularidad, entre las nueve y las diez, si no estaba de viaje, cosa que ocurría de tarde en tarde.

Aun no eran las ocho, y hasta las nueve en que darían el tele-diario, ni a Luis ni a Dani le interesaba nada de lo que solían ofrecer los programas de televisión. Luis había logrado interesar a su nieto, no sin esfuerzo, en el contenido de los programas informativos. Tenían por delante una hora para hacer cada uno sus asuntos personales.

- Yayo, me pongo a estudiar- dijo

*madre y
ama de
casa, sin
dejar de
ser un
buen
padre y
empleado.*

Dani mientras entraba en su cuarto. Dani llamaba a Luis abuelo o yayo, indistintamente; nunca avi, como era más habitual entre las familias catalanas.

Luis había crecido en el seno de una familia de aragoneses de Utrillas, venidos a Barcelona en busca de mejor fortuna (y huyendo del pánico que su padre tenía al trabajo en la mina), cuando él contaba apenas diez años; a los catorce, a pesar de ser un alumno brillante, abandonó sus estudios y entró en la Caja de Pensiones para apoyar con su trabajo la tambaleante economía familiar.

En su casa se habló siempre en castellano, así como en la familia que él formó al casar con Mercè, a pesar de que ella procedía de una familia catalana de toda la vida; su abuelo había sido pescador en la Barceloneta y su padre trabajó en distintas faenas del puerto hasta que el cuerpo no le aguantó más y se lo llevó una pulmonía a los cuarenta y ocho años, en plena Guerra Civil, dejando viuda y cuatro hijos, ya criados por fortuna para la viuda. Corría el año treinta y siete y Mercè, con veintidós años, hacía ya tres que festejaba con Luis, y no era ya casada por culpa de la maldita guerra. Se habían conocido hablando en castellano y así siguieron hasta su muerte en la mesa de operaciones; en una operación que, a priori, no iba a tener problemas; si llega a tenerlos...

La palabra yayo (iaio) es también catalana, con grafía caste-

llana; vale como decir que es castellana y se usa sólo en Cataluña, es como abuelo en cariñoso; **avi es el protocolo y yayo es el amor.**

Dani no había llamado a Luis nunca con la palabra avi. A veces le llamaba abuelo, pero como más le gustaba llamarle era yayo, y solía decirlo con la boca llena, como ahora acababa de decirlo:

-Yayo, me pongo a estudiar.

-Es lo pactado-respondió Luis.- Cierra la puerta y no salgas hasta que yo te avise.

Cuando Luis oyó el golpe sordo de la puerta de la habitación de Dani al cerrarse, sin detenerse a pensar qué haría o que no, se dirigió a la galería y volvió con tres patatas de tamaño mediano. Se disponía a llevar a cabo el plan perfectamente organizado en su mente. Se desprendió de la americana, subió las mangas de la camisa arrollándolas sobre sí mismas hasta la altura de los codos, se lavó las manos secándolas con un paño de cocina y se enfrascó en su labor minuciosamente preparada; había poco tiempo que perder.

En poco más de media hora quedó puesta la mesa con cuatro servicios completos y, en su centro, una bandeja de ensalada verde para cuatro comensales, así como un hermoso pastel de tortillas con tres tortillas sobrepuestas, como cálida bandera tricolor: espina-cas con pasas y piñones, patatas con cebolla y berenjenas. Dos cuencos conteniendo respectivamente tomate frito y salsa mayonesa, para colocar a voluntad sobre las tortillas, completaban

*avi
es
el
protocolo
y
yayo
es
el amor.*

el cuadro.

Luis dio un último vistazo y no faltaba por poner nada más que los vasos y la jarra de agua fresca que siempre estaba llena en la nevera. Puso en su sitio vasos y jarra de agua; salió al pasillo y picó suavemente en la puerta de su nieto, antes de abrirla.

-Dani, cuando quieras cenamos. Yo tengo hoy ganas y tus padres pueden tardar aun en venir.

-Te acompaño; yo tampoco puedo esperar.

Abandonó su trabajo y salió detrás de Luis. **Cuando vio la que su abuelo había montado se quedó boquiabierto.**

-¡Hale!, te has pasao yayo, ¿qué es esto?

-Es lo que se ve. Teníamos algo que celebrar, ¿verdad?

-Hombre si tu lo dices...¿Y tú qué celebras?-En la pregunta había puesto algo de sorna y mucho más de cariño.

Se iban sentando y sirviendo su parte del pastel mientras mantenían el diálogo.

-Yo celebro lo mismo que tú, que me has ganado un partido muy disputado, lo que demuestra que te estás haciendo un hombre y un día de estos le ganarás incluso a tu padre.

-Cuando eso ocurra estaré más contento que hoy porque mi padre no sabe perder y algún día yo disfrutará haciéndole morder el polvo.

-Tendrás que reconocer que en eso de no saber perder te pareces bastante a él.

-Abuelo, ¿por qué habría de

parecerme? No sé si es que se te olvidan las cosas o es que todavía pretendes engañarme con esas historias de los parecidos.

-Yo no he querido nunca engañarte. Y siempre te he dicho la verdad que tú podías comprender.

-Ya lo sé; pero ellos no son como tú. Mientras me han tenido engañado se portaban conmigo con normalidad y después, como si yo hubiera sido para ellos sólo un capricho, han cambiado su conducta conmigo y me tienen abandonado concentrándose en lo que de verdad les interesa, a uno su inmobiliaria y a otro su Facultad. Si no te tuviera a tí me sentiría bastante desamparado.

*Cuando
vio la
que su
abuelo
había
montado
se quedó
boquia-
bierto.*

Luis sintió un regocijo interior que no podía exteriorizar. Su nieto había picado con fuerza el anzuelo lanzado; ahora se trataba de jugar a dar hilo y recoger finalmente el sedal. Era obvio que una dialéctica de este tipo entre un hombre de setenta y cuatro años y un muchacho de quince no podía tener lugar con igualdad de posibilidades para apoderarse de la razón.

-No puedo estar de acuerdo contigo, hijo. En primer lugar yo me dedico más a tí por puro egoísmo, porque es mi forma de ser feliz. Te doy mi tiempo, mi compañía y mis tortillas de patatas-quiso poner un toque de humor-porque haciéndolo así me siento útil y es la manera en que encuentro que mi vida tiene aun sentido. Si no te tuviera a tí tendría que buscar a quien entregarme un poco, y si no lo encontrara, me vería como muchas personas de mi edad,

especialmente cuando han perdido a su pareja; si no encontrara en quien volcarme un poco, puedes creerme que sería horroroso, y me costaría un gran esfuerzo seguir viviendo cada día.

Dani le miraba con ojos cada vez más grandes, sin pestañear. Nunca se había hecho esas consideraciones. Estaba absolutamente seguro de que su abuelo era un soporte importante en su vida y más aun en los últimos años; pero no se le había pasado por la imaginación que él fuese también tan necesario para el abuelo.

-En cuanto a tus padres-siguió Luis sin conceder tiempo a que la atención del muchacho se desviara-, actúan así porque saben que no te falta nada y que yo me ocupo de tí; ¿crees que no acudirían, abandonándolo todo, si observasen que tienes el menor problema?

-Estoy de acuerdo; pero si tengo algún problema, ¿cómo se van a enterar? ¿No puede ser que estando tan liados con su trabajo, cuando se den cuenta de que los necesito sea tarde?

-Oye, ¿y yo para qué estoy aquí? Por cierto que me he dado cuenta de que últimamente no usas con mucha frecuencia las palabras papá y mamá para referirte a ellos; ¿es que se te han gastado?, ¿o no será más bien porque eres tú el que ha cambiado de conducta con ellos? Acabas de referirte a tus padres como si fueren seres extraños para tí: que te han mantenido engañado, que te tenían como un capricho... Pero ¿qué tonterías son éstas?. Ahora menos que antes,

porque ya sabes cómo fue todo; no puedes expresarte de esa forma. **Tus padres somos los tres, porque los tres decidimos tenerte.** Y entre los tres nos repartimos los deberes; ellos dos cuidan más de aportar a la casa los medios para vivir, porque si tuviéramos que vivir con mi paga..., y yo hago el trabajo más agradable, que es el cuidarme de tí un poco más que ellos. No entiendo por qué he de recibir yo más gratitud que ellos, cuando ellos están haciendo el trabajo más duro. Ya me doy cuenta de que a veces se te llena la boca de yayo cuando me llamas, y no puedo aceptar que a tus padres no les des el mismo trato.

-Yayo, tienes toda la razón-dijo con convicción.- Y más todavía-añadió en clave de humor-cuando apoyas tus argumentos con este pastel que has preparado hoy. Aunque tú, con tanto hablar, te lo vas a comer frío y no sabrás lo delicioso que estaba en su punto, como yo me lo he comido.

En efecto, mientras Luis había ido hablando pausadamente, había dejado de comer; pero Dani prestaba simultáneamente atención al abuelo y al pastel de tortillas, y el resultado era el que tan claramente acababa de exponer Dani.

-No importa si pierdo la oportunidad de comerme el pastel en su punto porque yo tengo la clave para repetirlo cuando quiera; pero si te perdemos a tí, no tendremos una segunda oportunidad-. Sabía Luis que esto era remachar el clavo hasta el fondo y lo hacía consciente de ello.

*-Tus
padres
somos
los tres,
porque
los tres
decidimos
tenerte.*

-Tampoco es para tanto, yayo; no te pongas dramático hasta ese punto. Tu mensaje ya lo he captado y espero que funcione. Confía tú también en mí.

Luis se dio cuenta de que se había colado. Le perdió la confianza en el éxito obtenido hasta entonces; pero dejó de considerar que un muchacho de quince años, que hacía segundo de bachillerato en 1988 en un buen colegio de Barcelona, era mucho más maduro que aquel mameluco de quince años que en 1929 acababa de entrar de botones en la Caja de Pensiones.

-Estoy seguro que funcionará; tratándose de tí no puede fallar.

Dani había echado un vistazo al reloj que sus padres le habían regalado al terminar la enseñanza básica; un reloj con un diseño muy deportivo y con calendario lunar, como él lo deseaba desde que un compañero del último curso de EGB, en plena mañana de un viernes de abril, mientras charlaban en el patio del colegio, le dijo mirando su reloj:

-Estamos en luna llena y esta noche salimos los del Cau de marcha a Montserrat por Collcerola, Sant Cugat y Tarrasa a Monistrol. Caminar de noche con luna llena debe ser chachi.

Dani pensó que eso de tener un reloj con las fases de la Luna era imprescindible para estar al día. Cuando llegó a casa planteó la cuestión, simplemente refiriendo la conversación de la mañana en el colegio y mostrando su interés en

un reloj con esas posibilidades. Al acabar el curso, dos meses después, lo recibió de regalo.

-Yayo, son las nueve y cuarto y nos hemos perdido el telediario.

-Algo hemos ganado a cambio, ¿no?

-Eso creo yo también y más con lo rollos que son últimamente los telediarios.

Acababa de entrar Montse y pasó directamente a la cocina para saludar y, visto el pastel de tortillas que le esperaba, tras elogiarlo, salió a dejar sus cosas y aligerarse un poco de ropa. Volvió a la cocina y se puso a preparar una sopa de verduras, que a ella y a José Antonio les iría bien antes de entrar a saco en la parte del pastel que su padre y su hijo les habían reservado.

Dani no quitaba ojo a su padre mientras el abuelo explicaba.

Cuando la sopa estaba casi a punto llegó José Antonio con aire de cansado y se incorporó a la mesa en el momento en que la humeante sopa estaba siendo servida por Montse.

Cenaron los dos sin que Luis y Dani abandonasen la mesa. Sobre todo Luis tenía interés en explicar el por qué de aquel pastel de tortilla, que no era un plato que él preparase cada día.

Dani no quitaba ojo a su padre mientras el abuelo explicaba los pormenores del partido de tenis; ¿cual sería su reacción?. José Antonio sin embargo parecía más concentrado en las excesivas calorías de la sopa, que en los detalles del partido que el abuelo iba exponiendo; probablemente

el cansancio que se le veía en la cara, pensó Dani, no le permitía ser más expresivo. También le pasaba por la cabeza la idea de que su padre sencillamente no se interesaba por él; pero hacía esfuerzos para quitársela de encima y justificar su actitud casi ausente de la conversación, por el cansancio que arrastraba. Sin embargo, cuando estaba a punto de acabar con su ración de pastel y la conversación seguía ya otros derroteros, su padre, dirigiéndose a Dani, no a Luis, dijo:

-Realmente si el partido ha tenido el nivel del pastel con que se celebra, merecía la pena haberlo visto. Si se repite el caso podríais avisar. Por cierto, Dani, que tú y yo hace mucho tiempo que no jugamos. Yo he estado esperando que el yayo te ponga a punto y tal vez ya lo estás; si quieres podemos buscar el momento...

-Cuando tú quieras, papá; pero no te hagas ilusiones con mi juego; el yayo exagera mucho.

Había usado la palabra papá conscientemente, aunque a su padre se le escapaba el sentido, no así a Luis, que creía ver en esa palabra, usada así y entonces, una primera constatación del resultado positivo de la conversación mantenida no hacía mucho con su nieto.

Ahora sentía Dani cierto remordimiento por haber hablado de su padre esa tarde de la forma en que lo hizo. Menos mal que el yayo no lo contaría; estaba seguro de ello. **Nunca le había trai-**

cionado y nunca lo haría.

-Pues una buena ocasión-terció Montse-puede ser el puente de Todos los Santos, si no subimos a Riels. Y yo aprovecho para jugar con el yayo, que ya hace algún tiempo que no jugamos. Todos asintieron y Dani se despidió para terminar de hacer los deberes antes de irse a dormir.

Luis ayudó a su hija Montse a recoger la mesa, mientras José Antonio ponía la tele buscando entre las distintas opciones algo de su interés. Finalmente apagó el televisor y tomó el periódico que Luis había comprado a la mañana, como cada día, y lo había dejado en el revistero, después de hojearlo, las más de las veces, pasando de puntillas por los titulares, sin llegar a leer ni un solo artículo de fondo.

*Nunca
le había
traicio-
nado
y nunca
lo haría.*

Cuando hubieron, padre e hija, recogido platos y cubiertos, y dejado en orden la cocina, Luis inventó que estaba cansado a causa del tenis, para retirarse a su habitación.

Lo que le apetecía de verdad era echar un rato de charla con su hija y su yerno, pero sabía que ambos habían estado todo el día sin verse. José Antonio comía casi siempre fuera, bien con algún encargado o arquitecto de obra o bien en un sencillo restaurante próximo al despacho, en compañía de un delineante que trabajaba con él y de la secretaria. Montse, los días que tenía clases mañana y tarde, que eran los más, comía en la Facultad también. Luis solía

comer en casa solo y se las arreglaba bastante bien, aunque andaba buscando cualquier excusa para comer acompañado, generalmente con algún colega jubilado igualmente e igualmente solo como él; en tales casos buscaban también el calor humano de uno de los varios restaurantes, tipo familiar, que había en las cercanías de la plaza de la Bonanova.

Conociendo en carne propia lo que es la soledad, Luis sacrificaba gustoso sus deseos de compartir una amable conversación, en aras de que su hija y su yerno pudieran estar a la noche un rato en compañía y compartieran sus cosas sin que la presencia de él coartara su diálogo. Una prueba de que obraba correctamente era el hecho de que nunca le habían rogado que se quedara con ellos cuando anunciaba su retirada. Así pues se recluyó en su habitación aunque sin intenciones de dormir inmediatamente.

Luis había sido un seguidor incansable de la actualidad y había llegado a la conclusión de que la actualidad más rabiosa era la radio; ni la prensa escrita ni la televisión tenían para él el poder mágico de la radio. En ella se ponía a prueba continuamente el arte de enseñar al oyente el minuto presente y la capacidad de reacción y de improvisación de unos profesionales que, si no eran como la copa de un pino, se quemaban y desaparecían de las ondas, barridos como ceniza.

Su afición a la radio le venía

de muy lejos, pero fue en sus años de viudedad cuando la radio llenaba en parte los largos vacíos que su hija no podía llenar, y que Mercè había dejado con su muerte. Entonces le envenenó la radio y ya no se pudo curar nunca, afortunadamente, pensaba Luis.

Montse, que creció conociendo las flaquezas y reciedumbres de su padre, le había regalado un costoso Philips, radio-despertador, con los primeros ingresos que obtuvo de la Facultad. Luis encendía diariamente su Philips dos veces al menos, pues no sabía dormirse sin la radio, y la radio era la amiga fiel que le sacaba del sueño cada mañana.

*Montse
creció
conociendo las
flaquezas
y reciedumbres
de su
padre.*

Esa noche como todas, al entrar en la habitación, el primer gesto maquinal que hizo fue dirigirse a la mesita de noche y encender la radio. Después cambió su ropa de día por la de noche, salió al baño a lavarse los dientes y pasó por el salón para decir un simple, "hasta mañana", respondido con un dúo de igual contenido.

Volvió a la habitación y en la radio se oía una entrevista que no le interesaba; cambió el dial hacia la posición en que esperaba encontrar una música suave y fue satisfecho de inmediato ya que conocía bastante bien lo que solían ofrecer las distintas emisoras a estas horas de la noche.

Se metió en la cama y se dejó envolver por la música. Se sentía algo más feliz que de costumbre.

Había tenido una tarde-noche con más aciertos que errores y el resultado de su gestión como tutor parecía positivo.

Sonrió al recordar con qué rotundidad había dicho a su nieto que los tres eran por igual padres de él; pero, ¡qué caramba!, así era en verdad. Él sabía que, **si** en su momento **hubiera puesto reparos, Dani no hubiera venido nunca**; Montse adoraba a su padre de tal manera que no le habría contrariado ni siquiera en esto, o quien sabe ...; pero no hubo necesidad de poner a prueba su amor de hija porque él apoyó con todas sus fuerzas la iniciativa de la joven pareja desde el primer momento.

* * *

Fue en el verano del setenta y dos; acababan de instalarse en Riels después de concluir Montse sus clases en la Facultad. Habían hecho planes, como otros veranos, de permanecer allí hasta que José Antonio tomase sus vacaciones, para hacer los tres alguna salida al extranjero. A mitad de semana se bajó a Barcelona Montse por la mañana con José Antonio, y Luis se había quedado con la intención de cuidar un poco el jardín, algo descuidado tras una ausencia de meses; precisamente los meses primaverales, aquellos en que las plantas, útiles e inútiles, crecen con mayor pujanza. A la noche, cuando la pareja volvió, mientras cenaban los tres le fueron explicando cómo habían comido al mediodía con unos amigos que les habían animado a realizar un viaje de quince días

a Suiza y Austria; irían cuatro parejas en dos coches y deberían partir el próximo lunes. Él quedaría en casa pero no debía preocuparse porque le llamarían cada día. Naturalmente la decisión estaba supeditada a que él no tuviera inconveniente en quedarse sólo; sería la primera vez que harían tal cosa desde que él vivía con ellos. No hubo el menor reparo, antes al contrario, todo tipo de ánimos para llevar a cabo el proyecto.

El domingo a la tarde hicieron las maletas y el lunes, después de desayunar los tres juntos, se despidieron y marcharon. Durante el desayuno observó Luis el estado de excitación de su hija, quien al retirar las tazas del café perdió una de ellas de las manos y acabó hecha trizas. José Antonio se levantó diligente y fue rápido hacia ella.

-¿Qué te pasa?-dijo preocupado.

-Nada, no es nada, se me ha resbalado-respondió

Montse sin darle la menor importancia.

Luis no supo en aquellos momentos interpretar los hechos.

-Serán los nervios del viaje-recuerda ahora que dijo en aquella ocasión. A primera hora de la tarde le llamaron interesándose por su estado. Ellos estaban en Lyon, donde habían parado para hacer la comida del mediodía e iban a continuar su viaje hacia Suiza. A la noche le volvieron a llamar desde Lucerna, y en toda la semana que siguió no hubo un solo día en que no le llamaran, dando-

*si
hubiera
puesto
reparos,
Dani no
hubiera
venido
nunca.*

le algunos detalles de las cosas que andaban viendo. Igual ocurrió a la semana siguiente, de forma que - pensaba Luis - iba conociendo también él muchas cosas de Suiza y Austria, sin moverse de casa. El sábado a media mañana descabezaba una siesta temprana, a la sombra de una de las moreras del jardín, cuando le despertó el sonido del motor de un coche que se detenía a la puerta de acceso al garage. Luis reconoció inmediatamente el coche. José Antonio había descendido de él y se disponía a abrir la puerta para introducirlo en el garage. Montse no estaba en el coche; Luis pensó que tal vez estaba todavía dormido. Abrió más los ojos; no, Montse no estaba allí.

-Hola padre, ¿qué hay de nuevo?-. El saludo era cordial y hasta alegre.

Desde los primeros días de su matrimonio con Montse, José Antonio había dejado de llamarle Luis y le llamaba padre, no papá como Montse, en un gesto de cariño que parecía hacer sin demasiado esfuerzo.

-¿Y Montse?-. Fue todo lo que supo decir como saludo.

-Se ha quedado en Barcelona y está bien. Ahora después bajaremos tú y yo para encontrarnos con ella.

La respuesta le tranquilizó, aunque no del todo, pues desde que se quedó huérfana a los dieciseis años, por primera vez se separaba de su padre dos semanas seguidas, excepción hecha del viaje de novios que estuvieron en Mallorca quince días y le llamaban cada

día. Y era raro que se quedara en Barcelona dilatando el encuentro con su padre unas horas; debería ser algo importante.

-¿Y qué hace en Barcelona?

-Déjame entrar el coche y ahora te explico.

Dejó el coche y no bajó del mismo mas que una bolsa de deporte con ropa y el periódico.

-¿Y las maletas?-. Empezaba a entender cada vez menos. **José Antonio estaba muy tranquilo y eso era buena señal.**

-¿Tenemos cerveza? Yo me tomaría una cerveza mientras te explico el misterio de las maletas.

Parecía haber algo de sorna que, aunque irritante, también era buena señal. Entró a la cocina y Luis quedó bajo la morera, como clavado, esperando algo.

-¿Quieres tú también una cerveza?- dijo a Luis desde la cocina.

-¡Qué preguntas! Sabes que no puedo. Te acompañaré con un vaso de agua fresca.

Salió de la cocina con un vaso de cerveza en una mano y un vaso de agua, que alargó a Luis, en la otra. Se sentaron ambos a la sombra fresca de la morera; Luis impaciente y José Antonio relajado, aunque se le traslucía que estaba pensando por dónde empezar.

-Bueno, padre, pues te hemos engañado. No me preguntes por el viaje porque no hemos hecho ningún viaje. Teníamos que hacer en Barcelona una cosa que no te debíamos explicar antes y te lo explicamos ahora. Y te lo cuento con la

*José
Antonio
estaba
muy
tranquilo
y eso era
buena
señal.*

alegría que me ves en la cara y bebiéndome esta cerveza porque Montse está muy bien, como tú vas a ver dentro de un rato.

Luis había quedado con la boca semiabierta, perplejo, el brazo apoyado sobre la pequeña mesa de jardín que soportaba el vaso y sin tener nada que decir; seguía esperando la explicación que aun no había recibido.

-¿Recuerdas-continuó José Antonio-la operación de Montse el año pasado? Pues es así de fácil: Hace algo más de un mes que empezó otra vez a tener molestias y me pidió que te lo ocultásemos. Después de varias exploraciones y análisis los médicos se inclinaron por operar cuanto antes mejor, y eso hemos hecho. El año pasado te afectó mucho la operación y por eso decidió Montse evitarte este mal rato. La operación fué muy bien y ahora voy a recoger algunas cosas que me ha encargado Montse y nos vamos para Barcelona si quieres verla.

-Pero...-. **No sabía qué decir; de verdad lo habían engañado-** ¿está todavía en la clínica?

-Sí, y en un par de días nos vendremos. Arréglate que por el camino te contaré algunos detalles más de Austria-. Se rio abierta y amablemente-. Yo voy a preparar mis cosas.

-Desde luego me has dejado que si me pinchan no sale sangre.

Iba a preguntarle si ahora le engañaba otra vez, pero no se atrevió. Le daba confianza el ánimo alegre con que había llega-

do José Antonio.

Se bajaron a Barcelona y durante el viaje, tirándole de la lengua a José Antonio, se fue enterando de que la operación no había sido tan sencilla como la primera vez. Había durado algo más de una hora, según dijo José Antonio; aunque después se acabó enterando de que habían sido dos largas horas, durante las cuales le habían extraído útero, ovarios y una parte importante de la vagina. Pero ya estaba muy bien y cuando llegaron la encontraron sentada junto a la cama. Se levantó y besó a su padre con fervor, al tiempo que le pedía perdón por haberlo tenido ajeno al problema.

*No
sabía
qué
decir;
de verdad
lo habían
engañado.*

Afortunadamente la recuperación fue muy rápida. José Antonio adelantó sus vacaciones y se quedaron en Riels padre y marido ayudando al restablecimiento, que fue de tal forma que cuando bajaron de nuevo a Barcelona, la última semana de Agosto, Montse se encontraba pletórica de fuerzas y como si nada hubiese pasado.

Pero algo importante y definitivo para su vida personal y familiar había pasado. Durante estos siete años que llevaban de matrimonio habían perseguido el tener algún hijo, especialmente durante los cuatro últimos años y no habían perdido la esperanza; ahora quedaba descartada esta posibilidad definitivamente.

En las últimas semanas de

estancia en Riels **habían hablado en varias ocasiones de la posibilidad de una adopción**, los tres por una parte y también Luis y Montse, en ausencia de José Antonio.

Luis suponía que también el matrimonio en sus momentos de intimidad debería hablar de la posible adopción; pero los dos hombres sólo no llegaron a plantearse nunca el tema, estando sin la presencia de Montse.

Dieron por terminada su estancia en Riels el último domingo de Agosto. El sábado anterior desayunaron los tres en el jardín, un variado y abundante desayuno a base de huevos con chorizo, acompañándolos de un vaso de vino los dos hombres y zumo de naranja para Montse. Cerraba el menú el café con leche y un tierno croissant que Luis, madrugador, había comprado en el cercano pueblo, con el pan para el día y el periódico La Vanguardia.

Los días que José Antonio estaba en Barcelona o se bajaba al amanecer para estar en la oficina a las ocho, Luis y Montse desayunaban un sencillo café con leche con unas galletas o incluso sin ellas si no apetecían, en caso de que Luis tuviese ya vacaciones, pues solía tomarlas una o un par de semanas antes que José Antonio.

Ese último sábado veraniego, durante el desayuno, volvió a salir el tema de la adopción. Era José Antonio el que lo sacaba a colación. Después de varias

intervenciones de uno tras otro, dijo por fin José Antonio con tono firme:

-Bien, hemos de tomar una decisión; tú, padre, ¿qué dices?

Luis intuyó que la pareja había tomado ya una resolución y esperaban sólo conocer la opinión del padre para proceder de una forma u otra según su opinión fuese coincidente o discordante. Deseaba coincidir con ellos, y deseaba que ellos hubiesen determinado ya adoptar un hijo.

-Yo pienso que a vosotros os convendría tener un hijo, y si ahora no es posible de otra manera...; pero es una decisión vuestra.

*habían
hablado
en varias
ocasiones
de la
posibili-
dad
de una
adopción.*

-No es ese el planteamiento, padre. Desde el día en que nos casamos vives tú con nosotros, y los tres formamos una piña familiar. Una cosa es que hubiésemos tenido un hijo como fruto de nuestro matrimonio, y en ese caso estaría claro el papel de cada uno, nosotros como padres y tú como abuelo, y otra bien distinta el que los tres queramos o no traer a nuestra familia una criatura extraña para ayudarle a crecer teniendo el cariño de los tres. ¿Qué dices?

Estaba claro que la pareja había tomado una decisión y José Antonio actuaba como portavoz; Montse, que no decía nada, asentía a cada frase de su marido. También estaba claro que esa decisión era el sí a la adopción. Pero era igualmente evidente en el discurso de José Antonio, que esa determinación no la llevarían a cabo mas que con la conformidad

suya. En pocas palabras **había venido a decir: o los tres de acuerdo o no hay adopción.** Hasta dónde eso era sólo una estrategia o bien era una decisión firme, se le escapaba totalmente. En cualquier caso no había lugar a conflicto porque su deseo coincidía plenamente con el de sus hijos, que tan abiertamente había expuesto José Antonio; por esto añadió simplemente:

-Si de mí dependiese, mejor mañana que pasado, pero no quiero ser un condicionante para vosotros.

Montse ya no podía aguantar por más tiempo en silencio.

-Papá, gracias por tu generosidad, y además me alegra mucho el ver que coincidimos porque en esta ocasión, por muchas razones no podíamos hacer las cosas sin contar contigo. En primer lugar está el hecho que José Antonio te ha dicho; tú eres uno igual que nosotros a la hora de traer un hijo por este procedimiento; eres un padre más. Pero es que además, tú no tardarás mucho en jubilarte y nosotros dos, si no pasa nada, seguiremos trabajando; por lo tanto tú tendrás más tiempo de relación con él que nosotros; en cierto modo puedes ser más padre que nosotros mismos.

Luis no tenía nada que añadir. Su hija había dado en el clavo. Él contemplaba la posibilidad con gran ilusión; pero no se podía manifestar en tal sentido porque era necesario que sus hijos obrasen por sí mismos, considerando las consecuencias del hecho en su propia vida, no en la vida de su

padre, que más pronto o más tarde les abandonaría, por ley natural.

-Llevas razón, hija. Lo que hagais vosotros, estará bien para mí.

-Bueno, está claro-terció José Antonio-; cuando bajemos a Barcelona habremos de enterarnos qué es lo que hay que hacer para adoptar un niño.

Reviviendo una vez más aquella escena del jardín de Riels y oyendo la música de fondo que llegaba del aparato de radio de la mesita de noche, a Luis le invadió una somnolencia que podía con él y perdía conciencia del recuerdo que le visitaba y de la música que aun le andaba acariciando. El recuerdo huía de él y la música perdía volumen y definición en su mente. Alargó la mano y sus dedos, en un gesto automático, cortaron el fluir de las ondas sonoras. El vacío, un plácido vacío, le invadió y dejó en blanco su conciencia.

*había
venido a
decir:
o los
tres de
acuerdo
o no hay
adopción.*

* * *

Dani se encerró en su cuarto y en poco menos de media hora acabó de hacer lo que había abandonado para salir a cenar. En su trabajo escolar se acompañaba habitualmente de música de cassettes que compraba o copiaba de otros amigos. Generalmente música de cuerda y percusión de grupos instrumentales o vocales de habla inglesa. Había en el colegio un verdadero comercio de intercambio de cintas entre chicos que tenían en casa su equipo de grabación y reproducción, que eran los más

entre los compañeros de clase. Tenía sobre su mesa de trabajo una radio-cassette estéreo, que podía funcionar con batería o directamente en la corriente eléctrica doméstica; teniéndola enchufada, mediante un interruptor, podía accionarla desde la cama, sin necesidad de levantarse. Podía oír plácidamente la radio y cuando a través de las ondas llegaba alguna pieza de especial interés, con una pequeña presión de su dedo ponía en marcha el proceso de grabación. Este completo aparato era regalo de su madre por acabar con brillantez sus estudios primarios dos años atrás.

Se colocó el pijama, interrumpió la música del cassette para oír la radio, pues pronto empezaría un programa de información deportiva que solía oír. De momento de esa emisora partía una música melódica que aunque no conocía, tampoco era desagradable, por lo que se echó sobre la cama, dejándose llevar por la suave música.

Estaba satisfecho de cómo había transcurrido su día. Bien es verdad que estuvo a punto de echarlo todo a perder, como otras veces; pero la habilidad y el tacto del yayo había enderezado, también hoy, la situación. No era la primera vez que esto pasaba y empezaba a estar preocupado por ello. Se había sentido siempre muy dueño de sí y de sus reacciones, al nivel propio de su edad. Pero en los dos últimos años, de vez en cuando se sentía mal con sus padres y, en una reacción no bien

comprendida, todo su amor se convertía en odio, como si se tratara de una inversión de polaridad en un circuito eléctrico. Desde que supo que era hijo adoptivo había crecido dentro de él la intolerancia y el sentido crítico hacia sus padres. Comportamientos de ellos que, hasta ese momento, los había considerado normales, ahora eran objeto de la más severa censura, aunque no siempre; pero había dentro de él como un diablo escondido, que analizaba y juzgaba todas las acciones o gestos de sus padres, buscando hasta las últimas causas de los mismos; un diablo que de vez en cuando asomaba las orejas y lo ponía al borde del enfrentamiento total y definitivo con sus padres.

*el yayo
tenía la
agudeza
necesaria
para
descubrir
sus
crisis.*

Esto no podía seguir así. Él debía ser dueño de sus reacciones; pero éstas eran hijas de sus sentimientos, y los sentimientos más encontrados acudían a su mente en tropel sin que nada pudiera hacer por evitarlo. Afortunadamente

el yayo tenía la agudeza necesaria para descubrir sus crisis y aportaba los argumentos justos para invertir la polaridad de sus sentimientos. No podría contar con el abuelo siempre y más bien tenía que aprender a prescindir de él. Un día u otro se tendría que enfrentar sólo con la situación y consigo mismo.

-¡Maldita sea!-se decía. ¿Por qué tuvieron que darle la noticia en aquel preciso momento? ¿No habría sido mejor que se lo hubieran dicho desde pequeño y habría crecido ya con otras ideas sobre

sí mismo? ¿O tal vez hubiera preferido mejor no saberlo nunca? Después de todo, ¿qué aportaba aquella noticia a su vida? De positivo, nada. Sólo había conseguido intranquilidad y el llenarse de sentimientos de rencor y hasta de odio irracional hacia las personas que más había querido hasta entonces.

* * *

De alguna manera él mismo había provocado el que sus padres se decidieran a contarle cómo había llegado a esta casa. Uno de los temas de Ciencias Naturales del tercer trimestre era la reproducción humana. El libro de texto tenía unos dibujos que escandalizaron al yayo.

Cuando estaba haciendo los deberes, ante cualquier dificultad, se levantaba y acudía, libro en mano, a preguntar al yayo, que solía estar leyendo en el salón. Aquel día acudió con el libro de Naturales y la pregunta correspondiente.

-A ver, a ver-dijo el yayo tomando el libro en sus manos.

-¡Santo Dios!-añadió.-Si tu abuela estuviera aquí, ya verías lo que decía.

-Bueno, yayo, pero ¿qué es la *es-per-ma-to-gé-ne-sis*? Aquí habla de ella sin decir primero lo que es.

-A ver ¿qué dice? Y leyó despacio: "*si la espermatogénesis es abundante, aumenta la posibilidad de fecundación*". Pues no sé. Estos temas no los estudié yo de joven. Pregúntale a tu madre cuando lle-

gue.

Pero el abuelo sí que sabía; le habían subido los colores. Lo que no sabía es cómo explicarlo. Cuando llegó su madre la llamó a su cuarto y allí, los dos solos, le aclaró cuantas dudas tenía y aun más, pues le explicó también, a propósito del cuerpo lúteo, que ella no tenía ovarios porque tuvieron que extirpárselos a consecuencia de unas verrugas que podían ser peligrosas.

-¿Y hace mucho tiempo de eso?-preguntó él, interesado por la salud de su madre.

-Pues fue-dijo ella sin meditarlo un instante-durante el verano del setenta y dos.

-Mamá, yo no había nacido todavía.

-Bueno, verás... no, quizás fue después. No recuerdo exactamente...- Ahora estaba descontrolada y unos segundos antes había dicho con aplomo "durante el verano del setenta y dos". Lo había captado todo, pero su madre estaba muy alterada y lo primero era acudir en su ayuda.

-Es igual, yo sólo quería saber para qué sirve el cuerpo lúteo y ya lo comprendo un poco mejor, porque con lo que aquí se dice no hay forma de entenderlo. Gracias, mamá. Yo acabo pronto y salgo a cenar; ¿qué tenemos de cena?

-No sé, Dani; acabo de llegar. Voy a ver si el yayo ha preparado algo.

Salió y cerró la puerta. Él se levantó de la mesa y se arrojó sobre la cama, estirado, cara al techo y con ambas manos bajo la

Pero el abuelo sí que sabía; le habían subido los colores.

cabeza, en una posición propia para concentrarse. Era evidente el que su madre se había ido de la lengua e intentó rectificar; ¿qué pretendía ocultarle?. Una cosa estaba clara en el libro de Ciencias Naturales: si su madre había perdido los ovarios en el verano del setenta y dos, y él había nacido en febrero del setenta y tres, **su madre no podía ser su madre.** ¡Qué disparate! Le habían dejado un trozo de ovario y, por pequeño que fuese, sería suficiente. Eso es, un trozo de ovario bastaba. Pero entonces, ¿por qué se había alterado su madre?. Podía haberle dado esa explicación y él podía entenderla. Pero no lo hizo; por tanto la causa de su agitación era otra. Cogería a su madre en algún momento más tranquilo y le arrancaría la verdad, cualquiera que fuese.

Le llamaron para cenar y durante la cena observó que su madre no estaba del todo serena, aunque hacía esfuerzos para que no se notase. Al día siguiente, viernes de un hermoso mes de mayo, ya encontró a su madre como si tal cosa. Él tampoco la provocó para que surgiera el tema. El sábado por la tarde después de comer se fueron a Riels para subir algunas cosas e ir preparando la casa para el verano. El domingo amaneció radiante, aunque ninguno de ellos se enteró, si acaso el abuelo, porque se levantaron algunas horas después que el sol. A las diez más o menos desayunaron sus padres con él en el jardín, bajo un sol que aun no molestaba. El

yayo había desayunado antes y ahora salía a comprar el periódico. El centro de Riels, la plaza, quedaba a doscientos metros de la casa. Cuando el yayo hubo cerrado la cancela y se alejaba, su padre, que esperaba el momento, dijo sin más:

-Dani, lo que te dijo mamá el jueves sobre su operación de ovarios del año setenta y dos es cierto. Tenía unas verrugas y para evitar complicaciones le quitaron el útero y los ovarios.

Él, que había aprendido bien la lección de Naturales, inmediatamente reflexionó para sí: Anda, también el útero; o sea, que aunque dejaran un trocito de ovario no podría crecer ningún óvulo fecundado, ¿dónde lo iba a hacer?

-Eso significa que como yo nací al año siguiente...

-Eso significa-su padre no le dejó continuar-que nosotros somos tus padres porque te hemos criado y te queremos. Y el hecho de haber sido engendrado en un vientre o en otro tiene menos importancia de la que a veces se le quiere dar.

-Hemos esperado años, hijo- continuó su madre al tiempo que le pasaba una mano por el cuello y lo acercaba a su cara para poderlo besar- hasta podértelo decir. Hoy ya lo sabes; pero no tienes que llevarte una desilusión. Hemos sido tus padres durante doce años y vamos a seguir siéndolo hasta que Dios quiera.

-Es natural que ahora quieras saber cómo llegaste a nuestra casa-continuó su padre, demostrando que ambos tenían bien

*su madre
no
podía ser
su madre.
¡Qué
disparate!*

aprendido lo que tenían que decir, como si lo hubiesen ensayado antes cuidadosamente-, y nosotros debemos satisfacer tu curiosidad. El hecho fue así: Después de siete años casados y sin hijos a pesar de que los deseábamos, tuvo mamá esa operación que hacía ya imposible el seguir esperando; fue el verano del setenta y dos, como ella te dijo. En Septiembre de ese año decidimos iniciar los trámites para adoptar un hijo; pero era muy difícil porque además nosotros no queríamos ninguno sin conocer su origen y que nos gustara. Así que esperamos unos meses hasta que nos llamaron de la casa-cuna de Lérida para decirnos que acababan de recibir un niño que había nacido en Tárrega el día cuatro de ese mes, siendo la madre una chica de veinte años, hija de una familia muy conocida en Tárrega, que quedó embarazada de su novio, quien no había querido finalmente casarse y huyó a Francia.

-Los padres de la chica-terció su madre-para no soportar la vergüenza, escondieron el embarazo y retuvieron a la hija en casa hasta que llegó el momento del parto, que tuvo lugar en la misma casa, atendida por una comadrona, que salió de allí con el hijo que había nacido, sin que lo viera su madre y lo llevó directamente a la casa-cuna de Lérida. Cuando pudimos tener todos los papeles necesarios, fuimos a recogerte a Lérida, y eso fue el dos de Abril, cuando aun no tenías los dos meses. Allí, en la casa-cuna nos dijeron que ya te habían bautizado llamándote Daniel, aunque al inscri-

birte como hijo nuestro podíamos poner el nombre que quisiéramos. Nosotros te inscribimos como Daniel porque nos gustabas tú y el nombre era lo de menos, aunque en este caso también nos agradaba.

-Y eso es todo, hijo-intervino su padre, que no había dejado de mirarle a los ojos un solo momento mientras su madre estuvo hablando-. Hasta hoy hemos sido tus padres y tú nos has querido como a tales. Te pedimos que nos sigas queriendo igual, porque para nosotros seguirás siendo el mismo hijo de siempre. Y te queremos igual siempre.

Su padre se había levantado mientras hablaba y cuando terminó de hablar se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla, mientras le tomaba la cara con las dos manos. Su madre, que también había dejado su silla, esperó a que el padre acabase y se acercó a él, que entonces se levantó, abrazándolo apretadamente contra sí mientras le decía:

*Tal vez
con el
tiempo
tendría
muchas
preguntas
que
hacer.*

-Hijo, ¡qué ganas tenía de decírtelo de una vez!

-Papá, mamá, gracias-estaba abrazado a su madre con un brazo y con el otro a la cintura de su padre. Sentía todo su cuerpo hervir e hizo un gran esfuerzo por romper la escena, sentarse y seguir desayunando. **Tal vez con el tiempo tendría muchas preguntas que hacer**, pero en este momento era suficiente.

Poco después llegó el abuelo con el periódico y un kilo de hermosas cerezas.

-Las primeras del año-dijo-sólo para probarlas.

* * *

En la significativa mirada que dirigió a los tres, primero a Dani y luego a sus padres, se confesó cómplice de conocer cuanto allí se había hablado. Dani se levantó y se abrazó al yayo, que ya acudía a él con igual intención.

-Yayo, os quiero a los tres y os doy las gracias por todo.

-Tonto, déjame que voy a lavar estas cerezas para ver si están tan buenas como me han dicho.

Le dio un beso a su nieto y escapó a la cocina. Temía que Dani descubriese sus ojos inundados de lágrimas. Al entrar a la casa lo primero que hizo fue resoplar de alivio y secarse la lágrimas. Poco después salía con un plato lleno de rojas cerezas, que brillaban al sol de la mañana.

Dani veía bajar el dramatismo de la situación mientras iban comiendo y elogiando las cerezas y la feliz idea del abuelo de traerlas.

El resto del día transcurrió dentro de la más absoluta normalidad; ninguno de los cuatro volvió a referirse al tema. Lo único especial, sin trascendencia exterior, fue el hecho de que él se sintió observado todo el día; los tres adultos buscaban un atisbo de reacción nueva en el chico; pero él hizo cuanto pudo porque nada denotase que **el tema bullía todo el día en su cabeza**. Aquel domingo de mayo y aquellas cerezas no podría olvidarlas nunca.

Se había interrumpido en la radio la música y ahora daban unos minutos de noticias generales, antes de iniciar el programa deportivo que le interesaba escuchar. Abandonando los recuerdos se acomodó en el presente, por el que había que seguir peleando, y se dispuso a oír uno de sus favoritos programas de radio. No llegó a enterarse del final. Como otras muchas veces, la última sensación del día eran los labios de su madre sobre su frente. Se había dormido dejando la radio en marcha; su madre entraba, apagaba la radio, tiraba de la ropa hacia arriba, le besaba en la frente y salía en silencio, cerrando la puerta sigilosamente detrás de sí. Él la oía a veces vagamente; aunque con frecuencia no percibía más que una cálida sensación de los labios de su madre al posarse en su frente, y no estaba seguro, cuando pensaba en ello, si lo había sentido o lo había soñado.

*el tema
bullía
todo
el día
en su
cabeza.*

La última semana de Octubre hizo un tiempo frío y lluvioso, primeros avisos serios de la presencia del otoño. Con ese tiempo no tenía sentido subir a Riels, donde el clima era aún más frío que en Barcelona. Por ello decidieron quedarse en casa durante el largo puente del primero de Noviembre, si bien no era igual de largo para todos, ya que José Antonio tenía que trabajar el lunes treinta y uno; al ser final

de mes tenía que hacer las liquidaciones y pagos propios de cada mes, tanto al personal de las obras y a los contratistas, como a los de oficinas, un delineante y la secretaria. No parecía ser tanto como él decía, pero en cualquier caso debía hacerse.

El viernes último de Octubre y anterior al puente de Todos los Santos, a última hora de la tarde celebraron en el colegio la castañada, una fiesta entrañable, que se celebraba por clases.

A media tarde se recogían todos los libros, cuadernos y demás material escolar; se reagrupaban las mesas; una parte de ellas se cubrían con papel de envolver como rústico mantel, y empezaba a llenarse de viandas que surgían por doquier como hongos en el bosque. Cada uno había aportado de casa su mejor receta, que el resto del día había permanecido bien envuelta y guardada en el pupitre o en algún rincón de la clase, y en este momento afloraba ante la

espectación general. Algunos confesaban ser los autores materiales de la elaboración; pero la mayor parte de ellos se veían hechos por manos de expertas amas de casa que habían depositado allá, como óbolo, el amor a sus hijos. **Dani pidió a su abuelo un pastel de tortillas** como el de días atrás; pero Luis no encontró operativo el plato a la hora de repartirlo entre treinta o cuarenta personas en el colegio, por lo que optó por hacer unos panellets de fantasía. El jueves hizo las compras necesarias y recogió al nieto de la escuela, encerrán-

dose los dos en la cocina, donde maestro y alumno fueron dando cuerpo a la idea.

Hicieron una masa-base con almendra molida, azúcar y ralladuras de limón. Y tomando partes de esta masa, fueron incorporando los distintos elementos de fantasía hasta lograr un variado surtido de panellets: de café, de chocolate, de coco, de boniato (invento de la casa), etc.

Habiendo dejado en casa uno de cada clase por cabeza, como prueba, los restantes, debidamente preparados fueron llevados por Dani a la castañada, donde dijo que eran obra suya, lo cual era cierto, ocultando la decisiva ayuda del abuelo y no por menoscabo del yayo, sino al contrario, por temor a que entre la audiencia hubiese, cosa probable, quien no interpretase correctamente el hecho de que un hombre de su edad se metiese a la cocina a preparar repostería.

Cuando Dani llegó a casa, cerca de las seis, le esperaba el yayo con el ánimo dispuesto a conocer cómo había ido la fiesta. La castañada había resultado un éxito en todos los sentidos, como en años anteriores. Pero este año surgió un aspecto novedoso.

Había empezado la preparación alrededor de las tres y media, después de la clase de Física; la fiesta propiamente dicha empezó poco antes de las cuatro, después de reordenar las mesas, extender

*Dani
pidió
a su
abuelo
un pastel
de
tortillas*

el papel de envolver, distribuir las bebidas sobre cada mesa e ir uno a uno sacando sus viandas, presentándolas a la concurrencia y depositándolas sobre el improvisado mantel. Todo ello a la orden del equipo de organización, cinco alumnos con el delegado a la cabeza, y con la presencia, pasiva por innecesaria, del tutor.

El comienzo del abordaje a los manjares aportados fue un poco en tropel; diez minutos después se habían satisfecho las primeras ansias y entró en función de nuevo el equipo de organización, proponiendo todo un programa de actividades consistentes sobre todo en intervenciones personales para animar al grupo. El programa estaba tan bien concebido y las intervenciones fueron tan interesantes y divertidas, que el ánimo del grupo fue subiendo más y más de tono hasta que, cerca de las cinco y media, el tutor, que allí se divertía como uno más sin dar señal alguna de su autoridad, dijo que era la hora de recoger y ordenar todo. En pocas palabras, la fiesta había terminado cuando más animada estaba. Hubo protestas casi generales, pero ninguna resistencia a cumplir con la orden dada.

Mientras se iban guardando los restos de la castañada se oían comentarios de este tipo:

-Ya está bien, cuando más divertidos estábamos...

-Jo, qué rollo, siempre pasa lo mismo...

-Podíamos quedarnos solos y que se vaya él, ya somos gran-

des...

-.....

Una vez todo en su sitio y cerrada la clase, en el patio se hizo un corro alrededor de alguien que se había quedado con ganas de contar un chiste, porque allí, delante del tutor...

Se rieron cuanto pudieron y después contaron otro y otro... todos en el mismo tono. Uno apuntó:

-En la fiesta sin profes lo pasamos mejor.

Y otro:

-¿Y por qué no organizamos una?

*El
sentido
de
lealtad
de Dani
estaba
fuera
de toda
duda.*

Cuando el grupo se deshizo ya estaba decidido. Incluso quedó elegido el equipo de organización, que no tenía nada que ver con el de la fiesta oficial. Acordaron decírselo uno a uno al resto de la clase, aunque no a todos; quedaban excluidos aquellos que podían poner en peligro el secreto del proyecto, pues había que evitar que se enteraran los profes para que no interfirieran, y por lo mismo no se podía comentar en casa.

El sentido de lealtad de Dani estaba fuera de toda duda para todos sus camaradas, incluso para él. No le costaría ningún esfuerzo especial el mantener el secreto ante sus padres. Con el abuelo sería más difícil; pero la decisión era firme: Ni una palabra.

-Yayo,-dijo al entrar en casa- mis panellets han sido los prime-

ros que han desaparecido de la mesa; imagínate la acogida que han tenido. Después hizo un resumen de la fiesta sin alusión alguna al proyecto fraguado en el patio.

En los dos últimos años Dani no permitía que, por sistema, fuese el abuelo a buscarlo al colegio. Ya en el último curso de básica había puesto objeciones.

-Es que soy el único de mi clase al que vienen a buscar y ya soy grande y puedo venir solo.

Luis se reprimía la mayor parte de los días y evitaba el pasar por el colegio. Si salía a la tarde se recogía en casa alrededor de las cinco y esperaba impaciente el momento en que llegaba el nieto. Pero con frecuencia buscaba una excusa para ir a recoger a Dani al colegio e ir de allí directamente al club, a comprar alguna cosa o hacer alguna gestión los dos juntos. En tales casos Dani aceptaba gustoso la presencia del abuelo a la puerta del colegio porque ya no se trataba de que fuese tan desvalido, que necesitase quien le llevase a casa; sino bien al contrario, era merecedor de un trato de camarada que, viniendo de su abuelo, le llenaba de orgullo, y en tal sentido lo comentaba en su círculo de amigos:

-Esta tarde voy con mi abuelo a jugar a tenis-decía sacando pecho y pensando para sí: -Si vosotros no teneis un abuelo para jugar a tenis, pues peor para vosotros.

El sábado amaneció radiante,

un día de otoño luminoso, de los de cielo azul oscuro, que suelen darse en Barcelona después de unos días de lluvia o viento, en que toda la contaminación de la atmósfera urbana ha sido precipitada con el agua o barrida por el viento. El sol se desploma sobre la ciudad sin filtro que lo mitigue, y a la mañana, también el mar, como espejo, envía la luz solar de abajo arriba, hasta la cumbre del Tibidabo. Bajo la luz de dos soles, en tales días, hay que hacer un esfuerzo de acomodación a la intensa luz al salir a la calle por la mañana. Por desgracia son pocos los días de esta índole al cabo del año, y para mayor desgracia aun, es corto el tiempo que necesita la actividad de la gran urbe para acabar con ese milagro.

*el
intenso
golpe de
luz
le dio
los
buenos
días.*

Dani había dejado la persiana medio levantada y al girarse somnoliento en la cama hacia la ventana, **el intenso golpe de luz le dio los buenos días.** De un manotazo apartó la ropa que le cubría y con un leve giro se encontró sentado en la cama y mirando el rectángulo de cielo azul intenso que dejaba ver la persiana. A su habitación entraba directamente el sol de la tarde, hasta el fondo en verano y a la pared lateral durante el invierno. Pero a estas horas de la mañana de este sábado, sólo la luz indirecta le llegaba y era tan intensa que la asoció inmediatamente a su mejor proyecto para el día. Su madre lo había dicho la noche anterior durante la cena, aunque sin demasiada convicción,

después de una semana de mal tiempo:

-Si mañana hiciese buen día podríamos ir al club, ¿qué os parece?

Los tres hombres asintieron sin poner demasiadas esperanzas en que se dieran las condiciones necesarias para ello. Sin embargo Dani se había dormido con el pensamiento puesto en la eventualidad de que hiciese buen día, como su madre había dicho. Y la eventualidad estaba aquí, frente a él, como hermosa realidad.

Se calzó las zapatillas y salió al pasillo. Había que dar la buena nueva.

Los días de fiesta, y el sábado lo era normalmente en esta casa para todos, si no había una razón especial, sus padres se quedaban en cama hasta después de las nueve. **El abuelo siempre madrugaba.** Hoy se cumplían los pronósticos porque del lado de la cocina se oía ruido de pasos. El abuelo se preparaba para salir a comprar el periódico y las pastas, o tal vez ya había vuelto.

Se dirigió a la habitación de sus padres; la puerta estaba cerrada; picó suavemente con los nudillos y sin esperar respuesta abrió lo suficiente para meter la cabeza y medio cuerpo.

-Buenos días, hace sol-dijo. Y permaneció en reposo y en silencio, esperando respuesta.

-Buenos días-saludó su madre.

-¡Hola!, ¿y qué pasa con el sol?-. Su padre no parecía tener muchas ganas de levantarse aun.

-¿Iremos al club?-. No había sido bien interpretado su primer anuncio y seguía esperando una respuesta satisfactoria.

-José Antonio, ¿qué dices?-oyó decir a su madre.

-Bueno-fue toda la explicación de su padre.

Cerró la puerta y ya a la mitad del pasillo hacia la cocina:

-Yayo, vamos al club.

Y al entrar encontró que su abuelo ya había vuelto de su compra matinal y preparaba el café antes de echar el primer vistazo al periódico.

-Buenos días, yayo-. Y le dio un beso en la mejilla-. Vamos al club, ¿has oído?-prosiguió como si el acudir ese día al club fuese para todos un asunto tan primordial como lo era para él.

-Con este día es lo mejor que podemos hacer. Y si nos vamos pronto hasta podremos jugar.

*El
abuelo
siempre
madrugaba*

Luis conocía a la perfección lo que ocurría en el club con la demanda de pistas, un sábado o domingo soleado a partir de media mañana.

Desgraciadamente para sus deseos alargaron el desayuno y la partida más de lo aconsejable y cuando llegaron al club sólo pudieron obtener una pista, por lo que decidieron jugar un partido de dobles en lugar de los dos individuales que pretendían. No era la primera vez que jugaban los cuatro a tenis, y en los últimos tiempos se emparejaban siempre padre e hijo contra padre e hija. y solía ganar la pareja mixta a

base de cargar el juego sobre el componente débil de la pareja masculina. Solían jugar dos sets, después de un ligero calentamiento.

Ese sábado dominó ampliamente el tandem padre-hijo, 6-3, 6-3. Por primera vez ganaban ambos sets y en base al excelente juego desarrollado por Dani y la buena penetración de ambos. Repetir este resultado no era nada fácil porque Montse jugaba muy bien a pesar de lo poco que practicaba.

Terminado el juego se acomodaron en la terraza al sol y se hicieron servir un aperitivo. Después regresaron a casa y Montse preparó con ayuda de su padre un exquisito ágape, que todos consumieron con ganas y abundantes elogios de los dos no intervinientes en la preparación.

Después de un corto reposo salieron el matrimonio y el hijo a comprar alguna ropa de invierno para el chico, mientras el abuelo decidió quedar en casa y salir algo más tarde a charlar un poco con sus camaradas de tertulia, en lugar de meterse en la vorágine del centro comercial de la ciudad un sábado por la tarde.

Cuando Luis quedó solo se recostó en el sofá, en una posición a mitad de camino entre sentado y acostado, Se sentía cansado. En los últimos meses, cada vez que jugaba a tenis necesitaba horas de descanso para reponerse, incluso cuando se trataba de un partido de dobles como hoy.

Pero, recordaba, ¡cómo había disfrutado viendo jugar a su nieto!; el chico ganaba nivel de día en día, pero no se trataba de eso. Hoy especialmente había captado él una intención concreta en el juego de su nieto: Se entregaba en cada jugada para cooperar a la victoria de su padre; parecía querer obsequiar a su padre con cada tanto que se anotaban ambos. Al final se le veía más contento por la aportación hecha a la victoria obtenida por su padre, que por su propia parte de victoria.

Era un torbellino de criatura. Sus sentimientos de expresaban en tropel; los de amor y los de odio, cuando también, aunque en raras ocasiones, florecían. No se parecía en eso nada al resto de la familia. Los tres adultos eran de ánimo sereno; también los golpes de la vida habían contribuido a tranquilizar su ánimo. **Dani era un caballo desbocado**; hacía dos o tres semanas quería hacer morder el polvo a su padre y hoy se hubiese sacrificado a él si se lo hubiesen pedido. Esta relación padre-hijo había tenido siempre altibajos. Con la madre no eran tan acusados los ánimos extremos; pero también pasaba la comunicación por momentos luminosos y sombríos. Con él, el trato era más uniforme, aunque podría decirse que ahora vivía en la cumbre del aprecio; tanto que su actual empeño consistía en derivar parte de ese afecto hacia los padres adoptivos de Dani, y en este quehacer estaba obteniendo buenos resultados, como había podido apreciar a lo

*Dani
era
un
caballo
desbocado*

largo de la mañana.

Las fluctuaciones de los sentimientos de Dani hacia sus padres no eran nada nuevo. Desde que Montse empezó a trabajar de nuevo en la Facultad, después de sus dos años de excedencia al adoptar a Dani, el contacto entre el chico y sus padres no había sido ya nunca tan fluido y asiduo como entre nieto y abuelo. Esta relación con su nieto se estrechó más aun a partir del momento de su jubilación, por la mayor disponibilidad de tiempo. Con sus padres no había tenido Dani esa oportunidad de convivir, y esa especie de cuenta pendiente la llevaba encima y afloraba de vez en cuando en forma de reproches, más o menos directos y más o menos conscientes, a sus padres. Sin embargo estos altibajos en el flujo afectivo hacia sus padres, se había acentuado de manera harto notoria desde el momento en que supo Dani, por boca de sus padres, que ellos no eran en efecto sus progenitores.

Y esto, a pesar de haberle expuesto el hecho de forma bien distinta a como en realidad fue. Quien sabe si se equivocaron al hacerlo así. Lo discutieron los tres y estuvieron de acuerdo en que ésa parecía la mejor versión y la más verosímil. Él no quiso estar presente durante el diálogo con Dani para realzar ante el chico el protagonismo de sus padres; ellos también estuvieron de acuerdo, y cuando él regresó con sus cerezas y dirigió su mirada sucesivamente a cada uno de los tres, supo que lo habían planeado

bien y había sido bien resuelta la difícil papeleta que tenían en sus manos Montse y José Antonio mientras él daba una vuelta por el pequeño pueblo de Riels, y compraba el periódico y las cerezas; compradas éstas con la clara intención de romper con ellas a su llegada, la tensión que se hubiese creado, cosa que consiguió al cien por cien.

Pero hoy, tres años después, y viendo como evolucionaba Dani en sus relaciones con sus padres, él no estaba convencido de que en aquella ocasión hubieran obrado con el chico de la mejor manera posible. ¿Qué reacción hubiese tenido de saber toda la verdad?. Posiblemente le hubiera representado un golpe inicial muy fuerte; pero el cambio con el tiempo podría haber sido más positivo. Pero ahora, a toro pasado resultaba inútil hacer estas hipótesis. Se dice que la verdad nos hace libres; aunque la experiencia enseña que **la verdad se hace a veces**

*la
verdad
se hace
a veces
insufri-
ble.*

insufrible. Y en ocasiones necesitamos unas ciertas dosis de mentira, la mentira piadosa, para no hacer de la vida un infierno. La realidad, es en esos casos, tan cruda que, si no se le adornara con un vestido de fantasía, sería difícilmente aceptada en nuestra vida; y esa fantasía no es más que una mentira bien intencionada.

Con la adopción de Dani no hubo dudas entre contarle la verdad o la fantasía; los tres estuvieron de acuerdo en que ya hubo bastante con la realidad que ellos

conocieron; a Dani había que inventarle, por piedad, una realidad más amable, aunque no hubiera existido nunca.

* * *

El proceso de adopción no resultó tan fácil como ellos habían imaginado aquella lejana mañana de agosto, poco tiempo después de la operación de Montse.

Durante los primeros días de Septiembre, José Antonio encargó a un amigo abogado que se enterase cómo funcionaba, desde el punto de vista legal, el proceso de adopción de un hijo, así como de los pasos que había que dar para llevarla a buen término. Una semana después recibía el informe del jurista e iniciaron los primeros contactos y trámites que fueron completados pocos días antes de Navidad. Y a partir de ese momento quedaron a la espera de ser avisados cuando surgiera la oportunidad.

A final de marzo recibieron el primer aviso, por si habían cambiado de parecer, pues ellos habían pedido adoptar un niño y les ofrecían una niña que podrían recoger en Mataró, si estaban interesados. Sometieron la decisión a la opinión de Luis y el común acuerdo resultó ser que **no estaban por aceptar una hembra en casa**. Alguna ventaja habría que tener al no poder engendrar en el propio hogar, no obligándose a aceptar el fruto imprevisible de la fecundidad ajena. Ninguno de los tres era sospechoso de discriminación frente a la mujer;

pero cuando decidieron llevar a cabo la adopción, optaron por un chico porque pensaban que podría el abuelo hacerse mejor con él que con una niña. Esperaron una nueva oferta, que no llegaba, y empezaban a estar arrepentidos de no haber aceptado la primera oportunidad, cuando les avisaron, el último día de Marzo, de que dos días después podrían pasar por el Ayuntamiento de Tortosa a formalizar la adopción de un chico.

El día dos de Abril madrugaron más de lo habitual y en su Seat 850 emprendieron el viaje a Tortosa; poco antes de las diez de la mañana llegaban al Ayuntamiento, de donde salían media hora más tarde llevando Montse en brazos un hermoso bebé de un par de meses. Habían preguntado acerca de su procedencia y la funcionaria de turno, una graduada social de poco más de cuarenta años, indicó que no estaba autorizada a dar ninguna información en tal sentido. Cuando se disponían a subir al coche se les acercó una mujer de mediana edad que, dirigiéndose a Montse, dijo categórica, como conociendo en detalle la situación que allí se estaba viviendo:

-¡Vaya criatura hermosa que se llevan ustedes!-. Y añadió:

-Ustedes son de Barcelona, ¿verdad?-. La matrícula del coche no había pasado inadvertida. Montse asentía con la cabeza mientras la mujer se le acercaba y apartaba levemente la ropa que cubría la cara del bebé, y mirándolo añadió:

-Pobrecito; menos mal que va a

*no
estaban
por
aceptar
una
hembra
en casa.*

tener más suerte que los que quedan aquí. La Maruja tiene otros tres que malviven en este pueblo y ya ha mandado uno a Valencia y éste es el segundo que va para Barcelona. Todos varones, ¿saben?; por lo visto tiene el secreto para hacerlos y como no la lleven a una isla sin hombres, seguirá tirando cada año uno al mundo, mientras Dios se lo permita...

-Señora, por favor, tenemos prisa-. José Antonio no quería que aquella mujer siguiera estropeándoles la vida con más informaciones. Empujó a Montse con el niño a subir al coche y cerró la puerta. Subieron a su vez los dos hombres y arrancó, dejando a la informante plantada en la acera y contemplando al coche hasta que desapareció de su vista.

Nada más abandonar Tortosa estalló el enfado de José Antonio.

-¡Maldita sea!; **no hemos oído nada ni sabemos nada; ni volveremos jamás a este pueblo.**

Y no volvieron nunca más a Tortosa, ni volvieron a hacer comentario alguno de aquel encuentro. Por esto, cuando se plantearon el comunicar a Dani el hecho de su adopción, tuvieron que inventar la historia, no para alterar un poco la realidad sino para llenar un vacío con una historia que nunca había existido.

Lo habían planificado todo para hacer un cambio de domicilio coincidiendo con la adopción, pero no pudieron lograrlo con la precisión deseada, por culpa de la

empresa de mudanzas; les avisaron con pocos días de plazo y no pudieron solucionarlo como hubieran querido: hacer la mudanza el día anterior a la adopción para volver con el hijo al nuevo barrio y con nuevos vecinos, con lo que sería presentado como hijo recientemente nacido en el seno del matrimonio, de forma que sólo un puñado de amigos quedarían en el secreto de la adopción. Esto no pudo ser y aun se demoró la mudanza una semana, en la que procuraron que pasara desapercibida la presencia del bebé en su domicilio del barrio de la Sagrera, al nordeste de la ciudad. Cuando una semana más tarde se trasladaron a la parte alta de Muntaner, bien alejados de su anterior domicilio, quedaron rotas las débiles relaciones de vecindad que tenían en la Sagrera, y pudieron hacer la presentación en sociedad del bebé, como llegado a la familia hacía poco más de dos meses, y por los cauces normales.

Hicieron el bautizo quince días después en la parroquia de la Bonanova (de hecho no estaba todavía bautizado a pesar de que así se lo dijeron a él cuando le contaron la maqui-llada versión de la adopción), alertando al párroco de la situación, y lo celebraron con un pequeño grupo de amigos de la pareja y algunos de sus nuevos vecinos, teniendo especial cuidado en no invitar a nadie de su antiguo barrio.

Montse se arregló como pudo, a base de canguros, para acabar su curso en la Facultad y pidió inme-

*no hemos
oído nada
ni sabemos
nada;
ni volveremos
jamás a
este pueblo.*

diatamente dos años de excedencia de su puesto de profesora adjunta. Con ello pudo convivir con Dani muy estrechamente estos primeros años de su vida, llegando a olvidar con frecuencia que no lo había llevado en su vientre, olvidado que se deducía de la forma en que lo estrechaba y lo jaleaba, así como del desasosiego que le invadía cuando una fiebre inoportuna se apoderaba del bebé.

* * *

El sueño se estaba apoderando de Luis que, sin oponer resistencia a tan dulce dueño, se acabó de recostar en el sofá y perdió completamente el curso de sus recuerdos.

La puerta de la escalera, al cerrarse de golpe, le despertó descubriendo que la oscuridad se había apoderado del salón-comedor. El primer pensamiento que acudió a su mente fue el considerar que sus colegas de tertulia se habrían quedado esperándole, cosa nada grave ya que sus citas tampoco tenían un carácter formal y obligatorio, pues no todos los días acudían a ellas todos los tertulianos más o menos habituales.

La entrada de sus hijos y nieto interrumpió su preocupación y el resto de la tarde y noche discurrió entre la presentación y pruebas de las compras hechas, la cena y un rato de charla, interrumpida frecuentemente cuando la televisión exigía, de alguno de los presentes, más atención que el interviniente de turno.

El domingo por la mañana **fueron todos a llevar unas flores a la abuela Mercè**, en previsión de que el martes, día primero de Noviembre, que era el día indicado para ello, habría tal cantidad de gente en marcha hacia el cementerio que resultaría incómodo acudir a él.

A la vuelta tomaron un aperitivo en una terraza, en uno de los chaflanes del ensanche, antes de volver a comer a casa, y por la tarde se marcharon a tomar café a casa del señor Espín, Ramón Espín, el delineante que trabajaba con José Antonio, a quien éste llamaba cariñosamente mi pequeño sal-

*fueron
todos a
llevar
unas
flores
a la
abuela
Mercè.*

tamontes, pues en efecto era pequeño y nervioso, pero simpático y amable con la gente; era, decía José Antonio, la alegría del despacho. El señor Espín tenía por esposa una mujer de su casa, Ana María, con todos los condicionantes positivos y negativos que ello conlleva. La familia la completaban dos simpáticos hijos, José María de catorce años y Nuria de doce, ambos más bajos y anchos de lo que sería propio de su edad respectiva; pero alegres y cargados de recursos para hacer agradable su compañía. Además de una relación laboral existía entre las dos familias una cierta amistad, cultivada por ambas partes, por lo que los tres pequeños se conocían desde siempre y en sus relaciones estaba ausente cualquier influencia de la dependencia laboral de sus mayores. Es por esto que Dani aceptaba de buen grado la eventualidad del encuentro siempre

que se le proponía, pues sin mayores ambiciones, estaba asegurada una tarde entretenida en compañía de José Mari y Nuri.

Pasadas las ocho se despidieron después de una hora que habían transcurrido volando y en las que devoraron café y pastas como era habitual, y ese día especialmente había preparado Ana María unas castañas y boniatos al horno, así como unos panellets que no tenían nada que envidiar a los preparados por Luis el jueves anterior. Todo ello rociado con limonada y cola para los pequeños y con exquisito vino dulce para los mayores. Parecía no ser mucho aunque sobró alguna castaña y también dos o tres boniatos. Al llegar de vuelta a casa preguntó Montse qué deseaban para cenar, pero ninguno de los tres hombres tenía intención de hacer una cena formal, y bastaron unas piezas de fruta para dar la cena por concluida.

El lunes, después de desayunar los cuatro juntos, se marchó José Antonio al despacho como estaba previsto y anunció que volvería a comer al mediodía o en caso contrario avisaría por teléfono. Luis acompañó a Montse a un hipermercado de los del extrarradio de la ciudad y Dani se marchó al colegio, en cuyo patio habían de competir en un partido de fútbol-sala dos equipos de cursos distintos, y aunque él no era titular, acudía para animar a su equipo, y con la secreta esperanza de jugar, aunque sólo fuese un cuarto de hora.

Durante el partido, los que no participaban directamente en la

contienda, entre las voces de ánimo, iban comentando la reciente castañada y los propósitos de hacer reuniones tan divertidas o más que aquella. Finalmente **se concretó la idea de hacer una buena fiesta** como despedida del trimestre, antes de Navidad. Dado que las clases acabarían el jueves veintidos de Diciembre, un buen día para hacerlo sería el viernes veintitres, pues ya no estaban en periodo escolar y por lo mismo nadie podría oponerse a que un grupo de amigos se reunieran para pasárselo bien. Todos quedaron de acuerdo y el equipo responsable, nombrado días antes, debía buscar dónde hacerlo, aunque todos quedaron comprometidos a informar de cualquier posibilidad que conocieran para disponer de un local adecuado.

Al mediodía se encontraron de nuevo los cuatro ante la mesa sin nada especial que poner en común por parte de Dani, pues el hecho de la prevista fiesta, que tenía él presente durante la comida, era claro que no sería objeto de conversación hasta estar muy próximo el día, y debidamente matizado para evitar problemas.

Después del café volvió José Antonio al despacho y Luis salió "a echar un rato de charla" como acostumbraba decir siempre que salía de casa con la intención de encontrarse con los camaradas de la tertulia.

Montse, después de arreglar la cocina, se metió en el pequeño despacho que José Antonio decía ser suyo, aunque en verdad no era despacho de nadie, pues nadie des-

*se
concretó
la idea
de hacer
una
buena
fiesta.*

pachaba en él; más bien era la biblioteca, cuarto de plancha y habitación de trabajo, de Montse más que de ningún otro, ya que en él preparaba sus clases y en él eran corregidos los montones de exámenes cuando era época de ello, que era casi siempre, al menos según creía Montse, en función de lo desagradable que le resultaba la pesada tarea de corregir; era - decía - junto con el sueldo, lo peor que tenía la enseñanza.

Montse debía preparar sus clases para el resto de la semana y encontró que éste era un buen momento. Se aseguró de que Dani quedaba entretenido en el salón contemplando la tele y se aisló en el despacho; una sola hora de dedicación sería suficiente para tener a punto el trabajo de los tres días de clase que restaban de la semana; su experiencia acumulada de años le empezaba a resultar rentable.

Dani, tras la salida del abuelo, había conectado la tele y buscó algún programa interesante; nada había que le interesara plenamente, de forma que dejó correr el programa que le parecía menos malo y se sentó frente al televisor como quien quiere verlo, aunque en realidad hojeando una revista gráfica, suplemento del periódico del pasado domingo. Pronto la abandonó a cambio del periódico del día que había traído el abuelo al mediodía y que informaba de las actividades deportivas desarrolladas durante el fin de semana. Especial interés tenían para él los resultados y clasificaciones de las ligas de fútbol y basquet, así como las

informaciones del mundo del tenis. Cuando hubo leído, bien que muy por encima, lo que más le interesaba, abandonó el periódico y fue en busca de su madre al despacho.

-Hola, ¿molesto?-dijo al entrar, advirtiéndole que interrumpía el trabajo de su madre, pero deseándolo al mismo tiempo.

-¿Por qué has de molestar? Estoy terminando de preparar un tema y lo demás puedo prepararlo también mañana. ¿Quieres algo de mí?

-No, nada especial. He venido para hacerte compañía, si te valgo.

-Claro que me vales. En poco tiempo te has hecho ya un hombre y podrías defenderte de cualquier peligro.

-No exageres que tengo sólo quince años. Y además tú necesitas poca defensa porque te defiendes bien por tí misma-. Y añadió retador:

-Y si ahora que sé que no eres mi madre, y en lugar de defenderte te ataco, ¿qué harías?

-Si no tienes otras tonterías que decir, me dejas trabajar y te marchas. ¿Cómo se te ocurren esos disparates? Si lo dices para provocarme, te advierto que no estoy por seguirte el juego.

-Era sólo una broma-. No era cierto, pero ante el tono serio y hasta de cierto enfado de su madre, decidió retroceder.

-¿Era sólo una broma?-. **La mirada de Montse era capaz de desmontar cualquier muro de simulación** que el chico pretendiera colocar ante ella.

En estos momentos en que caía sobre él el peso de aquella mirada, entre severa y dulce, reconocía para sí mismo que el hecho de ser madre no consistía en dar a luz, sino en ir contribuyendo cada día al desarrollo y crecimiento de todo tipo, de aquel al que llamamos hijo, lo hayamos o no traído directamente al mundo. Y más simplemente, **él reconocía en aquella mirada a su madre, lo hubiera o no parido.**

-Bueno, disculpa; no quería hacerte enfadar-. Definitivamente quería abandonar la discusión. Pero su madre, que andaba buscando ocasión, no iba a permitirle tan fácilmente.

-Eso creo, porque ¿qué motivos podías tener para quererlo?-. La voz era envolvente y la sonrisa amplia. En el mismo tono y con igual sonrisa añadió, sabiendo que podía jugar con su hijo:

-O quizás sí los tienes y a lo mejor tú mismo no lo sabes. ¿Eh?-Quería arrancar la reacción, arqueando las cejas y ampliando aun más la sonrisa.

-Un poco difícil; ¿cómo puedo desear una cosa sin enterarme yo mismo de que la deseo?

-Tal vez es mucho más fácil de lo que piensas. ¿Qué dirías si te hago observar que en los últimos tiempos buscas con demasiada frecuencia la confrontación, también conmigo, pero sobre todo con papá?

-Pues diría exactamente lo que pienso: que eso no es así. Simplemente voy aprendiendo a juzgar las cosas por mí mismo, y no siempre por vuestros ojos, y a veces no coincidimos.

Él sabía que su madre tenía parte de razón, aunque no se atrevía a reconocerlo, deseaba que no fuese cierto, y se limitó a exponer la parte de razón que también él tenía.

-¿Te das cuenta de que estoy en lo cierto? Sé que hablas honestamente y te creo; pero eso no demuestra que no sea así, como yo digo; sólo demuestras que no eres consciente de ello. Puedes creerme, si de algo te sirve mi criterio. Desde que nos planteamos contarte la verdad sobre tu adopción, nos tienes a los dos con frecuencia en el ojo del huracán-. Lo dijo sin abandonar la sonrisa ni un momento.

-¿Qué es el ojo del huracán?-. Quería desviar la conversación, sin convicción alguna; sabía que estaba atrapado y su madre llegaría hasta donde se propusiera.

-Quiero decir sencillamente que estamos en tu punto de mira. Que analizas todas nuestras reacciones con un ojo crítico, que tenías dormido para nosotros hasta ese momento-. La sonrisa, como sol que iluminaba su cara, había sido totalmente cubierta por una nube, la preocupación; una oscura nube que proyectaba su sombra también sobre el hijo.

Dani se había sentado frente a su madre y sabía que estaban los dos empezando a jugar al juego de la verdad; juego en el que también estaban permitidas las trampas, ambos lo sabían, para salvar la cara y poder seguir jugando.

*él
reconocía
en
aquella
mirada a
su madre,
lo
hubiera
o no
parido.*

Ella había hecho una pausa mientras estudiaba su reacción, y finalmente continuó:

-Dani, tienes que repetírtelo continuamente: Somos tus padres, tus únicos padres. Te hemos querido desde el primer día, te queremos y te vamos a seguir queriendo. Para nosotros no ha cambiado nada. Para tí, sí ha cambiado; si te convences de ello superarás el problema que tienes; porque tienes un problema oculto que de vez en cuando sale a la superficie. A tu padre y a mí nos preocupa que este fantasma se apodere de tí, cosa que puede ocurrir si no lo analizas y lo controlas. Tienes toda nuestra ayuda; pídelo o úsala sin necesidad de pedirla.

-Mamá, es verdad que a veces vivo hecho un lío; pero lucho por aclararme. Papá y tú teneis mucho trabajo y no os puedo yo dar más problemas con mis tonterías.

-Hijo, no son tonterías; pero tampoco has de perder el sueño dándole vueltas a las cosas. Chicos como tú hay muchos, y viven sin darle la menor importancia al hecho de su adopción. El nacimiento es una circunstancia que por sí misma no lleva al amor; también puede llevar al odio, o a la indiferencia, o sea, que el nacimiento no determina los sentimientos. Los sentimientos nacen y crecen con el roce, con la lucha por superar los problemas comunes, con la ayuda mutua...

-Bueno, mamá-le interrumpió-. Eres tú la que se está pasando ahora. Yo no le doy tanta importancia a la adopción como tú pien-

sas. Y además estoy de acuerdo contigo en todo lo que acabas de decir. Pero, aun así, hay momentos en que me ataca una especie de pesimismo que no tiene nada que ver con eso. No me hagais caso cuando ocurre y se me pasará solo.

Mentía. Había analizado, en su soledad, en más de una ocasión, su situación y había llegado a una conclusión bien diferente, aunque era incapaz de exponerla a sus padres. Y sí que tenía que ver con su adopción o con el hecho de ser conocida por él. Iba tomando cuerpo en su mente la idea de que la decisión de adoptarle había sido sólo la satisfacción de un capricho de sus padres, capricho que, una vez satisfecho, perdía todo interés para ellos y le abandonaban como él había abandonado, desde pequeño, un juguete tras otro, después de satisfacer su curiosidad por ellos. Si no fuese así, ¿cómo se iban a entregar a sus respectivos trabajos con la intensidad con que lo hacían, ignorando

*el yayo
parecía
vivir
sólo en
función
de su
nieto.*

durante días y días su existencia y sus problemas? Era cierto que estaba **el yayo**, que **parecía vivir sólo en función de su nieto**; pero no era suficiente para llenar el hueco que sus padres dejaban. ¿Y por qué dejaban ese hueco? Cada vez que se planteaba esta pregunta acudía en su ayuda o para su desgracia, la respuesta más evidente: Él era el juguete abandonado. Pero, ¡maldita sea!, no era capaz de plantearlo así a su madre. También podía ser puro juego de su imaginación y no tenía derecho a dañar a su madre con

estas torcidas reflexiones.

-Sí que tiene que ver-, su madre era certera y cuando se lo proponía hacía siempre diana-porque mientras que has vivido ignorando tu origen no has tenido esos bajones. Hasta tus doce años fuiste constantemente alegre y comunicativo. ¿Cómo te explicas el cambio?

-No estoy seguro, pero supongo que con la edad cambiamos todos.

Se sentía cazado y había decidido huir, por lo que añadió:

-También muchos de mis amigos que hasta hace tres años eran unos niños dóciles con sus padres, ahora tienen problemas. El Jordi Camps hace tres meses que no se habla con su padre, y la Mariona se escapa de su casa con cualquier excusa porque dice que se le cae encima, y cuando está en su casa se encierra en su cuarto y no sale más que para comer. El Albert, que tú dices que es tan simpático, lo habla todo aquí con nosotros, porque en su casa no abre el pico nada

más que cuando le preguntan y para soltar monosílabos. Y estos son sólo algunos de los que yo sé y tú conoces. No entiendo por qué tienes que pensar que yo soy un caso raro, cuando estas cosas parecen propias de la edad -. Su tono era convincente y había dicho la verdad, aunque no toda. **Una parte importante de su verdad trataba él mismo de arrinconarla en su mente.** Comprendía que tal vez cometía un error, y en lugar de encubirla y enterrarla en los rincones oscuros de su ser, de donde volvería a salir, lo mejor sería exponerla

una vez a la luz y dejarla que la barriera el viento de la confrontación con sus padres; pero no era capaz de hacerlo; le daba miedo enfrentarse con la reacción de su madre sobre todo. No tenía derecho de acusarla de algo de lo que no estaba totalmente seguro.

-Esos problemas tienen siempre un origen determinado, y el tuyo también lo tiene-. Su madre seguía dando en la diana, aunque ya no hablaba para él. No le afectaría nada de cuanto dijera; había decidido resistir y tenía que dejar resbalar sobre su coraza todos los argumentos con que su madre le bombardease. En efecto, ella continuaba, después de una leve interrupción:

*Una parte
de su
verdad
trataba
él mismo
de arrin-
conarla
en su
mente.*

-Y no son propios de la edad porque en ese caso los viviríamos todos a esa edad, lo que afortunadamente no ocurre. A mis quince años yo era muy feliz y cuando murió la yaya, que yo tenía dieciseis, aunque mi vida cambió completamente, seguí siendo muy feliz con el yayo. Yo no veo que esto ocurra ahora contigo..., bueno, en general sí, me refiero a cuando te pones así de tontorrón.

-Es que yo también soy feliz con vosotros y con el yayo. Incluso cuando os discuto las cosas también me siento feliz porque luego me quedo didiéndome: "Qué tío más macho, ya eres capaz de tratar de tú a tú a tus padres; ya no eres un niño". Y es verdad, ¿no te parece?

Sonreía a su madre mientras hacía esa simulación y su madre recogió y acompañó la sonrisa. Conocía perfectamente que sus

argumentos no convencerían a esta recia mujer que tenía frente a sí, y tampoco lo pretendía; sólo aspiraba a conseguir que su madre entrara en el juego de las medias verdades y quisiera dar por concluída la conversación.

-Claro que me lo parece. Por aquí hemos empezado la discusión, ¿no te acuerdas? Ahora eres tú el que defiendes el argumento que yo te dí al principio. Es curioso, ¿verdad? Eso indica que en el fondo estamos bastante de acuerdo, porque resonamos con la misma frecuencia, a pesar de que a veces montamos tormentas en un vaso de agua. En cualquier caso está bien el reflexionar de vez en cuando en común, ya lo hacemos demasiadas veces solos, aunque a veces parece que no avanzamos nada porque, después de dar muchas vueltas, volvemos a estar en el punto de partida, como ahora ocurre-. En efecto su madre acababa de hacer el cierre, lo que era de agradecer.

-Ahora tendría yo que decir que estoy dispuesto para defenderte de cualquier peligro, y tú responderme que no es necesario. Así daríamos otra vuelta al tema, pero con los papeles cambiados. Podría resultar interesante, ¿no te parece?

-Como ejercicio dialéctico no estaría mal; pero no sé si serviría para algo más; podemos probarlo en otro momento.

-De acuerdo, lo haremos-. Qué suerte, pensaba, poder salir de de este atolladero sin tener que herir a su madre, acusándola abiertamente de tenerle abandonado.

-Si me permites terminar lo que estaba haciendo, en diez minutos estoy lista, y aun he de salir antes de que cierren las tiendas; si me quieres acompañar...

-¿Dónde vas?, ¿al centro?

-No, es sólo aquí cerca, al colmado y a la mercería.

-Ah, entonces no; me quedo leyendo aquí.

Salió de la habitación y se dirigió con paso ágil a su cuarto. Entró y de un salto se arrojó de espaldas sobre la cama, después de cerrar "delicadamente" la puerta con un pie que habilmente se quedó retrasado al entrar.

Abrió los ojos con el deseo consciente de saborear su soledad.

Con las manos tendidas bajo la cabeza y los ojos cerrados pensaba en la escena que acababa de vivir y se sentía feliz. Minutos después sonó la voz de su madre en el pasillo, cerca de la puerta cerrada de su cuarto:

-Dani, ¿estás ahí?

-Sí, me quedo aquí-. Había intuído la posible segunda pregunta de su madre y, contestándola, la hacía así imposible.

-De acuerdo, hasta luego.

-Vale.

Unos segundos más y se oyó el macizo portazo, aunque suave, de la puerta de la escalera. Estaba solo en casa.

* * *

Abrió los ojos con el deseo consciente de saborear su soledad. En la pared que quedaba a su derecha colgaban algunos posters, cuyo contenido resultaba casi invisible, borrado por la intensa

luz anaranjada del sol directo de la tarde, que caía sobre ellos. En las franjas de pared blanca que quedaban libres se apreciaba la belleza del rayo de sol que penetraba por la ventana.

Pensó que era un momento adecuado para disfrutar de un juego al que había dedicado horas durante múltiples días de su niñez. Se trataba de hacer un retrato mental de la imagen que proyectaba el sol (tonalidad, intensidad, sombras si las había, etc.), cerrar los ojos, contar hasta cincuenta pulsaciones de sus sienes, abrir los ojos e identificar el mayor número de alteraciones producidas en la imagen de la pared por el movimiento del sol en su ocaso.

Más de un día de fiesta al despertar había experimentado un cierto sentimiento de frustración al no poder practicar con la luz de la mañana tan apasionante y divertido pasatiempo. Lamentablemente la luz directa del sol visitaba su habitación sólo a la tarde y siempre que el tiempo lo permitía.

Su juego no podía ser el juego de las mañanas, **era el juego de sus ocasos, todos los ocasos de su vida**; siempre que tenía la oportunidad de practicarlo, lo hacía y aquellos ocasos los podía vivir múltiples veces porque una vez que los había vivido en vivo, los revivía en el recuerdo una y otra vez, tratando siempre de individualizar en cada recuerdo cada uno de los ocasos, con lo que volvía a realizar una nueva modalidad del

juego que consistía en recordar los múltiples detalles de cada una de las partidas de aquel interminable juego de recuerdos de imágenes.

Pensaba que todos los ocasos de nuestra vida tienen la posibilidad de ser recordados, hayamos o no jugado con ellos. Todos menos uno; aquel en que ya no nos queda después el tiempo necesario para el recuerdo.

Esa tarde del avanzado otoño era especialmente bello el espectáculo pues, desde sus lejanos recuerdos de infancia, el sol de otoño le fascinaba de manera especial. La nitidez de las tonalidades y la velocidad con que se producían los cambios, añadían un atractivo especial a su inocente juego.

El naranja se fue intensificando y fue capaz de apreciar el momento en que la luz naranja cruzaba, en su transformación, la tenue frontera que le separa del rojo. A medida que la intensidad disminuía, la habitación era invadida por distintos matices del rojo. Finalmente sólo la luz indirecta entraba por la ventana y escapaba huidiza.

Inesperadamente tuvo una inspiración; como si un rayo de luz, de los que parecían escapar, por momentos y en tropel, de su cuarto, quisiese obsequiarle antes de marcharse, estallando en chispa luminosa en su mente. Nunca hasta entonces había pasado por su imaginación semejante idea.

Se incorporó de un salto; tenía mucha prisa; debía actuar con rapidez o no llegaría a tiem-

*Su juego
era el
juego
de sus
ocasos,
todos los
ocasos
de su
vida.*

po. Salió al pasillo, hacia el recibidor, donde había un mueble espejo-perchero-estantería con dos cajones, en uno de los cuales se solían guardar las llaves de la casa. Allí había también una llave que tenía escaso uso; era la llave que abría la puerta que daba acceso a una pequeña terraza comunitaria, pero poco frecuentada, donde se ubicaba también un pequeño cuarto de máquinas que cobijaba el motor y demás mecanismos del ascensor.

Con la llave en la mano subió las escaleras de dos en dos, sin detenerse a llamar al ascensor; abrió precipitadamente la puerta de la terraza y salió a ella buscando la causa de tantos juegos de luz. Para su desgracia había tardado demasiado y sólo tenía frente a sí una hilera de tejados y terrazas de irregular altura y preñados de antenas de televisión. Prosaico escenario para un ocaso; sin embargo, hacia el oeste, una inquieta nube rojiza, por encima y entre la selva metálica, evolucionaba a ojos vistas sin necesidad de andar cerrando los ojos y contando pulsaciones. Pero sería interesante hacer un juego con tantos elementos de referencia. No era necesario permanecer sino unos momentos con los ojos cerrados para volver a experimentar el milagro.

Retrocedió para sentarse en el pequeño escalón que daba acceso a la terraza. Apoyó los codos en las rodillas y ambos dedos corazón en las sienas al tiempo que cerraba

los ojos y comenzaba a contar el pulso de su sangre. No pudo pasar de diez sin abrir los ojos y comprobar que era incapaz de contabilizar los cambios habidos en la imagen que tenía ante sí. Volvió a cerrar los ojos, abriéndolos sólo después de seis pulsaciones y pudiendo hacer un recuento, aunque burdo, de los cambios ocurridos en tan leve tiempo. Repitió otra vez, y otra... Con ciclos tan cortos el juego adquiriría un ritmo frenético, y le invadía la sensación de estar empapándose de una belleza que estando ahí disponible, si él no desencadenaba tal mecanismo de observación, podría desaparecer sin ser ni siquiera vagamente percibida.

*tomó la
decisión
de no
contar a
nadie el
secreto
de este
juego.*

El sol hacía un buen rato que se había ausentado, su luz huía también de la terraza y el vacío que dejaba era cubierto por una tenue y difusa luz de la calle, menos propicia, por su quietud, a los juegos como el que acababa de hacer. Empezaba a sentir frío cuando decidió abandonar su observatorio en aquel improvisado campo de juegos.

Cerró de nuevo la puerta de acceso a la terraza y descendió por la escalera, despacio y lleno de satisfacción por la experiencia que acababa de vivir. Y mientras bajaba los escalones **tomó la decisión de no contar a nadie el secreto de este juego.** Tampoco había comentado con nadie la variante del mismo que venía practicando en su habitación desde pequeño y siempre que las circunstancias eran propicias. No

había nada vergonzante en ello, pero temía, por un tonto temor, el ridículo que pudiese hacer si lo contaba.

Sus juegos con la luz formaban parte de su área secreta, donde todos guardamos aquellas cosas, vergonzantes o no, que sólo a nosotros pertenecen.

Área secreta que nunca, nadie, debe penetrar sin nuestro propio asentimiento.

Y cuando alguna vez parece que asentimos, tampoco es así; no es que alguien penetre en ella, sino más bien que nosotros sacamos de la misma ciertos aspectos de nuestra vida para ser contemplados por aquellas personas que elegimos, porque les juzgamos dignas de ello.

*Sus
juegos
con
la luz
formaban
parte de
su área
secreta.*

& & & & &

II

LA SOMBRA

Después de comer hay quien se queda a ver la tele, y no todo el mundo está autorizado a ello; pero los que pueden hacerlo suelen hacer uso de su derecho, interesados principalmente por las noticias del mundo externo. Algunos internos (así llaman a los presos los funcionarios y familiares, queriendo quitar hierro y miseria a la triste situación) charlan en el patio en grupos de dos o tres, mientras se fuman el cigarro que sigue a los postres del mediodía.

Los internos que ya llevan un cierto tiempo en este ambiente, condenados o en expectativa de juicio, se integran más o menos fácilmente en el régimen de vida y relaciones de la cárcel. Incluso cuando ingresa uno, que en el mundo exterior vive en aquellos ambientes que alimentan las cárceles, se integra sin gran dificultad aunque llegue por primera vez a este estado. Más duro lo tiene aquella persona, sobre todo si es joven que, procedente de un medio social que no suele conocer las cárceles, cae en tal situación.

Éste justamente era el caso de Dani en su tercer día de estancia en la cárcel Modelo de Barcelona. Pasada la curiosidad inicial de sus compañeros de celda por sus circunstancias personales y familiares, andaba como alma que lleva

el diablo, sin que apenas nadie hiciera caso de su presencia, a no ser que fuera para vejarlo.

-Eh, tú, pringao, quita de ahí, que estás apollardao.

Acababa de tomar su comida y con su bandeja en las manos andaba buscando donde sentarse. No tenía que buscar mucho porque era uno de los primeros en tomar su rancho y había muchas mesas libres en el comedor. Pero se hallaba tan abatido que era incapaz de tomar

todo el mundo se sentía autorizado a penetrar en su vida privada.

una decisión tan simple como la de elegir donde sentarse habiendo múltiples posibilidades. Buscaba el sentarse donde poder pasar desapercibido y eso era difícil saberlo elegir a priori.

Sin responder al insulto se echó a un lado para dejar paso al bigotudo treintañero que tan cortésmente lo solicitaba.

Se situó lo más aislado que pudo, pero no tardó en estar rodeado de otros reclusos. Comió sin participar en la conversación, aunque tuvo que responder a dos o tres preguntas directas, cosa que hizo con monosílabos que dejaron más o menos satisfechos a los demandantes. ¡Qué jodido sitio!. Aquí **todo el mundo se sentía autorizado a penetrar en su vida privada**, y él no se atrevía a rechazar, como le hubiera gustado, estas ingerencias por miedo a no

se sabe que posibles violencias.

Después de comer con más asco que apetito, y sin ganas de participar en nada que entrañase el tener que compartir algo con los demás, **se marchó a su celda** con el correspondiente permiso del funcionario de turno.

Las celdas de su galería, en la primera planta del edificio y en el lado Oeste del patio, alojaban a la población menos conflictiva de todo el recinto penitenciario; podía decirse con bastante aproximación que allí los únicos peligros que acechaban a un muchacho de su edad eran la droga y la homosexualidad. Evitar el verse envuelto en algún problema relacionado con ambas cuestiones no era tarea fácil; Dani más que saberlo lo intuía, y en ello concentraba toda la atención de que era capaz.

Entró en la celda y cerró la puerta tras de sí. Como casi todas, la celda era un espacio de unos tres metros de frente y cerca de cuatro de fondo, sin más luz natural que la que recibía por una estrecha ventana cuadrada, de unos cuarenta centímetros de lado, que se abría en la pared del fondo, frente a la puerta que daba a la galería, y que normalmente estaba cerrada, ya estuvieran sus ocupantes fuera o dentro. La celda había sido construida pensando en dos posibles ocupantes porque también de obra, en los rincones de la pared externa habían sido levantados, a modo de mesitas de noche, dos pequeños muros de cin-

cuenta a sesenta centímetros de altura.

En ambas paredes laterales, en lugar de la correspondiente cama, había dos unidades de dos camas cada una, baja y alta, en todo un bloque soldado compacto, incluida colchoneta, sin un solo tornillo, y donde no cabía operación alguna de desmonte. Ambas unidades de cama y litera, colocadas en las paredes laterales partiendo del fondo, permitían dejar libre un pasillo central de algo menos de metro y medio, y un espacio ante la puerta de la celda de un metro de fondo por los tres metros del ancho total de la celda. Este último espacio no estaba en rigor libre, ya que a ambos lados de la puerta estaban ubicados los útiles de aseo: Un lavabo ridículamente pequeño, a la derecha entrando desde la galería, con un grifo de agua tan robusto y macizo que difícilmente hacía juego con tal lavabo (nadie pensó nunca, ni cuando se instalaron, que debieran hacer juego), y a la izquierda un agujero inodoro para ya se sabe qué excusados servicios, y para otros que no se saben. Dos sillas de anea, sencillas cuanto podían serlo, y destrozadas cuanto era posible, vagaban por la celda buscado acomodo allá donde convenía, y no dejaban de pregonar con su presencia, que allí sobraban al menos dos personas, ya que no faltaban otras dos sillas, por no haber espacio para ellas.

Completaba el mobiliario un cubo de plástico situado bajo el

*Después
de comer
con
más asco
que
apetito,
se marchó
a
su celda.*

lavabo y que era obligado usar después de hacer uso del inodoro, si no se quería correr el peligro de que dejara de serlo. El único punto de agua en la celda era el grifo del lavabo y de él había que servirse para todo.

Dani fue directo a su litera, entrando a la derecha; para alcanzarla había dos puntos de apoyo, que no peldaños, en la parte trasera del mueble metálico, soldados a uno de los perfiles verticales en ángulo, que componían tan extraño lecho. Trepó ágil y se tendió boca abajo, permaneciendo un par de minutos en esta incómoda postura. Se giró hacia el centro de la celda y observó una vez más el paisaje desolador. La sensación de encierro era ostensible. Gruesos barrotes verticales y horizontales cerraban la ventana exterior; ante los barrotes había un débil marco de madera sobre el que ajustaba, aunque mal, una sencilla hoja de ventana que tenía, como vidrio, un plástico rígido, que en su día fue transparente y sin rayas, propiedades que no se podían nombrar ahora para describirlo.

En el techo había adosada una bombilla protegida de las iras y malas tentaciones por una espesa y fuerte rejilla metálica. Estaba prohibido encenderla mientras hubiera luz del día, aunque era escasa la que entraba por la ventana y más lo sería en invierno cuando el frío obligaría a tener cerrada la ventana con aquella hoja de plástico. Claro que para

el invierno él estaría fuera, ¡sólo faltaría que no fuese así!

Empezaba a perder la exacta noción del tiempo. Le habían quitado el reloj, su reloj calendario lunar que tanto apreciaba, cuando lo ingresaron el pasado lunes por la mañana, procedente de la comisaría de Vía Layetana. Pero era miércoles, aun podía controlarlo; exactamente tenía que ser miércoles día veintisiete de Junio y esta pesadilla no podía durar mucho, según le había dicho el abuelo en la visita, poco antes de la comida del mediodía.

Sin embargo una cosa estaba clara, cualquiera que fuera el tiempo que estuviera aquí; desde hacía ya varios años **caminaba siempre hacia abajo, hundiéndose más y más en su sima,** cuyo fondo no era posible ver. De seguir así, ¿cuál sería el final?. Valía más no pensar en ello; pero, ¿cuál fue el principio?

caminaba siempre hacia abajo, hundiéndose más y más en su sima.

Había disfrutado de una infancia feliz y había hecho unos estudios primarios (EGB) con muy buenos rendimientos y con ilusión por aprender y por trabajar. Incluso los dos primeros cursos de Bachillerato (BUP) habían acabado bien a pesar de que en segundo suspendió Mates en junio; pero este tercer curso había sido un desastre, con cuatro cates y la amenaza de repetir si no superaba estas notas en la convocatoria de Septiembre. Y con este panorama la cosa no se presentaba bien si no lograba darle la vuelta a los acontecimientos.

Pero es que, ¡joder!, las cosas no podían ir de otra manera con la pila de capulladas que había hecho este año; sí, podían ir peor, de modo que ya podía darse con un canto en los dientes por tener sólo estos problemas.

En su vida se podían reconocer ya, a pesar de su corta edad, varios puntos de inflexión, acontecimientos que al producirse cambian el rumbo de la vida.

Quizás el primero fue su adopción, ya que de no haberse producido, su vida habría recorrido otros derroteros, aunque no es posible saber si mejores o peores.

Después, el momento más importante que recordaba era aquel en que conoció por boca de sus padres el hecho de ser hijo adoptivo. Sin él poderlo remediar, sus relaciones familiares habían cambiado profundamente a partir de aquel acontecimiento.

Aquella fiesta de segundo de BUP, próxima a Navidad, cuando ya habían terminado las clases del trimestre, fue en cierto sentido su puesta de largo como hombre; en ella **fumó su primer cigarrillo y dio su primer beso a una chica**. Y ambas cosas bajo el influjo del alcohol, ¡qué desmadre!. Mirándolo bien, aquel día, con todo lo que le rodeó, había empezado a recorrer el camino que le había conducido año y medio después, a esta asquerosa celda.

* * *

El jueves acabaron las clases y se despidieron del cole. Un grupo de cuatro chicos y dos chicas decidieron tomarse una coca-cola en el bar que había en el chaflán, debajo del cole, y allí terminaron de organizar la prevista fiesta del siguiente día.

El Chiqui, que centralizaba las inscripciones, presentó el balance previsto. Asistirían catorce "tíos" de las tres clases de segundo de BUP, y sólo ocho "tías", por lo que habían pedido a éstas que invitaran a otras amigas aunque no fueran del cole, y así se habían conseguido tres "tías" más, con lo que la cosa quedaba algo más equilibrada. Como cada uno debía poner quinientas pelás, el presupuesto para la fiesta se cifraba en doce mil quinientas pelás, aunque en efectivo sólo había nueve mil, porque faltaba la aportación de las tres invitadas y algunos rezagados que habían prometido abonar su importe el día siguiente. Pero no había problemas porque el Chiqui tenía sus ahorros y podía adelantar lo que faltaba.

Se repartieron los deberes y se entregó a cada uno el dinero necesario para cumplirlos, y todo quedó dispuesto para el día siguiente, viernes veintitrés de Diciembre a las seis de la tarde. Dani, con Marta, que también vivía en la parte alta de Muntaner, recibieron dos mil pesetas que debían invertir en almendras, patatas chips, cacahuetes y aceitunas rellenas.

*fumó
su primer
cigarrillo
y dio
su primer
beso
a una
chica.*

La fiesta tenía lugar finalmente en un local de unos sesenta metros cuadrados que los padres de Vilar tenían para alquilar en la calle de Mariano Cubí, cerca de la de Balmes, y por tanto no lejos de donde vivían la mayor parte de los asistentes al colegio y a la fiesta.

Dani planteó en casa el jueves por la noche el tema de la fiesta, sin poner mucho interés en ello, y como algo que había surgido aquella misma tarde. Ninguno de sus mayores le dio tampoco importancia al hecho, que en definitiva era lo que él deseaba.

Quedó citado con Marta a las cinco, y sin ningún problema pudieron completar su compra antes de la hora, en uno de los supermercados de la zona. A las seis menos cuarto llegaban al local señalado donde ya se afanaban cuatro o cinco colegas como responsables de montar la "megafonía", una radio-cassette con dos bafles supletorios. Un tablero de aglomerado apoyado sobre caballetes hacía de mesa que, revestida con papel de embalar, fue alojando vasos, servilletas, viandas y bebidas. A las seis y cuarto estaba allí todo el mundo; todos menos una chica, Susi, que a última hora no pudo obtener el placet familiar.

-Joder con los controles, pensó Dani al recordarlo, tumbado de costado en su camastro, con la mano derecha extendida bajo su cara y la izquierda colgando en el vacío.

Del patio llegaba un vago rumor de lejana charla, y a través de la ventana enrejada se colaba el ruido del tráfico muy mitigado por las murallas exteriores del recinto, ya que esa ventana no daba directamente a la calle. Ambas cosas no bastaban a cortar el hilo de sus recuerdos. Y al quejarse de los controles se reprochó a sí mismo el haber urdido una media verdad para poder pasar también los de su familia.

La fiesta empezó con un primer tiento a la bebida para hacer un brindis por la diversión de la tarde y las ya próximas fiestas de Navidad. Los responsables de aportar la bebida habían traído también una botella de ron y otra de ginebra para mezclar con las bebidas no alcohólicas, y un par de paquetes de rubio americano para que no tuvieran que reprimirse los que quisieran fumar un pitillo.

El ambiente se fue caldeando física y moralmente.

Ni uno solo de los presentes osó decir no al alcohol, con lo que las dos botellas recién abiertas quedaron al primer embite libres de contenido, y como aun quedaban fondos y no lejos estaba el super, en un abrir y cerrar de ojos se repusieron ambas botellas.

El ambiente se fue caldeando física y moralmente, por la conjunción de tanto factor que contribuía a ello: alcohol, tabaco, novedad, música, juventud, libertad, desinhibición, etc.

Esa tarde vivió Dani muchas

experiencias por primera vez:

Primer cubata (y segundo).

Primer pitillo, que desechó a medio consumir porque se empezaba a marear.

Primer sentimiento de enamoramiento o deseo hacia la simpática Marta.

Primer beso a una chica, que no dió a Marta sino a Raquel. Marta era la deseada, pero era vecina y conocía a sus padres, por lo que no se atrevió porque no quería problemas. En un momento en que la música invitaba a bailar "agarrao", él bailaba con Raquel; **ella le miró a los ojos y él se lanzó a sus labios**; Raquel se ruborizó, pero no le rechazó; después se rieron los dos, pero no repitieron; fue el único beso que dio aquel día y el único que dio a Raquel. A Marta tardaría aun algún tiempo en besarla, a pesar del deseo.

La fiesta se prolongó hasta pasadas las nueve. La gente empezó a desfilar y cerca de las nueve y media se dió por terminada con la satisfacción general y el claro propósito de repetir.

Aquella Navidad no habían salido de Barcelona. El hecho de ser domingo el día de Navidad convertía la semana siguiente en "casi normal" en cuanto a los días laborables, y como su padre tenía que terminar una obra para entregarla antes de que acabara el año, decidieron no salir fuera para facilitar la mayor dedicación de José Antonio a su obra.

El día de San Esteban le llamó

Quique, sin duda el tío más marchoso de su clase, invitándole a salir por la tarde con Ferrán, otro buen marchoso, a charlar un rato. Se encontraron en una cafetería donde recordaron lo bien que lo habían pasado en la fiesta, mientras consumían un cubata y Dani aceptó de Quique un cigarrillo que no le supo tan mal como el primero y casi logró acabarlo.

Decidieron dar una vuelta por el centro y tomaron el Metro hasta Plaza de Cataluña, descendiendo por las Ramblas que a esa hora, ocho de la tarde, estaban muy concurridas y animadas. Llegaron hasta el final de la más amplia Rambla de Santa Mónica y dieron la vuelta sobre sus pasos.

*ella
le miró a
los ojos
y él
se lanzó
a sus
labios.*

-¿Quereis ver el ambiente del Barrio Chino?-. Quique estaba lanzado.

-Buena idea, Quique-dijo animado también Ferrán-, yo hace tiempo que tenía ganas y no me he atrevido nunca por no ir solo.

-Igual me ocurre a mí-apostilló Dani-; pero yo me apunto sólo con una condición, y es que no nos separemos.

-Eres un cagueta, tío, ¿de qué tienes canguelo?-. Quique le habló con aprecio, pero al mismo tiempo con reproche.

-¿Canguelo yo, de qué?, lo que quiero es estar seguro de que vamos sólo de mirones y no nos vamos a enrollar.

-Bueno, por eso no sufras. Cuando veas las tías vas a perder las ganas.

Giraron a la izquierda por la

primera travesía. Quique hablaba y caminaba conduciendo a sus amigos. No se había planteado la cuestión, pero parecía evidente que no era su primera visita al Barrio.

Habían hecho su entrada por el Arco del Teatro y fueron siguiendo por distintas callejas en una dirección más o menos diagonal hasta acabar en la confluencia de la calle San Pablo con el Paralelo, donde tomaron de nuevo el Metro para regresar a casa.

El paseo duró no más de media hora a través de las calles más concurridas del Barrio. Penetraron en un par de locales de los que salieron poco menos que de estampida, aterrados por el interés que su presencia despertaba en aquellas mujeres provocativas, la mayoría de ellas de edades superiores a las de sus respectivas madres, y tan entradas en carnes que el exceso causaba horror más que atracción.

-¿Subes conmigo, guapo?-. Dani se sintió cogido del brazo y cuando giró la cabeza **se encontró con unos enormes ojos negros, cargados de rímel** hasta casi no aguantar su peso las largas pestañas postizas. Llamaba su atracción, bajo los ojos, una boca sensual, de labios artificialmente engrosados con carmín, hasta resultar ridículos, y más abajo aun un generoso descote, a pesar de la época, que dejaba ver dos prietos senos, sujetos allí por la presión de un ceñido corsé, que les impedía desparramar su verdadera flacidez. No pudo apreciar más detalles; le temblaban

las piernas y sin poder articular palabra dio un tirón y libró su brazo de la mano que lo sujetaba al tiempo que ofrecía sus servicios.

Cuando avanzaron ocho o diez metros volvió la cabeza y descubrió otros detalles de la situación: La voz ronca, aunque dulce, que le había invitado a subir, procedía de una mujer de entre cuarenta y cincuenta años, con un abrigo color crema desabrochado, que dejaba ver un vestido rojo muy escotado y una voluminosa cabellera negra y artificialmente elevada sobre la cabeza, lo que ayudaba a creer que su dueña era de mayor estatura. La mujer le miraba y aun levantó una mano llamándole. Se sintió invadido por una ola de calor; giró sin contestar a la llamada y advirtió a sus amigos:

-¡Joder, qué tías! Quique acelera, que no quiero líos.

-Oye tío, le has gustado, ¿por qué no te quedas con ella?

-No seas marica, Ferrán, ¿y a tí no te interesa?

Aligeraron el paso y en unos minutos estaban tomando el Metro sin más incidencias.

El recuerdo de esta visita permanecía nítido en su cabeza a pesar del tiempo transcurrido. Le impactó la frialdad con que se llevaba a cabo el comercio sexual, el gran número de mujeres disponibles y, ¿por qué no decirlo?, la baja calidad del "género" en oferta. Como Quique había advertido, la visita contribuía a matar el

*se
encontró
con unos
enormes
ojos
negros,
cargados
de rímel.*

apetito más que a despertarlo.

* * *

Sonó el timbre por tres veces, separadas de cortos silencios; tres cortos timbrazos que indicaban la hora de la cena. En la cárcel se cenaba temprano, más de lo que Dani estaba acostumbrado, de forma que tenía que cenar sin gana y cuando se iba a dormir sentía de nuevo hambre que ya no podía saciar.

Había pasado la tarde con relativa rapidez afortunadamente, y la cena era más ligera y de peor calidad de lo que era de desear. Después de la cena aun lucía el sol en el cielo de junio, aunque sólo llegaba a la parte alta del patio. Ya no hacía el calor de la tarde y en el patio se formaban corrillos que **trataban**, con la charla desenfadada, **de olvidar la pena que a cada cual le roía las entrañas**.

A todos envolvió la noche y un nuevo timbrazo dispersó los corros; con paso cansino y entre maldiciones, cada uno se encaminó a la puerta de su celda donde debían esperar todos para someterse al último recuento del día, tras el cual penetraban en la celda que se cerraba con llave hasta el siguiente amanecer, si no había ningún incidente durante la noche.

Después de quedar recludos podían aun tener la luz encendida hasta oír una nueva señal del timbre, como una hora después. Era el

tiempo en que los compañeros de celda aprovechaban para conocerse mutuamente y para gastarse alguna broma, si había humor para ello, que siempre quedaba algo, aun en los días más negros, que en la cárcel suelen ser los más de ellos.

Los tres compañeros de celda de Dani eran personajes de un largo curriculum en estancias carcelarias. Uno de ellos cumplía condena de varios años y los otros dos eran presos preventivos, como Dani, aunque él era el único que visitaba por primera vez la cárcel Modelo.

Dani subió directamente a su camastro, excusándose de no participar en la posible tertulia, por falta de ánimo.

Los comentarios de sus compañeros de celda llegaban a su mente con menos nitidez que los recuerdos de las intensas vivencias de los últimos años.

Sin duda alguna, podía pensar ahora friamente, existió una relación evidente entre la visita que hicieron Quique, Ferrán y él al Barrio Chino y su expulsión temporal, dos meses después, del colegio, tras un feroz ataque que llevó a cabo, lanzándose como un energúmeno sobre el infeliz de Lorenzo, al que partió un labio y dejó tuerto para una temporada.

* * *

Andaba bien entrado ya el segundo trimestre y habían pasado

los carnavales; aquella tarde tenían prácticas en el laboratorio de Ciencias Naturales.

Agrupados en equipos de cuatro debían hacer un sencillo montaje de un circuito eléctrico y calcular sobre ello el valor de unas resistencias eléctricas. Nada complejo, y que tampoco requería una excesiva concentración. Organizado el trabajo de esa manera, daba lugar a que uno o dos por grupo iban haciendo el trabajo directo y los restantes observaban y dialogaban con los propios compañeros de grupo o de otros grupos; los temas de diálogo no eran forzosamente los relacionados con el ejercicio práctico que se estaba haciendo. Entonces era cuando se urdían planes para el fin de semana o para el tiempo libre de las tardes, o surgía el frecuente tema de las fobias y filias futbolísticas.

Al hilo del comentario sobre una noticia de una revista del corazón, que publicaba los problemas de una famosa actriz con su hijo, alguien hizo notar que el hijo aquel no era de la tal actriz sino que era adoptado. Fue entonces cuando el buenazo y nunca conflictivo Lorenzo, que trabajaba en un grupo junto al de Dani, señaló:

-Como que eso es cuestión de genes y la mayoría de los hijos adoptados son hijos de putas.

Dani sintió que la sangre le subía a las sienes (le subía también ahora al recordarlo) y ante él surgió meridiana la figura de aquellos ojos grandes cargados de

rímel y aquellos labios sensuales que le decían "¿Subes conmigo, guapo?". Se lanzó adelante con los puños cerrados y golpeó con rabia mientras pudo hacerlo. Lorenzo no llegó a defenderse porque no supo por qué ocurría aquello.

Cuando Dani fue consciente de lo que pasaba ya estaba apresado por tres o cuatro compañeros y lloraba sin contenerse; delante de él, otros recogían a Lorenzo y se lo llevaban sangrando por la boca al tiempo que con una mano se tapaba un ojo, como conteniéndolo por miedo a perderlo. Allí acabó la práctica de electricidad; nadie entendía nada y todos querían saber qué había pasado y por qué. Dani seguía llorando descompuesto y no estaba para explicar nada. Marta, según supo después Dani, comentó con dos compañeros en voz baja:
-Dani es hijo adoptivo.

*sólo por
piedad se
lo había
ocultado*

*a él todo
el mundo.*

Nunca supo Dani cómo llegó a saberlo Marta, pues nunca, ni antes ni después de esto, sacó él este tema a conversación con ella. Pero cuando días después, sereno en su casa, recordaba una vez más el incidente, sacó la conclusión de que posiblemente Marta lo sabría por el hecho de vivir cerca de su casa y conocer de vista a sus padres; pues este hecho debería circular como rumor entre la vecindad y **sólo por piedad se lo había ocultado a él todo el mundo**, hasta no hace mucho tiempo en que sus padres se lo dijeron, seguramente por miedo a que él mismo lo supiera por otras personas.

El comentario de Marta se extendió por la clase como reguero de pólvora, avivado por el ansia de los chicos por entender lo que allí acababa de pasar. El profesor de Ciencias Naturales, el señor Colomer, le pidió a Dani que le acompañara a ver al tutor. El tutor no estaba en el colegio aquel día y fueron directamente al despacho del director. Entró en primer lugar el señor Colomer y Dani quedó en la antesala. Después de unos largos minutos de espera se abrió la puerta y el señor Colomer le invitó a entrar. Nada más traspasar la puerta pudo percibir que el director no estaba nervioso ni excitado por lo ocurrido. Mirándole, con sus lentes apoyadas sobre la mitad de la nariz, le preguntó sin más preámbulos:

-¿Estás ya más tranquilo?-. Dani se encogió de hombros.

-¿Puedes contarme qué ha pasado?

-No lo sé-. Volvió a ver en su mente los labios carmín de aquella prostituta del Barrio Chino y también vio la sangre brotar de la boca de Lorenzo. Empezaba a entender y se echó a llorar sin importarle la presencia de aquellos dos hombres.

-Siéntate y serénate. Ahora llamaré a tus padres para pedirles que te quedes unos días en casa para que se recobre la calma entre vosotros; prefiero no exponerte a explicaciones y comentarios de tus compañeros-. Mientras hablaba, el director buscaba en su directorio y marcaba un número de teléfono. Dani sabía que no había nadie en casa, pero aun así le

dejó llamar; parecía querer hacer notorio el que **sus padres no estaban en su puesto de "padres" cuando él los necesitaba**. Después de esperar inútilmente el director colgó y, dirigiéndose a él, añadió:

-¿No hay nadie en casa?

-No, probablemente mis padres no estarán hasta cerca de las nueve de la noche-. Sabía que era así antes de que el director intentase conectar con alguno de sus padres.

-En ese caso les llamaré a la noche. Tú puedes contarles lo que quieras, si quieres; pero no te preocupes, que todo se arreglará.

Se equivocaba. No se arregló. Llamó a sus padres y Dani se quedó el resto de la semana y toda la siguiente sin ir al colegio.

En ese tiempo recibió varias llamadas; como más importantes la de Marta poniéndose a su servicio "para lo que sea", y la de Lorenzo para pedirle per-

dón:

-Daniel, lo siento de veras, yo no sabía...

-No te preocupes; yo también tengo que disculparme; ¿te hice daño?.

-¡Qué va, si no me enteré! Lo peor ha sido el ojo izquierdo, que lo he tenido tapado con la hinchazón tres o cuatro días; pero ya está bien y sólo me queda el morado.

-Joder tío, cuando nos veamos me tendrás tú que arrear a mí, y estamos en paz.

-No digas chorradas, tío;

*SUS
padres no
estaban
en su
puesto de
"padres"
cuando él
los necesitaba.*

¿cuando vienes a clase?

-El lunes

-Pues hasta entonces, y lo dicho; te tienes que dejar arrear.

-Vale, ya hablaremos. ¡Ah! Y gracias por tu llamada.

-Anda ya con el tío. Me machaca y después me da las gracias, ¿no te jode?

-Bueno, Lorenzo hasta el lunes.

-Hasta el lunes-. Y colgó.

Hasta entonces no había tenido una especial relación con Lorenzo; a partir de entonces fue uno de sus mejores amigos.

Pero **este incidente modificó sus relaciones con todos sus compañeros.** En algunos escasos compañeros notó un cierto distanciamiento; en la mayoría de ellos observó un claro acercamiento piadoso que le llenaba de furia. A cada gesto que en este sentido percibía, surgían ante sí aquellas palabras, no referidas a él, pero que las llevaba a flor de piel, escritas con sangre, con sangre de Lorenzo: "...es cuestión de genes...son hijos de putas".

El resto del curso fue paulatinamente peor; cada vez le costaba más concentrarse, y tampoco tenía ganas de ponerse a estudiar.

Dos factores, sin embargo, contribuyeron a que salvara a trancas y barrancas, repescas incluidas, el segundo curso de BUP, aunque con las Mates pendientes para septiembre:

En primer lugar sus buenas notas y el buen trabajo hecho hasta el momento de aquel incidente. En segundo término, y le daba náuseas el recordarlo, la injusta generosidad con que era tratado a raíz del incidente, por algunos de sus profesores. De no ser así hubiera suspendido con certeza las Ciencias Naturales y el Inglés, además de las Mates.

* * *

Sonó el timbre durante unos segundos interminables. A su conclusión alguien, allá abajo, comentó fastidiado porque terminaba la tertulia, a la que él había sido ajeno:

-Estos cabrones están por ahorrar en luz.

este incidente modificó sus relaciones con todos sus compañeros. Asomó la cabeza por el lateral del camastro y a unos palmos de sus narices estaba el cráneo del Vitrina, así llamado por ser el más viejo de la celda, no mayor de cuarenta aunque aparentaba cincuenta (así le había tratado la vida o él a ella), con una amplia calvicie central, vista desde arriba y pelo escaso en el resto de la cabeza; escasez puesta de manifiesto a causa del corte de pelo carcelario.

Pero no había sido el Vitrina el autor de los improperios, sino el Chispa, a quien así llamaban porque siempre andaba detrás de sacarle punta a todo, y era capaz, cosa rara, de conservar el humor en situación tan desgraciada; estaba condenado a seis años de prisión por atraco a mano armada con derrame de sangre por arma

blanca, y como ya se acercaba al año de reclusión, y presumía de que saldría pronto por la preceptiva reducción de condena por buen comportamiento, andaba enfrascado urdiendo un plan para dar un golpe, con cuyo producto podría vivir toda la vida.

-Y si me veo en peligro de que me trinquen, me pego un tiro, porque lo que tengo claro es que yo no vuelvo más por aquí.

Estos comentarios y otros parecidos los hacía el Chispa sin esconderse de nadie y seguro de beneficiarse, a pesar de ello, de la reducción de condena por buena conducta.

Con el aviso del timbre se pusieron todos en movimiento. Cinco minutos después apagarían la luz y se debía hacer silencio, dentro de lo que cabe.

Se apagó la luz de la celda y quedó sólo iluminado tenuemente su espacio por dos mortecinos resplandores. Un resplandor de libertad, que traía por la ventana enrejada la iluminación urbana, y un más triste resplandor de sabor carcelario que, procedente del patio, se colaba por la mirilla enrejada de la puerta. Ambos resplandores se abrazaban y se fundían en uno cada noche en el techo de la celda. Debajo de él, todas **las penas de los hombres dormían o velaban su insomnio entre suspiros.**

Dani no tenía demasiado sueño y, tumbado de costado, perdía la vista entre los barrotes de la ventana; detrás de ellos el límite de la cárcel estaba cerca.

Probablemente la débil claridad, que por aquella ventana le llegaba, procedía ya de una farola situada fuera de los muros de aquel recinto. Era fácil escapar, en el silencio de la noche, a lomos de aquella luz, hacia la libertad.

* * *

En la parte alta de la ciudad, en aquel otro mundo, habría también otra persona con insomnio, el yayo Luis; tal vez tampoco Marta dormía bien por su causa; en cambio sus padres debían dormir bien tranquilos, convencidos de que él pasaba unos días con Quique en su casa de Arenys. Si la situación no se resolvía rápidamente el yayo no tendría más remedio que confesarles la verdad. La verdad era que el yayo Luis le estaba siendo de más utilidad de lo que él hubiera pensado, y especialmente en los últimos tiempos en que tantas situaciones difíciles había tenido que superar.

Aquella tarde en que apaleó a Lorenzo, el director tuvo el acierto de enviarlo a casa antes de la hora de salida, con lo que pudo marcharse sin tener que someterse al acoso de sus compañeros; cuando llegó a casa se encontró solo, aunque poco tiempo después vino el yayo Luis que se sorprendió de encontrarlo allí tan pronto. Dani le contó lo ocurrido sin mencionar el recuerdo de la prostituta que desencadenó su reacción. Él no sabía como contarle a sus padres; pero el yayo, seguro

en sí mismo, le dijo:

-Tú no te preocupes. Déjame a mí contarle a mi manera.

Y así lo hizo. Dani se metió en su cuarto y cuando llegó su madre la recibió directamente el yayo. Unos minutos después entraba a verle a él:

-Dani, hijo mío, ya me ha contado el yayo. No hace falta que añadas nada más. Entiendo tu indignación y te ayudaremos cuanto podamos. No es necesario que se lo cuentes a tu padre, ya se lo comentaré yo.

-Como tú quieras. Y gracias.

Cerca de las nueve llegó su padre y se pusieron a cenar con toda normalidad. Cuando andaban por el segundo plato sonó el teléfono en el pasillo y se levantó Dani. Era el director; le preguntó por su estado y pidió hablar con sus padres. Entró al comedor y dirigiéndose a su madre dijo escuetamente:

-Es para tí.

Su padre preguntó:

-¿Quién es a estas horas?

-No sé-mintió Dani. Y siguieron cenando. Cuando su madre se reintegró a la mesa no esperó que le pidieran explicaciones.

-Era un compañero de Facultad, el de Teoría Económica, para darme la referencia de un libro que le pedí hoy.

Nadie hizo el menor comentario. Dani miró con complicidad a su madre mientras se admiraba de la perfección con que sabía mentir. A la mañana siguiente, cuando desayunaron juntos, su padre ya

estaba al corriente de la situación y por todo comentario dijo:

-De modo que te has buscado un argumento para hacer unos días de fiesta, ¡vaya, vaya!

En efecto, fueron unos días de fiesta orquestados por el yayo Luis. Cada día, después del desayuno, se iban al club y se hacían un buen partido de tenis. Algunos días comían incluso en el club y después se venían a casa. Por la tarde varias veces fueron al cine y cuando no, tomaban el coche y se daban una vuelta por los alrededores de la ciudad, hacia Montjuich, el Rompeolas o el Tibidabo.

*El
yayo Luis
le hizo
olvidar
el
trance
amargo.*

El yayo Luis le hizo olvidar el trance amargo que dió lugar a estas vacaciones. Pero este paréntesis tocó a su fin y tuvo que enfrentarse a la realidad. Y la realidad era que se habían modificado para siempre sus relaciones sociales en el colegio.

De ese cambio le surgieron algunos buenos y fieles amigos, entre otros Marta, que hasta entonces no había tenido una relación especial con él, y ahora no se la podía quitar de encima, ni tampoco lo deseaba, antes al contrario. Desde hacía algún tiempo él se sentía atraído por ella sin percatarse de que a su vez despertase en ella ningún sentimiento especial. Este suceso había obrado como talismán, para disponerla a ella a su favor y él se dejaba querer.

* * *

La estructura metálica de las dos literas, aunque sólida y compacta, oscilaba débilmente con un cierto ritmo. Con igual cadencia llegaba un tenue rechino metálico y un ahogado jadeo. Ambos sonidos, apagados por un potente y más irregular ronquido y un más permanente fondo ruidoso con altibajos en su intensidad.

Tumbado cara al techo acudían a su mente los recuerdos de este pasado ni próximo ni remoto, hasta que su fluir fue interrumpido por estas otras, más inmediatas, percepciones. Se concentró, sin moverse lo más mínimo y conteniendo cuanto podía la respiración, en localizar el foco emisor de cada uno de estos impulsos mecánicos o acústicos. Por la ventana de la celda llegaba monótono y cansino, día y noche, el ruido apagado de la ciudad; en el silencio de la noche se percibía con puntas de mayor intensidad cuando algún o algunos vehículos circulaban por las calles inmediatas a la cárcel.

El ronquido era ya familiar a pesar de las escasas noches en que lo había oído. El Chispa (Dani desconocía su verdadero nombre) dormía como él en la segunda planta de aquel especial mueble-cama, en la pared de enfrente, y roncaba como un bendito toda la noche y Dani tuvo que acostumbrarse a esa música a escasos dos metros de su cabeza.

En esta posición, cara al techo, era difícil localizar el

origen del movimiento y el jadeo, aunque claramente el movimiento procedía de este lado del pasillo central, ya que él mismo se sentía participar aunque muy debilmente en este movimiento rítmico.

Se mantuvo unos minutos más concentrado y mirando al techo, hasta tener la absoluta convicción de que existía una relación entre la vibración y el jadeo, por la cadencia con que ambos se producían y la interconexión que parecía haber entre ellos.

Se giró sobre sí mismo con suavidad, hasta quedar de costado y la cara pegada a la escasa barandilla o defensa que en su cama impedía que en un giro durante el sueño se pudiera precipitar en el centro de la celda, acabando con su sueño y con sus huesos. Ahora tenía frente a sí el torso semidesnudo del Chispa que, cara a la pared, seguía roncando sin tregua.

*en la
tenue
claridad
de la
celda
podía
verse
la cama
vacía.*

Bajo el Chispa no estaba, como debía estar, el Murcia. El Murcia estaba tan delgado que, seguramente por eso, ni roncaba; tal vez aquel cuerpo tan estrecho y tan escaso no era capaz de emitir un ronquido. Pero tampoco era tan reducido como para que no se distinguiera cuando estaba, y cuando no, en su cama; **en la tenue claridad de la celda podía verse claramente la cama vacía.** Todo quedaba aclarado; permaneció en silencio y con los ojos abiertos y fijos en aquella cama vacía.

Minutos después un paso fue

suficiente para que el Murcia cruzara desnudo el pasillo y se dejara caer destrozado en su cama. Sólo quedó deambulando por la celda el ronquido del Chispa y el rumor sordo y variante de la ciudad. Dani se giró hacia su pared, pero no podía conciliar el sueño. Era increíble; en aquel sórdido encierro el Murcia, preso preventivo, y el Vitrina, condenado y convicto, ambos de larga experiencia en estos trances, **conservaban humor y ganas para compartir una noche de amor o de sexo.** Durante el día el trato entre ellos nada hacía suponer la existencia de esta relación.

Dani no entendía la existencia de relaciones homosexuales entre hombres ni entre mujeres; no comprendía cómo podían resultar estas relaciones más satisfactorias que las normales entre hombre y mujer, de las que él, a sus años, ya tenía alguna experiencia.

* * *

La primavera del ochenta y nueve pasó en un permanente estado de fiebre sentimental. Acababa de cumplir los dieciseis años cuando ocurrió el incidente con Lorenzo. Durante su forzada permanencia en casa, a consecuencia del incidente, recibió una amable llamada de Marta interesándose por su estado. Se captaban a través del hilo telefónico dos aspectos interesantes:

Era evidente el calor que había en su voz, con un cierto estado de excitación. A pesar de

ello llegaba también a Dani el esfuerzo que estaba haciendo Marta para no comunicar ningún sentimiento de piedad o compasión. Fue este segundo matiz el que emocionó a Dani, sobre todo semanas después cuando, nuevamente de vuelta al colegio, tuvo que soportar tantas manifestaciones de compañeros y profesores en tal sentido.

Marta demostraba de esta forma una exquisita sensibilidad, que Dani desconocía hasta ese día.

-Lorenzo es un buen chico-dijo en un momento del diálogo-y no se merecía la paliza; pero tú te portaste como un jabato, sacando de tí valor para defender los sentimientos más nobles.

-No sé, no pensé en nada de eso; no me dí cuenta de lo que hacía.

-Eso es lo más importante. No necesitaste pensar porque lo llevas dentro.

-Después me dio mucha rabia de haber saltado como un animal.

-Dani, a mí me emocionó tu reacción. Y todavía me emociona, sobre todo cuando pienso en lo poco que valoramos ciertas cosas.

-Oye, me ha llamado Lorenzo, encima que lo apalicé. Es un tío muy sano.

-¿Y qué te ha dicho?-. En la pregunta parecía haber otro mensaje; como si Marta conociera ya la llamada y su contenido.

-Nada especial; pero hemos quedado amigos. ¡Jope! Qué putada que tengan que pasar estas cosas para conocer mejor a la gente.

-También gracias a esto-apos-tilló Marta, no sin una segunda

**conservaban humor
y ganas
para
compartir
una noche
de amor
o
de sexo.**

intención-te he conocido yo a tí mejor. Y estoy contenta de haber tenido esta oportunidad.

-Tampoco te hubieras perdido una gran cosa si no se hubiera dado el caso-. Dani era consciente de que esto contribuía a ganar puntos ante Marta.

-Nunca se sabe lo que se pierde si no se tiene primero.

-¡Jo, tía!, te estás pasando de decir cosas serias. Yo no me acuerdo cuando fue la última vez que hablé tan juicioso como tú lo estás haciendo ahora.

-Bueno, pues ya no digo más. En resumen sólo te llamaba para saber cómo te encuentras y para decirte que puedes contar conmigo para lo que necesites. Cuando vuelvas al cole podremos hablar con más tranquilidad.

Y tanto que hablaron. Y al primer viernes ya se fueron juntos al cine, donde Marta insinuante, dio cuantas facilidades fueron necesarias para que Dani se tomara más confianza de la debida. Se besaron y acariciaron repetidamente y cuando se despidieron en la esquina de la calle de Marta, un sencillo beso en la mejilla venía a indicar que estaban puestos los cimientos de una nueva relación entre ellos.

Las salidas de viernes tarde se repitieron hasta que acabó el curso.

Cuando terminaron los exámenes finales, y antes de conocer sus resultados, decidieron mentir ambos en sus respectivos hogares y simular una salida a la playa en grupo; en realidad iban los dos

solos. Tomaron el tren hasta Sitges. Buscaron una playa apartada del bullicio que ya empezaba a ser excesivo en esa época del año, y allí pasaron el día.

El sol les fue calentado la piel, y la conversación, miradas tiernas, caricias y besos les calentó la sangre hasta el punto en que, cuando el sol se ponía, tenían los dos la piel enrojecida por el primer sol de la temporada y **la roja sangre encendida por la primera ciega pasión de la vida.** La soledad del lugar hizo el resto y quedamente dejaron escapar la presión que les ahogaba a ambos.

El viaje de regreso lo hicieron casi en silencio, entre hondas miradas de ternura. Unas semanas después marchó Marta con su familia a Benicasim, junto a Castellón, donde pasaban el verano, y él se concentró en las Mates que le habían quedado pendientes.

Marta no tenía teléfono en Benicasim y prometieron escribirse. Él inició la correspondencia y la siguió con excesiva frecuencia, ya que por cada tres cartas que escribía, recibía una; él aflojó el ritmo y ella también. Durante todo el mes de Agosto sólo cruzaron un par de cartas. Parecía como si en ella se estuviese dando un proceso de enfriamiento de la pasión encendida aquella tarde de Junio en Sitges. Cuando se reencontraron en Septiembre ella era otra persona; había hallado en Benicasim el amor de su vida y así se lo confesó a Dani. De hecho no exis-

*la roja
sangre
encendida
por la
primera
ciega
pasión de
la vida.*

tía ningún compromiso entre ellos dos, por lo que no tenía por qué ocultar el hecho a Dani. Pero él recibió un duro golpe porque se había llegado a crear ilusiones con Marta.

Aprobó las Mates en Septiembre; pero el tercero de BUP empezaba con mal pie.

* * *

Un largo, larguísimo timbrazo (en realidad sólo duraba treinta segundos) pretendía cada mañana arrojar a los internos de sus camastros, cosa que siempre conseguía, aunque recibiendo a cambio toda suerte de maldiciones, dedicadas por los reclusos al timbrazo, al timbre y a "la madre que lo parió", ya que esta expresión parecía ser el "ora pro nobis" de la larga letanía que los presos rezaban al despertar.

Dani no tuvo que despertar del sueño esa mañana, ya que llevaba horas sin poder dormir; el timbre le despertó de sus ensoñaciones y le trajo a la dura realidad de aquella celda.

A continuación los internos disponían de media hora para vestirse y asearse, antes de someterse al primer recuento del día y desayunar tras el mismo.

Este día iba a ser definitivo para determinar su futuro. El yayo Luis le había comentado en su visita del día anterior que probablemente le trasladarían hoy

ante el juez, quien por primera vez le tomaría declaración después de su detención. Ante esta eventualidad se encontraba bastante nervioso. Probablemente tendría oportunidad de volver a ver en el juzgado a su abuelo; tal vez también a Marta. Eran ellos dos los únicos del mundo exterior que estaban al corriente de su situación. A Marta aun no había podido verla; el abuelo Luis debía haber contactado con ella, por deseo suyo, ayer por la tarde para ponerla al corriente de los hechos. Hoy no había visitas de familiares a la Modelo, pero si le trasladasen al juzgado tal vez allí tendría la ocasión de ver a su abuelo y a Marta si acudían también.

*él se
hallaba
muy bajo
de moral
por la
actitud
de Marta.*

En cinco minutos estuvo a punto de revista y salió a la galería. Aun no había salido casi nadie. Se apoyó en la barandilla y con la mirada perdida en un punto indefinido del patio permaneció casi inmóvil y ajeno al bullicio que iba en aumento a su alrededor, mientras acudía a su mente el recuerdo de la primera vez que lió un porro.

* * *

Dos semanas hacía que había empezado su tercero de BUP, después de la pausa del verano, y **él se hallaba muy bajo de moral por la actitud de Marta.** No había podido aun encajar la frialdad y la indiferencia con que ella le había anunciado la relación establecida en Benicasim con aquel príncipe azul descubierto el

pasado verano. Se sintió herido en su amor propio: él había sido desplazado por un advenedizo.

Alguien propuso el tomar una cerveza después de terminar las clases del día, para celebrar el reencuentro. Se reunieron en un bar algo cutre de una estrecha travesía de la calle de Muntaner que tenía como todo atractivo una mesa con un futbolín y que ya conocían por haberlo visitado, de vez en cuando, en años anteriores para echar alguna partidita. En total vinieron siete u ocho chicos, ninguna chica. Alguno de ellos, que había pasado sus vacaciones en Playa de Aro, había tenido la oportunidad de aprender allí lo que era eso del "porro". Tenía carga suficiente para dar a probar a todos, y todos menos dos (uno de ellos no fue Dani) aceptaron el reto de liar y fumarse un porro.

Al final ninguno de ellos había sentido nada especial, tampoco desagradable, según confesaron. Dani se sintió por unos momentos aliviado de su tensión por el problema con Marta, y eso ya era mucho.

Más tarde preguntó a su compañero de la forma en que se abastecía de género, y recibió una detallada información al respecto. A partir de entonces comenzó a fumar con cierta regularidad y a intercalar entre el tabaco algún que otro porro, cuando sus posibilidades pecuniarias se lo permitían.

Para Navidad estaba totalmente desenganchado de Marta y enganchado al tabaco y al porro. Su círculo de amigos, dentro del colegio, varió ligeramente; fue dejando de frecuentar los que parecían tener adición por los libros y se aficionó por el grupo que gustaba más del tabaco y de los paseos por la parte baja de la ciudad, en los alrededores de las Ramblas.

En los rincones del Barrio Gótico tuvo contacto con grupos marginales, por cuya libertad de movimientos quedó subyugado; aquellos chicos y chicas, de cazadora de cuero con botones metálicos y botas negras, podían disponer de sus vidas a su antojo; ciertamente no tenían muchos recursos económicos, pero carecían de condicionamientos familiares y su vida de aventura estaba llena de continua emoción.

*El yayo
era
incapaz
de
negarle
un
capricho
a su
nieta.*

Para Navidad, con el dinero que recibió como obsequio, se compró su primera cazadora de cuero negro. Para las botas a juego pidió una ayuda adicional al abuelo Luis. **El yayo** no le hubiera comprado tal indumentaria, que le repelía; pero **era incapaz de negarle un capricho a su nieta.**

* * *

Fueron saliendo los reclusos a la galería, después de asearse y ordenar mínimamente el camastro y sus escasas pertenencias. Ante cada celda formaba en más o menos compacto grupo, el de los ocupan-

tes de la misma. El correspondiente funcionario pasó con la lista en la mano anotando a los presentes, que eran todos los que debían ser. Al llegar a Dani le anunció escuetamente que después del desayuno se presentase a él porque debía acudir al juzgado.

Como todo desayuno recibieron un aguado café con leche y un trozo de pan y carne de membrillo, que Dani despachó en un plis plas y con su cabeza puesta en otro sitio; se presentó al funcionario, quien aguardó para atenderlo a que llegasen otros en iguales condiciones. Cuando eran seis, dijo sin más:

-Podeis quedaros en el patio hasta que os avise. Antes de una hora saldreis hacia los juzgados.

No hubo respuesta; se dispersó el grupo y Dani se sentó en el arranque de la escalera, a la sombra, en el patio. Mientras ante sí iban paseando los reclusos, como mejor forma de pasar el tiempo, él intentaba encontrar **una estrategia para defender ante el juez su inocencia**, cosa bien difícil, o al menos disminuir su culpa, buscando argumentos que atenuaran su responsabilidad por participar en los hechos que tuvieron lugar en la madrugada del día de san Juan, y de los que, con toda seguridad, le acusarían formalmente.

Quizás la circunstancia atenuante más interesante fuese el estar bajo los efectos del alcohol. Aquella noche se había fumado también un porro, pero no le

parecía conveniente indicarlo; seguramente todo cuanto contase quedaría en su expediente, y no deseaba que apareciese su relación con la droga. No debía traicionar ni complicar a ninguno de sus colegas, y estaba dispuesto para hacer cuanto pudiera por sí mismo, sin otro límite que la obligada lealtad a sus camaradas.

Poco tiempo después les llamaron y les invitaron a subir a una furgoneta colocada a la entrada del patio en un amplio pasillo que conducía directamente a la entrada principal, con dos barreras de control entre el patio y la puerta. Con los seis, en la parte tra-

sera se sentó un guardia civil, cuyo compañero se sentó delante junto al chófer. Ambos guardias civiles iban armados, pero no hacían ostentación de ello y parecían relajados.

En poco más de diez minutos llegaron al edificio de Juzgados, a cuyo interior fueron conducidos esposados. En el distri-

buidor de entrada aguardaban el yayo Luis y Marta, entre otras personas; ambos hicieron ademán de adelantarse para acercarse a Dani, pero un guardia civil se interpuso, y con la mano hizo un gesto indicando que no debían acercarse a los reclusos. El yayo Luis hacía cara de muy preocupado. Marta se tapaba la boca con una mano mientras los ojos le brillaban como cargados de un líquido pronto a derramarse. Dani sintió un extraño rubor y los ojos también húmedos.

*una
estrategia para
defender
ante el
juez su
inocencia.*

Subieron al ascensor y en la segunda planta fueron los seis conducidos a una sala de espera, donde no había otras personas que ellos y los dos guardias civiles que les habían acompañado desde la Modelo. Allí permanecieron largo rato sin apenas cambiar palabras. Cada uno hablaba consigo mismo, pues los seis tenían ante sí una distinta partida que jugar, y todos preparaban en silencio su estrategia.

Dani ya se había preparado antes y sabía bien lo que había de decir si la preguntas iban por donde él esperaba; por ello se concentró en la imagen de las dos personas que aguardaban fuera. A buen seguro el yayo Luis se habría enterado del juzgado al que acudiría, por lo que tal vez no estaban abajo sino en el pasillo de la segunda planta, tal vez detrás de aquella puerta por donde ellos habían entrado y que ahora estaba cerrada. **Y Marta, ¡pobre Marta! Qué mal año le había hecho pasar.**

* * *

Después de su enamoramiento en Benicasim se apartó de Dani momentáneamente; pero cuando empezó el curso y observó las frecuentes ausencias a clase y las malas notas de Dani, se debía sentir responsable de ello, porque volvió a buscar la amistad con él, aunque él la rechazó inicialmente. Sin embargo hacia el mes de febrero, y cuando él casi había olvidado la pasada relación con Marta, una tarde se encontraron

como accidentalmente a la salida del colegio, caminando ambos en la misma dirección. Mantenían una conversación banal; pero Marta cambió bruscamente de tema inquiriendo a bocajarro:

-Tú los días que faltas al colegio te vas con una colla de chavales por ahí, ¿verdad?

-Y a tí ¿qué te importa eso?-. Fue la seca respuesta. Ella no dio por oída la cortante frase.

-Dani, quiero ir contigo, ¿me llevas?

-Pues vente cuando quieras.

-¿De verdad no te importa?. Yo creía que estabas enfadado conmigo.

-¿Enfadado yo?. No sé por qué...Tú eres la que echaste por otro camino, y eras libre para hacerlo.

-Dani, aquello ya se acabó. Quiero estar contigo, si tú quieres. ¿Cuando vamos a ir por ahí juntos?

-Si quieres, mañana mismo.

Era jueves y día de clase; pero eso para Dani importaba poco, y Marta, aunque con remordimientos, estaba decidida a seguir adelante, detrás de él. Quedaron citados para la mañana siguiente y Marta hizo de este modo su primer día de novillos, que no sería el último.

Se prometieron ser buenos camaradas y disfrutar juntos las alegrías de la vida. Marta quedó encantada con la despreocupación con que vivían su vida aquellos colegas que le presentó Dani. La mayor parte de ellos procedían de un ambiente familiar bien distinto al suyo; Pueblo Seco, el Raval

y la Verneda alimentaban estos grupos juveniles con chicos y jovencitas procedentes, muchos de ellos, de familias deshechas.

En estos grupos eran muy bien acogidos los chavales procedentes de la parte alta de la ciudad; aportaban algunos recursos y, con frecuencia, informaciones muy útiles acerca de personas y situaciones adecuadas para perpetrar pequeñas tropelías sin tener que correr en ellas demasiado riesgo.

Un día al llegar a casa se encontró Dani con la sorpresa de haber perdido las llaves. Afortunadamente el yayo estaba ya allí y le abrió. Dani mintió al decir que las había dejado en el colegio, cuando no tenía idea de dónde habían ido a parar. A la mañana siguiente tomó el juego de llaves de reserva y sacó un duplicado de todas ellas. A la tarde explicó al yayo que efectivamente había encontrado las llaves en su mesa, en el colegio.

Dos semanas más tarde marcharon de fin de semana a Riels y cuando volvieron encontraron la casa patas arriba sin mostrar señales de haber sido violentada la entrada. Había desaparecido la tele, el vídeo, la cadena de música, varios relojes, anillos, pulseras y algún dinero. Ningún vecino había notado nada extraño. Presentaron denuncia a la policía pero no había ni una pista. Dani estaba seguro de que aquello tenía alguna relación con sus llaves perdidas.

A pesar de ello no confesó a nadie el hecho de haber perdido las llaves. Sí que comentó con sus colegas el incidente en la primera ocasión que tuvo, en busca de algún comentario o gesto que denotase complicidad, pero no captó nada al respecto (estaba ante verdaderos profesionales) y acabó olvidando el caso y creyendo que había hecho una falsa conjetura.

* * *

Se abrió la puerta sin previo aviso; un ujier semicalvo, enjuto y con medias lentes caídas sobre el extremo de una nariz bien proporcionada, leyó con ayuda de las lentes el nombre que llevaba escrito en un papel tamaño octavilla:

*el
recluso
se
sentaba
un poco
nervioso
y buscaba
un cigarro
para
calmarse.*

-Jordi Sanromá-. Y largando la vista por encima de aquellas semilentes de plástico, añadió, dirigiéndose al que, en pie, hacía señal de responder a ese nombre:

-¿Me acompañas, por favor?

Le acompañó y salieron ambos, seguidos por uno de los dos guardias civiles que habían venido con ellos desde la Modelo. No había pasado un cuarto de hora cuando se abrió de nuevo la puerta y entraron por este orden, el tal Sanromá, el guardia civil y el ujier. Los dos últimos quedaron en pie junto a la puerta mientras **el recluso se sentaba un poco nervioso y buscaba un cigarro para calmarse**. El ujier volvió a nombrar a otro recluso y de nuevo salieron ujier, recluso y guardia

civil.

El tercero en salir fue Dani. Como él había supuesto el yayo y Marta estaban en el pasillo entre otras personas y bien **cerca de ellos pasó Dani apretando los labios** mientras ellos no hicieron esta vez intención de acercarse, al ver que era seguido por el guardia civil.

Entró a la sala en cuyo estrado se hallaba el juez y a su lado quien debía ser el secretario, ya que iba anotando cuanto se preguntaba y respondía. Después del trámite formal de identificación el juez preguntó, yendo directamente al grano:

-Señor Daniel Pereña, ¿qué hizo usted la noche del veintitrés al veinticuatro de Junio entre las diez y las cuatro de la madrugada?

-Estuve cenando en casa y después salí de verbena con mis amigos.

-Dígame usted el nombre de los amigos que fueron de verbena con usted.

-Bueno, el nombre no lo sé completo. Nos juntamos en la plaza Real a las doce de la noche el Miquel, el Josechu, el Piris, el Josalva, el Ignasi, el Marc, la Menchu, la Nuri, la Bombi...; perdone, pero no sé el nombre de pila de la Bombi. No sé si los he dicho todos; creo que éramos siete tíos y cuatro chavalas. Me he dejado a la Montse.

-¿Dónde fueron ustedes?

-Nos bebimos unas cervezas sentados charlando y luego nos fuimos a la calle Ancha. Desde allí se marcharon la Bombi, el

Marc y el Josalva; los demás nos fuimos a la Barceloneta donde el Piris tenía unos amigos, y allí, en un bar del Paseo Nacional estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta después de las tres. Entonces se quedaron allí el Piris, el Miquel, la Montse y la Nuri, y nos fuimos el Josechu, el Ignasi y yo con la Menchu.

-¿Cómo se llama el bar de la Barceloneta?

-Creo que era Los Navarros, pero no estoy seguro, cuando llegamos estaba yo un poco bebido y no me fijé demasiado.

-Hábleme usted de los amigos que se fueron con usted de la Barceloneta. Vayamos por orden: ¿Quién es Josechu?

-El Josechu creo que se apellida Usastegui o algo así; es de una familia vasca y vive en Pueblo Seco; su padre es camionero y sólo lo ve de tarde en tarde. Anda muy suelto de su familia y le llamamos Josechu como le llama su familia.

-¿Desde cuando le conoce usted?

-A todos estos amigos los conozco menos de un año; algunos hace sólo unas semanas.

-Sigamos, dígame algo del Ignasi.

El Ignasi se llama Prat de primer apellido; su padre es catalán y su madre andaluza; pero su padre no vive con su madre. No sé si tiene hermanos. Me parece que su madre hace faenas, pero él no lo ha dicho nunca; yo lo sé por los otros.

-Y la chica, ¿cómo ha dicho que se llama?

-Mercè, pero la conocemos por

*cerca
de
ellos
pasó
Dani
apretando
los
labios.*

Menchu; no sé su apellido; sólo sé que vive en la Sagrera y estudia Formación Profesional Administrativa.

-Usted vive en la Bonanova y es de buena familia; ¿cómo ha conocido a estos amigos?

-Por casualidad, yo venía con dos amigos del cole a dar una vuelta por las Ramblas y allí los conocimos.

-¿Cuánto hace de eso?

-Fue el invierno pasado, hace cuatro o cinco meses.

El juez parecía sentir afecto o compasión hacia él.

-Bien, y lo del coche, ¿cómo fue?

-No sé, subíamos por Vía Layetana y nos paramos a fumar un cigarro por donde está el edificio de los sindicatos. De repente el coche que había delante de nosotros empezó a arder y yo buscaba cómo apagarlo cuando apareció el coche patrulla de la policía.

-Usted estaba solo, ¿y sus amigos?

-Cuando vieron aparecer la policía salieron corriendo por la bocacalle lateral y yo intentaba apagar el fuego.

-La policía no vio a nadie más que a usted. Y la mochila que llevaba tenía una botella de cocacola conteniendo gasolina. ¿Para qué la quería?

-La mochila no era mía, era del Josechu y la dejó allí cuando salió corriendo.

-Señor Pereña, lo que usted cuenta coincide bastante bien con la primera declaración que hizo a la policía. Sólo hay un problema. No hay señales de ninguno de sus

compañeros. Usted fue detenido junto a un coche rociado de gasolina y ardiendo, y aun tenía combustible de reserva. ¿Por qué quema usted coches?

-Yo no quemó coches ni sé nada de esa botella de gasolina. El Josechu es un salvaje; búsquelo usted.

-Señor. Pereña, el Josechu no sabemos si existe; en este caso sólo existe usted, unos hechos y unas pruebas. La policía ha buscado sin resultado a sus camaradas y no aparece ninguno. En el bar Los Navarros no recuerdan que usted y sus amigos hubieran estado allí aquella noche. De manera que a los hechos y a las pruebas nos hemos de atener; puede usted retirarse si no tiene nada más que añadir.

-No señor, ya lo he dicho todo.

El juez preguntó al abogado de oficio si quería añadir alguna pregunta o hacer alguna observación a lo ya dicho. A media voz, el abogado indicó que no tenía nada que decir. Esa fue toda la ayuda que prestó a su defendido.

Salió de la sala precedido por el ujier y seguido por el guardia civil. Tenía ganas de llorar invadido por un sentimiento de impotencia; pero allí estaban Marta y su abuelo, y tenía que mostrar entereza. Ambos, ante la imposibilidad de acercarse a él, le preguntaban con gestos que cómo había ido el interrogatorio, y él debía responder que bien, y así intentaba hacerlo.

*El juez
parecía
sentir
afecto*

O

*compasión
hacia él.*

Entró en la habitación de donde había salido para ir a declarar y se dirigió a la primera silla que vio desocupada. Se sentó y sentía sobre sí el peso de las miradas de cuantos había en la sala; pero nadie le preguntó nada. Apretó los dientes de rabia sin poder hacer nada por mejorar su suerte que preveía negra. El guardia civil que quedaba allí permanentemente con los presos se le acercó:

-¿Quieres un cigarro?-. Y al tiempo le ofrecía el paquete.

Aceptó el tabaco y el fuego y fumó con fruición mientras se iba serenando. El humo se llevaba hacia el techo sus malos presagios. ¿Qué podía pasarle? Casi con absoluta certeza iba a ser condenado según habían ido las cosas.

El Séneca, un medio-abogado que estaba en la Modelo no por esto sino por ser un delincuente habitual, le había dicho hacía un par de días, después de oír su confesión, que, sin querer desmoralizarlo, creía que ningún juez se tragaría su pretendida inocencia, y que si no le caía un buen marrón, sería por carecer de antecedentes.

El Séneca parecía tener muchos conocimientos, si no teóricos, sí prácticos, sobre el particular, y a falta de abogado en quien confiar mejor, se dejó atraer por el aspecto locuaz y sincero con que se le aproximó, yendo directamente al tema, con pretendido deseo desinteresado de prestarle ayuda.

Poca ayuda efectiva podría prestarle; de poder hacer algo por sí mismo, lo haría, aunque a decir verdad, hasta el momento, las cosas iban más bien mal, como ya había previsto el Séneca, cuyo verdadero nombre no conocía, pues se presentó diciendo simplemente:

-Hola chaval, yo soy el Séneca, y me llaman así por lo que conozco de leyes, que tengo la carrera de abogado casi acabada; aunque al final me tropecé con un hijo de puta que no me dejó acabar. Si te puedo ayudar en algo, estoy a tu disposición. Aquí,

¿sabes?, **nos tenemos que ayudar unos a otros sin dejar que el pesimismo nos corroa** las entrañas. Si permitimos que ese jodido gusano nos pique, estamos muertos. ¿Y tú que haces aquí? ¿Vienes de visita o te quedarás una temporada?

-No jodas, yo estoy aquí por un error y me marcho en cuanto se aclaren las cosas.

-Sí, sí; yo también vine la primera vez por un error; por un error mío; la primera y las siguientes. ¡Cochino talego! ¿Y por qué coño le tienen que llamar Modelo? Bueno tío cuenta ya qué te pasa. si no, ¿cómo quieres que te ayude?

Y Dani contó aunque no confiaba ni esperaba ninguna ayuda de su parte. Pero el caso es que su diagnóstico se iba confirmando. De momento había quedado bastante mal ante el juez y ahora había que esperar la sentencia, que sería dictada el día siguiente, viernes o a más tardar el próximo lunes.

*nos
tenemos
que ayu-
dar unos
a otros
sin dejar
que el
pesimismo
nos
corroa.*

En caso de que no quedara resuelto el viernes, y favorablemente dentro de lo posible, el yayo tendría que comunicar a sus padres la realidad o ingeniárselas como pudiera para seguir mintiendo.

Se había acabado el cigarro y se encontraba bastante más sereno, aunque no más animado. Entretanto habían ido pasando los demás por el juzgado respectivo con relativa rapidez; faltaba la vuelta del último, que lo hizo unos minutos después.

Los guardias civiles se pusieron en pie y el cabo (iban un cabo y un número) dijo con amabilidad:

-Señores prepárense, que nos vamos.

Había poco que preparar; salieron al pasillo en el mismo orden en que habían entrado, esposados por parejas, un guardia abriendo paso y el otro cerrando la comitiva.

Allí estaban aun el yayo y Marta. Marta lloraba con los labios apretados y ocultaba entre sus dedos un pañuelo con el que disimular sus lágrimas. El abuelo se contenía bastante bien.

Al pasar ante ellos sólo les dirigió un gesto, alzando las cejas, como todo saludo. Sabía que le seguían a cierta distancia. En la planta baja estaban también, como una segunda aparición, cuando salieron del ascensor. Sobre su nuca, al salir a la calle, le que-

maba la mirada de ambos, y al subir a la furgoneta se giró y pudo ver que estaban de pie sobre las escaleras de salida, juntos sus cuerpos, inmóviles y queriendo ser inexpresivos.

Entró a la furgoneta y se dejó caer en el asiento junto a su compañero de cadenas, murmurando casi para sí solo:

-Putá mierda-. Al tiempo que sorbía por la nariz lo que parecían ser lágrimas que buscaban por allí una posible salida habiéndoseles negado la más fácil del lagrimal.

Llegaron a la Modelo a la hora de la comida y tras ser liberados de las esposas y reconocidos a la entrada, como lo habían sido a la salida, trámites siempre rutinarios, se les comunicó que podían pasar directamente al comedor.

*quería
estar
solo
entre
tanta
humanidad
dolida.*

Dani buscó un hueco lejos de donde conocía que se situaban los demás presos de su celda, y lejos también de donde había visto otros días al Séneca; **quería estar solo entre tanta humanidad dolida**, y por esta vez lo logró.

Comió, entre reclusos extraños, sin que nadie le dirigiera la palabra, y procuró acabar pronto para salir de los primeros y escaparse directamente a su camastro, donde pretendía pasar la tarde desapercibido.

Poco después entró el Murcia y sin decir nada hurgó en sus escasos pertrechos, tomó o dejó algo

y salió.

Nadie más le molestó en toda la tarde. Se tumbó cara al techo y estaban allí nítidos los dos rostros que le habían perseguido toda la mañana: El rostro dolorido y enrojecido de Marta y el rostro sereno y casi ajeno del abuelo, que terminó disipándose.

* * *

Marta parecía reprocharle la locura de dejarse arrastrar por aquellos amigos que al final le habían abandonado (conocería la versión que le dio al yayo) y parecía llorar más que por él, por ella misma, ya que estar o no ella también en este fregado era más obra de las circunstancias que de su propia voluntad. En aquellas lágrimas había también algo de afecto fraguado en lo que habían disfrutado y compartido juntos. Decididamente, Marta era buena compañera y estaba demostrándolo en esta hora dura.

En los últimos tres o cuatro meses, después de su reconciliación, habían pasado los dos juntos muchas horas buenas, con los amigos, esos amigos que lo habían vendido, y también solos.

En el cine y en locales poco iluminados tipo pub, habían aprendido los dos la forma de darse mutuo placer; Marta, al principio, con un poco de reparos, después resueltamente. Al coito completo habían llegado por primera vez, una noche de la pasada

primavera, bajo los soportales solitarios de la plaza Real. Después en repetidas ocasiones y sin demasiados miramientos. Eso sí, Marta había puesto desde el principio una condición que respetó Dani sin reparos: Debía ser con preservativo por dos importantes razones que Dani entendía y compartía, el embarazo y el SIDA.

En este aspecto habían quemado etapas muy rápidamente y en un par de meses había pasado Marta de ser la solicitada a ser la solicitante. Últimamente era ella la que, con más frecuencia, sufría el mordisco voraz del apetito y exigía con vehemencia el ser saciada.

* * *

*aquel
rostro
sonreía
en el
momento
en que él
alcanzaba
el
orgasmo.*

Estos recuerdos los revivía Dani, como en diálogo con aquel rostro lloroso entrevisto en el techo de la celda y que se transformaba, según fluían los recuerdos, en placentero y solícito. Aquella cara tenía sobre él un poder absoluto y era incapaz de resistirse a una demanda de ella. Se sentía excitado y se masturbó con la mirada perdida en el techo, donde **aquel rostro sonreía en el momento en que él alcanzaba el orgasmo.**

Obnubilado por el éxtasis cerró los ojos, cesó en todo tipo de actividad física y mental, y se sumergió en profundo sueño, que sin embargo no fue prolongado, aunque sí reparador y necesario, después del insomnio de la pasada

noche y la agitación y tensión de la mañana.

Las voces del patio se fueron abriendo paso en su mente y poco a poco recobró la noción de la realidad dura que vivía.

El primer pensamiento que acudió a su mente fue la certeza de que, en la situación apurada que vivía, el único y gran aliado que tenía era su abuelo, el yayo Luis. Podía reproducir, sobre el techo de la celda, la imagen triste pero serena del yayo, vista a la mañana. En su cara no podía hallar ni el menor indicio de reproche; **el yayo no le juzgaba, sólo se ofrecía en su ayuda**, y por eso estaba en su consideración muy por encima de sus padres. En verdad, casi no había pensado en sus padres en estos días; contaban poco en su vida. La única preocupación que, respecto a ellos le había inquietado, era el que llegaran a enterarse del problema que estaba viviendo, pero no por evitarles sufrimientos, sino por evitarse él los interrogatorios y disgustos que con ello vendrían. Básicamente no quería introducirlos en la intimidad de su vida, de la que formaba parte el problema actual.

Fuera, en el patio, se oían voces, como en olla de grillos, probablemente de la confluencia de varias conversaciones simultáneas en corros distintos, que llegaban al unísono a su celda, por lo que no había posibilidad de seguir ninguna aunque se pretendiera.

Hacía calor; se giró de costado en la cama y sintió la espalda mojada y pegada a la camisa, ya anteriormente sudada. Si alguien entrara desde la galería debería percibir un mal olor; sin embargo él no lo apreciaba, sumergido como estaba en aquella atmósfera cargada de diversos olores intensos.

Por la ventana enrejada entraba un sol ya roto en cuadrículas por los barrotes de la ventana. Estas cuadrículas se habían proyectado hacía algo más de una hora sobre el pasillo central de la celda, entre los camastros, cuando el sol estaba aun alto en el horizonte; después se habían desplazado lateralmente y ascendían ahora, deformadas y rotas en nuevos trozos, por el camastro que tenía enfrente.

Se acordaba de su afición a jugar con su memoria a identificar las variaciones de la iluminación producidas después de un corto intervalo con los ojos cerrados. Las posibilidades que ofrecía la celda para este juego eran casi ilimitadas; pero sus ánimos no andaban paralelos. Se podía ver caminar el sol en su ocaso sobre aquellas miserables superficies quebradas. El sol que ascendía en la celda debía estar descendiendo en el horizonte. De pronto una línea de sombra avanzó hacia arriba borrando como con un rodillo las múltiples huellas luminosas. Un muro, un tejado o Dios sabe qué obstáculo hacía para aquella celda de horizonte artificial, tras el cual, el sol se

*el yayo
no le
juzgaba,
sólo se
ofrecía
en su
ayuda.*

había ocultado, anticipando su ocaso, como gesto premonitorio de lo que también estaba ocurriendo en su vida.

La luz natural continuó penetrando aun largo rato por la ventana, lo que indicaba que el sol no se había ausentado aun de la ciudad. El sol, pensó Dani, no viene ni se va al mismo tiempo para todo el mundo; tampoco el sol de la ventura. Hay quien tiene todo el sol que quiere y quien sólo tiene derecho a unos rayos de sol, filtrados por una ventana enrejada, no sea que decida montarse en uno de esos rayos y escape de su miserable realidad. En la cárcel, los barrotes ponen siempre un límite sólido a los sueños más audaces.

Mientras lentamente fluían estas reflexiones por su mente, también calladamente, la penumbra vespertina se adueñaba de la celda y reinaba en cada rincón que la luz del día abandonaba precipitadamente en su huída.

A lo lejos, **el sol moría desangrado cada tarde, como toro herido.**

Pero en los límites de la cárcel, la sangre solar era siempre cortina gris de penumbra, como todo en aquel recinto, donde todos los grises formaban una gama, especialmente rica a la orilla del negro.

*el sol
moría
desangra-
do
cada
tarde,
como toro
herido.*

& & & & &

III

EL OCASO

Asistir a la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Barcelona fue una oportunidad que no estuvo al alcance de todo el mundo. En primer lugar por el elevado coste de las entradas y en segundo término por el limitado aforo del Estadio Olímpico. Un año antes hubo que solicitar las entradas y depositar su importe en un banco; entre los solicitantes, en número muy superior a la capacidad del Estadio, se realizó un sorteo, y sólo los afortunados tuvieron acceso a la entrada definitiva, tras pagar una cantidad rondando las cuarenta mil pesetas. Era tanta la demanda de entradas, y de tal vehemencia, que en el mercado de reventa, un mes antes de la inauguración, algunas entradas de un valor en taquilla próximo a las cuarenta mil pesetas, se llegaron a pagar a cerca de setecientas mil, según fue publicado por prensa y radio.

Sin embargo, todos aquellos que se quedaron fuera del Estadio y siguieron la ceremonia inaugural por la televisión, cientos de millones en todo el mundo, pudieron ver dos localidades desocupadas. Y pudieron verlas porque, por lo insólito del hecho, fueron tomadas por las cámaras en primer plano, en un momento de la transmisión. Pero las dos personas que debían ocuparlas no tuvieron opción ni a ver esa escena por la

televisión; uno de los propietarios de esas dos plazas **yacía** en ese momento **en las instalaciones funerarias** de Sancho de Ávila, **y el segundo velaba su cadáver.**

El mes de julio fue para Dani un mes ya de plenas vacaciones. Había hecho la prueba de selectividad en los últimos días de Junio y la había superado sin gran dificultad, obteniendo una calificación final que, sin demasiados problemas, le permitiría obtener plaza en la Facultad de Informática de la Universidad Central de Barcelona.

*uno yacía
en las
instalaciones
funerarias
y el
segundo
velaba su
cadáver.*

* * *

El sábado dieciocho de Julio, a una semana de la inauguración de los Juegos Olímpicos, toda la ciudad olía ya a Olimpiada; las principales avenidas ya estaban ornadas con banderas alusivas; en el asfalto de muchas calles estaban marcados los carriles olímpicos, y balcones y fachadas estaban vestidos de fiesta con banderas catalanas, españolas y olímpicas, en un intencionado afán de aprovechar la gran afluencia de visitantes que se esperaba para expresar algo más que el puro espíritu olímpico.

Después de un sofocante día de calor, unas cuarenta mil personas, especialmente invitadas, asistían en el Estadio Olímpico al

ensayo general de la ceremonia de inauguración, y el Estadio se convertía en un Mar Mediterráneo por obra y gracia de la imaginación del grupo la Fura dels Baus.

En la Plaza del Rey, María del Mar Bonet hacía las delicias de un público fiel con las canciones mediterráneas de la Grecia de Mikis Theodorakis.

Desde hacía años, los padres de Dani asistían con regularidad a estos recitales veraniegos de María del Mar Bonet en la plaza del Rey. Este año olímpico se anunciaba la interpretación de la obra de un eximio autor de la olímpica Grecia; las canciones de Theodorakis, por otra parte, debían ir muy bien al estilo y posibilidades de la voz de María del Mar.

Por esto, cuando a mitad de semana se planteó la idea de acudir el sábado al recital, no hubo sino acuerdo total en los cuatro miembros de la familia.

El sábado al mediodía, mientras los cuatro seguían absortos por la tele la etapa alpina del Tour de Francia, en la que Indurain acabó vistiendo el jersey de líder, el yayo Luis comentó que se encontraba cansado, a causa sobre todo del excesivo calor sufrido durante su paseo matinal, y que en tal situación no le apetecía ir a ningún recital, sino quedarse tranquilo en casa.

Decidieron acudir los tres restantes y salieron a la calle con tiempo suficiente para reco-

ger las entradas, que previamente habían reservado, y para tomar una bebida y un bocadillo antes de asistir al recital.

Entraron al recinto de la plaza con suficiente antelación para ocupar un buen sitio, y consiguieron una posición no bien centrada, con ocho o diez filas por delante. Entraron en la fila encabezando el grupo Dani, seguido de su madre y finalmente su padre. En el mismo orden se acomodaron en sus sillas como pudieron, dado lo incómodas que eran y escaso el espacio disponible entre fila y fila; las sillas eran plegables, con estrechas lamas de madera que se clavaban al cuerpo y los pies habían de permanecer incomodamente plegados para poder ubicarlos tras la silla de la fila anterior.

El recital empezó con unos minutos de retraso y **María del Mar Bonet supo hacerse con su público con rapidez**, de forma que pronto sintieron desaparecer las molestias de las lamas de madera y la incomodidad de la ubicación.

María del Mar desgranaba con maestría y exquisita sensibilidad los diversos temas de Theodorakis, mientras algunas gaviotas, iluminadas desde abajo en su vientre, cruzaban de vez en cuando, y en varias direcciones, el rectángulo de cielo azul oscuro que cubría, como alto techo, la plaza del Rey.

El fondo musical servía de vehículo para escapar de aquel

*María del
Mar Bonet
supo
hacerse
con su
público
con
rapidez.*

recinto en busca del yayo Luis que había quedado en casa. Con él aquí habría tenido Dani la oportunidad de hacer algún comentario durante el recital; pero sin él, no hallaba con quien hacerlo; sus padres apenas si intercambiaban palabras, concentrados en la función, y él no se sentía con ganas de romper aquel silencio.

* * *

María del Mar cantaba "A la tramuntana" y él recordaba la ventolera que tuvo que aguantar cuando pasó por la cárcel Modelo. El día siguiente al del juicio le dieron la sentencia que le dejaba en libertad, ya que contenía una condena de cuatro días de privación de libertad, ya cumplidos, y lo que era más grave, una indemnización de novecientas mil pesetas al dueño del coche destrozado, con dos semanas de plazo para cumplir con ello, so pena de volver a ingresar en la prisión.

A la salida de la cárcel le esperaba el yayo, que debía estar al corriente de todo.

-¿Y Marta, también lo sabe?-. Fue lo primero que dijo a su abuelo mientras se abrazaba a él.

-No, no le he dicho nada-respondió taxativo el abuelo.

-¿Y por qué no?-volvió a preguntar entre extrañado e incómodo con la respuesta del abuelo. Se había hecho a la idea de que a su salida encontraría a Marta para poder abrazarla como compensación a lo que ella había debido sufrir durante estos largos días.

-Porque no era necesario-. Ahora la respuesta era claramente evasiva y Dani seguía sin entender.

-Además-añadió el abuelo conciliador-yo quería estar contigo a solas sin compartirte con nadie. Tendrás gana de una cerveza o un café, ¿no?

-Como tú quieras, yayo-. Se sentía dominado porque intuía que **su abuelo tramaba algo y no podía ser contra él.**

Siguieron caminando un par de manzanas, hasta encontrar una cafetería con terraza a la sombra y algo apartada de la sombra alargada y triste que proyectaba la Modelo sobre los bares y cafeterías de su inmediata proximidad. Tomaron asiento y pidieron una cerveza bien fría y un agua sin gas para el abuelo.

-Y bien, ¿cómo lo has pasado ahí dentro?-. La pregunta sobraba, por ser de respuesta obvia; pero el abuelo tenía que empezar de alguna manera.

-Yayo, esa pregunta no procede. ¿Qué quieres que responda?

-Pues es verdad, dejémoslo estar y olvídate cuanto antes de todo esto; como si estos días no hubieran existido-. Y levantando el vaso de agua propuso un brindis:

-Por tí.

-Gracias yayo, y también por tí-. Y bebió un trago de cerveza que le dejó el incipiente bigote lleno de una espuma blanca y persistente, que limpió con el labio inferior ayudado en su tarea por el dorso de su mano derecha.

*su abuelo
tramaba
algo
y
no podía
ser
contra
él.*

-Bueno, ¿qué te han dicho esta mañana?-. Parecía saberlo él todo, por lo que Dani contestó con otra pregunta:

-¿Tú lo sabes ya?

-El juez me ha dado una copia esta mañana.

-¿Y qué puedo hacer? Tengo que pagar casi un millón de pesetas. Te juro, yayo que yo no fuí. Iba bebido, pero no sabía ni que existiese gasolina en aquella mochila-. Miraba al abuelo directamente a la cara mientras sentía los ojos llenos de lágrimas y no hacía nada por ocultarlo.

-A mí no tienes que jurarme nada porque yo no pongo en duda tu palabra.

-Gracias, yayo-. Y una lágrima, que quemaba, resbaló por su mejilla, y se la limpió molesto, casi de un manotazo.

El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz de una forma un poco rara, pues parecía sonarse los ojos, antes de que derramaran por sus mejillas unas lágrimas que no toleraba que su nieto viese correr.

-Dani, quiero pedirte una cosa-. Su voz era suplicante y Dani reaccionó inmediatamente.

-Haré por tí lo que sea, después de lo que te he hecho pasar.

-Tengo un plan y quiero que me prometas que lo aceptarás.

-Dímelo, pero ya está aceptado-dijo tajante e inocente.

-Tengo unos ahorrillos...

Dani no le dejó continuar.

-Eso no, yayo; eso no me lo hagas -. Lloraba como una Magdalena. No tenía pañuelo y aceptó el que le brindaba su abuelo.

El yayo bebió un par de tragos de agua y esperó a que su nieto encontrase algo de serenidad. Luego continuó con sus razones:

-Me has interpretado mal; mejor dicho, no me has dejado explicarte. No quiero darte nada; sólo me ofrezco para hacerte un préstamo si lo necesitas. Yo tengo unos ahorros y tus padres no saben bien lo que tengo, de forma que no echarán nada a faltar. Tú me lo devolverás cuando puedas. Si no lo aceptas y quieres pedirselo a tus padres, tendrás que explicarles de alguna manera lo que ha pasado esta semana. Entonces tendré que explicarles yo por qué les he mentado y me pones en un aprieto.

-Yayo, eres un marraño.- Lo dijo embargado por la emoción y **poniendo en la frase todo el amor que sentía por su abuelo.** Y añadió mientras lo zarandeaba con la mano puesta sobre el hombro de su abuelo:

-Lo has urdido de forma que no me puedo escapar a tu plan. Pues bien, lo acepto; pero esto es un reto para mí, porque sólo lo acepto como préstamo con la condición de devolvértelo con el primer dinero que gane tan pronto empiece a trabajar.

-Por supuesto que me lo devolverás y si no lo haces yo te lo reclamaré. Y ahora tendrás que aceptar el resto del plan.

-¿Aun hay más?-. El abuelo no le dejaba tiempo para reflexionar.

-No te olvides de que tú estás ahora en Arenys con Quique, de forma que volverás esta tarde de

*poniendo
en la
frase
todo el
amor que
sentía
por su
abuelo.*

Arenys. Ahora yo me marchó a casa y tú llamas a Marta y la invitas a comer por ahí, que ya se lo merece, la pobre. Aquí tienes cinco mil pesetas, prestadas también, si te hacen falta.

-Sí, y gracias, yayo-. Al tiempo que alargada la mano y cogía el billete, sentía el nudo de la garganta, que le impedía añadir ninguna otra palabra.

-De gracias, nada, que si te olvidas del pago te lo reclamaré.

Quería hacerse el duro, pero era un mal actor para comedias de esta carga emocional, y Dani podía apreciar sus esfuerzos para mantenerse entero. También él andaba haciendo una gran comedia para mantenerse sin dejarse arrastrar por los intensos sentimientos de gratitud que sentía en aquella hora tan importante.

El abuelo, después de pedir y pagar la cuenta, añadió sin más:

-Bueno, yo te dejo. Tú sabes lo que tienes que hacer y yo tengo que ver a mis amigos. Te espero esta tarde para merendar.

-Yayo, gracias otra vez por tu ayuda-. Dani se había levantado y se abrazaba a su abuelo mientras le daba las gracias.

-No he podido hacerlo de otra manera. Hasta luego.

Y desapareció calle arriba con más rapidez de la que podría suponersele a sus setenta y seis años.

Quedó solo y decidió no llamar a Marta inmediatamente, sino pasear y gozar de una libertad que ahora, por primera vez en su vida,

apreciaba en todo su valor.

* * *

El público que llenaba la plaza del Rey estalló en un cerrado aplauso cuando María del Mar puso fin a una de sus canciones, cuyo título no podía recordar Dani, vuelto a la realidad por los aplausos, sólo para sentir que había sido muy agradable a sus oídos, bastante cerrados a la percepción de más detalles.

Se hizo el silencio y la diva anunció su próximo número:

-Agapi, estimat (amado).

Cada vez que oía esta palabra, estimat, pensaba en Marta con ira. Así empezaba en efecto la última carta que recibió de Marta desde Ohio, EE.UU., poniendo fin con ella a las relaciones más o menos tempestuosas que habían mantenido durante cerca de dos años.

* * *

Aquel día de Junio que salió de la Modelo, después de despedir a su abuelo con emoción y verle partir con alegre caminar, él también se levantó de su silla y tomando su bolsa de deporte se marchó calle arriba, huyendo de la Modelo, como si alejarse físicamente de ella significase su firme propósito de no volver a ponerse en la circunstancia de entrar de nuevo en ella. Subió callejeando despacio, **saboreando cada paso que daba en libertad**, hasta la plaza de Francesc Maciá, en el cruce con la Diagonal, y sólo entonces decidió llamar a Marta,

*saborean-
do
cada
paso
que daba
en
libertad.*

que en pocos minutos se presentó y le cubrió de besos y de emotivas lágrimas. Le propuso el comer juntos al mediodía invitados por el yayo y decidieron, a iniciativa de Marta, tomar el funicular del Tibidado para perderse en la soledad de la montaña. Compraron un par de bocadillos, cerveza y cocacola, en uno de los chiriguitos a la entrada del Parque de Atracciones, y con las viandas en la mano emprendieron la excursión por la montaña hasta que encontraron un lugar que les pareció discreto para pasar el resto de la tarde. Comieron y se relajaron de la tensión vivida durante la semana. Se prometieron amor eterno y regresaron a la ciudad cuando el **sol quería también recogerse al otro lado de la montaña.**

Dejó a Marta cerca de su casa y cuando él llegó a la suya encontró a su abuelo haciendo ya los preparativos para la cena, pues sus padres no tardarían en llegar.

-Hola, yayo-. El júbilo de encontrarse de nuevo frente a su abuelo era evidente. Internamente le embargaba una intensa emoción.

-Habíamos quedado para merendar; pero supongo que habrás tenido algo más importantante que hacer y te has olvidado.

-Bueno, es que Marta me propuso el subir al Tibidado para salir de este agobio de la ciudad y hemos pasado allí la tarde.

-Muy bien; ahora escúchame, antes de que lleguen tus padres tengo que confesarte algo que debe ser un secreto entre tú y yo.

-Yayo, ni lo dudes, soy como un muerto. Dime.- Empezaba a olvidar las intensas emociones de la entrevista mantenida con el abuelo a primera hora de la tarde, y su respuesta se podría decir que estaba dada en un tono que empezaba a reflejar el optimismo ante la vida. Marta tampoco era ajena a ese cambio tan radical, producido en unas horas, en el ánimo de Dani.

-En los próximos días voy a simular un accidente de coche atribuible a mi falta de reflejos, y con ese motivo voy a vender el coche, para no volver a conducir más. No es prudente que un anciano de mi edad vaya por esas calles sembrando el terror entre los demás conductores y los peatones.- Había usado la palabra anciano con premeditada intención, necesaria para arrancar la conformidad de su nieto al plan que iba a exponerle.

-Yayo, no digas tonte-rías, ¿que estás trajinando?. Yo sé que conduces con plenas facultades y yo me siento más seguro contigo que con mi padre o mi madre, y nunca has tenido un accidente. De manera que eso de sembrar el terror no cuadra. Tendrás que inventar otra cosa para que yo me lo crea. Y además, ¿cual es la razón de esa locura?

-No, si yo ya sabía que tú no te lo creerías, pero esto no lo digo para tí; esto forma parte del secreto y estas razones son las que diremos a tus padres. Tú me tendrás que apoyar indicando que efectivamente, en los últimos meses ya habías notado tú que dudaba mucho conduciendo.

*el sol
quería
también
recogerse
al otro
lado
de la
montaña.*

-Bueno, pero todo esto por qué.

-La verdad-y tragó saliva-, la verdad es que no tengo todo el dinero que necesito y esta es la mejor manera y la más rápida de tenerlo. Además a mi edad, aunque no tengo problemas de reflejos, es, cuando menos, prudente el dejar de conducir.

-Yayo, no te podré pagar nunca lo que estás haciendo-. Se tiró a su cuello y le abrazó llorando en silencio. Cuando se separó de él, observó que el abuelo también lloraba. Apartó la mirada para que no se enterase su abuelo de que le había visto llorar. Los dos querían ocultar su llanto pero ambos tuvieron que aceptar su debilidad emocional cuando el abuelo le tomó por los hombros y, mirándole a los ojos llenos de lágrimas con los suyos también turbios, le dijo:

-Sólo somos dos niños llorones.

Sonaba una llave en la puerta y los dos se separaron precipitadamente; Dani se encerró en su habitación y el abuelo se metió al baño. Ambos tenían el mismo trabajo que hacer de forma urgente: borrar las huellas de los pasados días y principalmente las de los últimos minutos, de forma que para sus padres todo habría transcurrido de forma bien distinta.

-Padre, Dani, ¿hay alguien en esta casa?-. Montse llegaba jovial ante la perspectiva de un próximo fin de semana, después de toda una semana de exámenes y reuniones en la Facultad.

-Hola hija-oyó Dani decir a su

abuelo en el pasillo.

-¿Ha llegado Dani de Arenys?

-Hace sólo unos minutos; está en su habitación-. De la voz del abuelo nadie podría sospechar lo que sólo unos segundos antes se estaba viviendo en aquella casa.

Se oyeron los pasos de su madre acercándose, y el pestillo de la puerta giró al mismo tiempo que golpeaba con los nudillos y decía:

-Dani, ¿que tal?-. Abrió la puerta sin esperar respuesta y se acercó a él para besarle en la mejilla.

-Tienes la cara muy caliente, ¿no tendrás fiebre?

-Mamá, estamos en verano y hace calor; no es otra cosa. Yo me encuentro perfectamente y con hambre. Ayúdale al abuelo para que comamos pronto porque estoy que no me tengo.

-¿Y no me dices nada de Arenys?. ¿Os habeis bañado?

-Sí, cada día por la mañana hasta las dos. Ha hecho un tiempo estupendo y el agua está muy limpia aunque un poco fría todavía-. Mientras hablaba, un poco alto para que el yayo lo oyese, estaba pensando: ¡Qué cínico eres tío!.

-Pues venga, que vamos a cenar en unos minutos, tan pronto venga papá. Me ha dicho que vendría pronto, así que bien podías ayudar tú también poniendo la mesa.

Salió por el pasillo hasta la cocina detrás de su madre y **al entrar regaló un guiño cómplice a su abuelo**, quien lo recogió y devolvió con gesto alegre, todo

*al
entrar
regaló
un guiño
cómplice
a su
abuelo.*

ello en la presencia ignorante de su madre.

* * *

La plaza del Rey estalló en un tremendo y prolongado aplauso al final del excelente programa que acababa de interpretar María del Mar Bonet. Con la retirada de la artista arreciaron los aplausos, y más aun cuando volvió de nuevo al escenario. El programa oficial había terminado y ahora empezaban los bises. Sus incondicionales le solicitaban las canciones más emblemáticas de su repertorio, y ella estaba por satisfacer a sus fieles seguidores, por lo que brindó a su rendido público hasta tres de sus melodías más clásicas.

* * *

El abuelo se dio prisa en poner en práctica sus planes. El lunes siguiente durante la cena indicó que el martes marcharía a Sant Celoni, a pasar el día con unos amigos, un matrimonio que deseaba ir a conocer la casa que acababa de comprar uno de sus hijos, como segunda residencia. Ellos no tenían coche y él se brindó a llevarles y hacer una pequeña excursión en unas fechas en que aun no apretaba mucho el calor. A todos les pareció buena la idea y el martes después del desayuno se marchó Luis a recoger a sus amigos.

A última hora de la tarde entraba en casa, donde encontró a Dani que se preparaba para salir a dar una vuelta por el barrio con

Marta.

-Bueno, ya está.

-¿Ya está, qué?

-He vendido el coche; pero tú no sabes nada. Lo sabrás más tarde, cuando yo cuente lo del accidente.

Efectivamente. Dani dio un corto paseo con Marta y volvió pronto porque no quería perderse el espectáculo que, a buen seguro, tendría montado el abuelo hasta en sus menores detalles.

Al llegar el abuelo andaba preparando la cena como lo hacía habitualmente; poco después se oyó abrir la puerta de la escalera y a la entrada de su hija Montse cambió el semblante plácido por otro más adecuado a la función que se proponía representar. **Narró muy preocupado el accidente que había tenido** y sus consecuencias.

*Narró
muy preo-
cupado
el
accidente
que había
tenido.*

A unos cinco kilómetros de Cardedeu, un camión, que le adelantaba, casi lo arrolla, y para evitarlo tuvo que salirse de la carretera, con tan mala suerte que justo en ese punto estaba el hito kilométrico, una enorme piedra contra la que el coche quedó empotrado. Y suerte que iban despacio y ninguno de los tres ocupantes sufrió lesión alguna; pero el motor del coche, que recibió todo el golpe, quedó hecho añicos. Tuvo que llamar una grúa que lo llevó a Granollers y allí, en el taller, le dijeron que no merecía la pena arreglarlo. Le harían un presupuesto y él decidiría lo que le conviniese. Tenía que dar parte al seguro, aunque no cobraría nada porque sólo tenía

seguro a terceros, y el camión que provocó el accidente ni paró ni pudieron tomar su matrícula, y aunque lo hubieran hecho sería imposible el probar ningún tipo de culpabilidad al conductor del camión. En cualquier caso no era ocasión de lamentarse sino de dar gracias a Dios porque ninguno de los ocupantes del coche había sufrido el más mínimo daño.

Dani pensaba que su abuelo hubiera triunfado en el teatro porque estaba haciendo una representación perfecta y tanto su madre, como después su padre cuando llegó, creyeron a ciegas la historia que el abuelo les contó.

Y tanto la creyeron que incluso José Antonio se ofreció a ir con él a Granollers a ver como había quedado el coche y decidir allí mismo el qué hacer con él. El yayo se mostró desinteresado y dijo que no merecía la pena preocuparse más del asunto, que él esperaba que el taller le hiciese alguna oferta por las piezas que pudieran aprovechar, y que él aceptaría esa oferta fuese grande o pequeña, que más bien sería pequeña.

Y eso fue todo. A la mañana siguiente no fue a Granollers sino a los Juzgados de Barcelona donde pagó la indemnización solicitada, y al mediodía, cuando llegó Dani para comer en casa con su abuelo, le dijo sin más preámbulos:

-Bueno, ya está todo arreglado.

Y esta vez no preguntó Dani, qué era lo que estaba arreglado.

Simplemente se echó al cuello de su abuelo, le dió un beso en la mejilla y le dijo con una profunda convicción:

-Yayo, te pagaré hasta la última peseta; pero lo primero que haré cuando gane algún dinero será comprar un coche para llevarte donde tú quieras.

* * *

Con un cerrado aplauso recibía el público el final del tercero de los bises con que María del Mar Bonet daba por concluido el clásico concierto de la plaza del Rey. Por el cielo oscuro seguían cruzando las gaviotas, con su pecho iluminado por los focos que encendían en oro las torres góticas de la Catedral. Salieron de la plaza del Rey y, cruzando la explanada delante de la Catedral, subieron hasta plaza de Cataluña para tomar un taxi que les llevara a casa.

Dani pensaba que su abuelo hubiera triunfado en el teatro.

Barcelona estaba guapa como una quinceañera, después de la intensa preparación que particulares e instituciones habían llevado a cabo en los últimos cuatro o cinco años, para que pudiera ofrecer sus mejores joyas a los muchos visitantes que se esperaban en los, ya próximos, Juegos Olímpicos. Sólo una semana faltaba para la inauguración y toda la maquinaria, que se había de poner en marcha con la inauguración, estaba ya a punto y engrasada.

Llegaron a casa y abrieron la puerta con sigilo para evitar el

despertar al abuelo que a estas horas estaría echando su primer sueño, el más profundo y reparador, según se dice.

Pasaron por la cocina para tomar una fruta, como postre y final del ligero pisco-labis que habían hecho como cena antes de acudir al concierto de María del Mar Bonet. En la cocina estaba todo en orden. **El abuelo no era de los que dejan las cosas de cualquier manera;** habría cenado cualquier cosa sencilla, como hacía siempre que tenía que comer solo y, después de recoger la mesa y colocar todo en su sitio, se habría pasado al comedor a ver un poco la tele, buscando algún programa informativo, y harto de no encontrar algo de su agrado se habría marchado a su cuarto a oír, en la radio que tenía en su mesita de noche, alguna tertulia hasta que el sueño le habría vencido.

En la nevera había una bandeja de cerezas picotas, duras y dulces traídas de Riels la semana anterior, que estaban pidiendo que alguien se acordara de ellas; al abrir la puerta Montse, se le fueron los ojos a la bandeja de las cerezas.

-¿Quién quiere picotas?

Los dos hombres respondieron afirmativamente casi al unísono. Sacó Montse un plato, lleno pero no colmado, de aquellas excelentes cerezas, las lavó bajo el grifo dejando correr el agua durante unos segundos y colocó el plato sobre la mesa de la cocina. Puso también sobre la mesa una servilleta de papel para echar

sobre ella los huesos, y dieron buena cuenta del plato de picotas, mientras comentaban las excelencias de la voz de María del Mar y concretaban finalmente los planes que habían trazado para la mañana siguiente, domingo previo a la inauguración de los Juegos Olímpicos, y en que toda la ciudad y todas las horas del día estaban llenas de celebraciones previas al gran acontecimiento.

El primero en abandonar la cocina fue Dani, mientras su madre recogía los escasos restos de la fruta y su padre la acompañaba. Se dirigió, cruzando el pasillo, al baño antes de irse a dormir. La puerta del baño estaba cerrada, mas no atrancada, como era habitual estando vacío.

*El abuelo
no era
de los
que dejan
las cosas
de
cualquier
manera.*

Pero en la obscuridad del pasillo (con la tenue claridad que llegaba desde la cocina era suficiente para moverse) podía apreciarse encendida la luz del baño. Tal vez el abuelo la había dejado encendida, cosa que no era normal, pues su sentido del ahorro y del despilfarro le hacía ser en extremo meticuloso con esos detalles. Abrió la puerta, mas sólo pudo separarla de su marco unos cinco centímetros; había una resistencia que impedía el abrirla totalmente; era suficiente para ver que su abuelo estaba tendido en el suelo y era su cuerpo el que impedía abrir la puerta.

-Mamá, papá, el yayo está aquí.

Tanto espanto había en su voz que sus padres se precipitaron

desde la cocina, atropellándose para salir al pasillo. El primero en llegar fue José Antonio, quien sumando sus fuerzas a las que hacía Dani, abrió la puerta lo suficiente para poder entrar al baño. El abuelo estaba en pijama y con los pantalones bajados por debajo de las rodillas. Le puso la mano en la frente y su temperatura era normal. La respiración era entrecortada y los ojos permanecían cerrados, a pesar del pequeño alboroto creado por sus hijos y nieto. Parecía haber estado sentido en el inodoro y haber perdido el conocimiento y caído al suelo. No había sangre en el suelo ni señal alguna de herida, pero no respondía a la llamada de sus hijos y nieto. Sus miembros estaban completamente flácidos. José Antonio le tomó por los sobacos mientras decía escueto a Montse:

-Una ambulancia, llama una ambulancia.

Salió de espaldas del baño, con el yayo cogido desde atrás por debajo de sus brazos y los pies arrastrando. Ya en el pasillo tomó Dani los pies de su abuelo para que no arrastraran, y así lo condujeron entre los dos a su cuarto, y lo dejaron sobre la cama.

Salvo la respiración entrecortada, no daba ninguna otra señal de vida. José Antonio le volvió a poner la mano sobre la frente y con un dedo le levantó el párpado. El globo ocular se movía lentamente de parte a parte en sentido horizontal; pero se le veía la vista perdida.

- Padre, padre -.Ninguna respuesta.

-Yayo, ¿me oyes?; por favor, dí algo-. Dani lloraba y no hacía nada por ocultar su llanto. El abuelo no reaccionaba.

Montse encontró en unos segundos el teléfono al que llamar en estos casos y la ambulancia no tardó más de diez minutos en presentarse. Con la ambulancia, acompañando a su padre se marchó Montse, y detrás de ella, en el coche de José Antonio, los dos hombres. En unos minutos entraban por la puerta de urgencias de la Clínica del Pilar, en la parte alta de Balmes. Entraron a Luis en la camilla desde la ambulancia al Servicio de Urgencias, y los tres quedaron en la sala de espera, a la espera de noticias.

*No
podía
imaginar
que
el yayo
faltase
de
su vida.*

Dani estaba aterrorizado. **No podía imaginar que el yayo faltase de su vida.** Recordó la deuda que tenía contraída con él. Deseaba ardientemente cumplir la promesa hecha a su abuelo dos años antes, a la salida de la cárcel Modelo.

* * *

Aquellos dos años sin coche, los había sobrellevado el yayo sin el menor comentario acerca de los inconvenientes de usar habitualmente los transportes públicos para los traslados. Seguían jugando a tenis abuelo y nieto, al menos una vez por semana, y se acostumbraron pronto a ir en autobús. El yayo continuamente andaba

ponderando las ventajas de usar este medio, y no hacía sino resaltar que en él se podía ir cómodamente sentado, observando el paisaje urbano, sin necesidad de tener que estar concentrado en quien viene por la derecha y quien por la izquierda, quien te adelanta o a quien debes adelantar. Parecía tener organizado todo un discurso, como forma de alejar de la mente de su nieto el menor complejo de culpabilidad.

Dani oía sus argumentos, pero él sabía que en caso de no haber tenido que vender el coche, su abuelo estaría tan contento de ir y venir con él a su partido de tenis semanal. Conocía que, especialmente los dos o tres primeros meses sin el coche, habían resultado duros para su abuelo hasta acostumbrarse a otros hábitos de vida. Su movilidad e independencia habían quedado, en algo, limitadas.

Aquel verano en que él apenas subió a Riels de visita porque sólo aprobó un par de asignaturas de su tercer curso de Bachillerato, a sugerencia de su padre, se matriculó en una academia particular para prepararse para la convocatoria de Septiembre; así siguió el ritmo de su padre, bajando a Barcelona el lunes por la mañana para no subir a Riels hasta el miércoles por la tarde, bajando de nuevo el jueves para regresar el viernes tarde.

Su padre controlaba su dedicación al estudio durante la tarde y noche; pero no podía seguir su

ritmo durante el día, pues ambos comían también por separado. **Dani se dedicó a Marta cuanto pudo**, mientras ella estuvo en Barcelona. A mitad de Julio marchó con su familia a Sitges sin tener que preocuparse de sus estudios, ya que aprobó en Junio todo y con excelentes notas. A partir de esa fecha venía una vez por semana a Barcelona, con la excusa a su familia de la necesidad de arreglar todos los trámites para su pronto traslado a Cleveland, Ohio en EE.UU, en cuya Universidad había solicitado plaza, a través de un programa de intercambio entre universidades, para cursar allí el curso equivalente al COU de España, esto es, el curso de preparación para ingreso en la Universidad.

*Dani
se
dedicó
a Marta
cuanto
pudo.*

Tomaba el tren en Sitges el martes o el jueves, según los casos, por la mañana, pasaba todo el día con Dani, que en tal caso ni hacía acto de presencia en la academia, y regresaba sobre las siete de la tarde a Sitges con su familia. Algunos de aquellos días los pasaron enteros, comida incluida, en casa de Dani; nunca lo hicieron en casa de Marta, que también estaba vacía, ya que ella tenía reparos porque la viesan algunos vecinos con quienes su familia tenía muy buenas relaciones. Oficialmente eran amigos; realmente, en esos aislados días de vida en común, se comportaban como pareja estable a todos los efectos.

Fué un verano en que profundizaron mucho en sus relaciones de

pareja, llegando a conocerse mutuamente en sus aspectos más íntimos, tanto en sus mejores cualidades como en sus defectos más arraigados.

A medida que los días corrían y se acercaba la fecha en que Marta debía partir para América, se apoderaba de ellos una especie de frenesí; en el caso de él, un sentimiento de angustia por algo que se le venía encima y él no podía frenar.

Cuando terminaba cada día de aquellos con Marta y la despedía en la estación, al pie de su tren que partía hacia Sitges, él quedaba física y anímicamente deshecho, hasta el punto de que aquella noche no podía concentrarse en ninguna tarea intelectual, y a la mañana siguiente, aunque acudía a la academia, era una mañana perdida para el progreso en sus estudios, un progreso del que andaba tan necesitado.

Luego subía a Riels, el miércoles o el viernes, y encontraba allí a su abuelo tan desamparado que se le partía el alma. En años anteriores, durante el verano, una o dos veces por semana, bajaban abuelo y nieto a Granollers o subían a San Feliu de Codinas con una lista de compras escrita por Dani al dictado de su madre. Solían aprovechar los días de mercado semanal en uno u otro pueblo, y ese era un día de fiesta, dentro de la fiesta que era en sí el verano todo en Riels para ellos dos.

Pero el verano del noventa fué un desastre para el abuelo, sin su coche y, sobre todo, sin su nieto para compartir aventuras y pequeñas travesuras. Dani percibía esa desgracia, principalmente en los momentos posteriores a la llegada de cada uno de sus regresos desde Barcelona.

Cuando llegaba el coche y se detenía en el jardín a la entrada del garaje, allí estaba el yayo justo a la derecha del coche por donde había de bajar Dani.

El rostro de su abuelo tenía un brillo propio en aquellos momentos, y a la luz de aquel brillo veía Dani las largas horas de tedio que habría vivido su abuelo a la espera de este momento. Él llevaba mejor la separación del abuelo porque Marta llenaba cumplidamente el vacío; pero este sentimiento que le hacía feliz, al mismo tiempo le producía un cierto remordimiento; se sentía en buena parte responsable del verano triste que vivía su abuelo, tanto por la necesidad de abandonarle y quedarse en Barcelona a estudiar como, y eso era hiriente en su alma, por ser el responsable de que su abuelo hubiese tenido que desprenderse de su coche al que quería y cuidaba como si de una criatura animada se tratase.

*El rostro
de su
abuelo
tenía un
brillo
propio en
aquellos
momentos.*

* * *

Desde el dintel de la puerta en la sala de espera, un médico con bata blanca y mascarilla colgando del pecho se dirigió a José

Antonio preguntando a pesar de ser ellos tres los únicos ocupantes de aquella sala.

-¿Señores Fernández?

Se pusieron los tres al unísono en pie, y en un segundo se encontraron rodeando al médico.

-Soy el doctor Torras y estoy atendiendo a Luis, ¿es su padre?

-Es mi padre-respondió Montse diligente-.¿Cómo está doctor?

-Ha recuperado el conocimiento y presenta un ligero trastorno mental. Está tranquilo y perfectamente controlado aunque no recuerda nada de momento. Creo que será una perturbación transitoria; pero no podemos asegurarlo hasta que no le practiquemos un escáner. Probablemente

tiene algún pequeño derrame cerebral, aunque no lo podemos asegurar ni conocer su importancia hasta que tengamos el resultado del escáner. En cualquier caso lo debemos ingresar y tendrá que estar aquí como mínimo cuarenta y ocho o setenta y dos horas, según su evolución y el resultado de las pruebas que le hemos de hacer. El resto de la noche lo tendremos aquí y ustedes no deben verlo hasta que en el curso de la mañana lo pasemos a una habitación. Organícense ustedes como mejor vean; pueden quedarse aquí o marcharse; si necesitan algo de mí no duden en indicarlo a la asistente de guardia.

Ninguno de los tres quiso marcharse a casa; en aquella sala había dos sofás amplios y en ellos se acomodaron lo mejor que pudieron, José Antonio y Montse en uno y Dani en el otro. Dejaron sólo

una luz tenue que les permitía, si no dormir, al menos descansar unas horas y esperar noticias.

A estas horas de la madrugada, debían ser cerca de las tres, Dani no recordaba sino que quedó inmediatamente dormido; pudo más el agotamiento que la inquietud por el futuro de su abuelo. Despertó al darse la vuelta en el sofá y descubrir que no estaba en su cama.

Enfrente estaban sus padres aparentemente dormidos, él recostado en una esquina del sofá y su madre tendida sobre el mismo y con la cabeza apoyada sobre la cadera de su marido.

*de nuevo
la imagen
de
su abuelo
comenzó
a
dolerle.*

Tal vez no dormían pero él no podía apreciarlo. Al descubrir donde estaba también recordó el por qué estaban allí, y **de nuevo la imagen de su abuelo comenzó a dolerle.** Recordaba perfectamente las palabras del doctor Torras. ¿Y si el trastorno mental de que había hablado no era transitorio sino permanente? Sería como si hubiera muerto, o peor aun, porque verlo decir tonterías permanentemente y no poder hablar con él de forma coherente sería peor que no tenerlo.

Pero eso no podía ser. Él no estaba preparado para prescindir de su abuelo. Las lágrimas le corrían tan abundantes como aquel día de Septiembre del noventa en que tras un verano de fervor mutuo se despidió de Marta en el aeropuerto del Prat, cuando tomó el

avión para Detroit, próximo a Cleveland, EE.UU. Aquel día aguantó el tipo ante Marta, pero cuando desapareció tras el control de pasaportes buscó precipitadamente unos servicios y se encerró en el váter para hartarse de llorar sin que nadie de la familia de Marta se diera cuenta de su fragilidad emocional.

Ahora no tenía que esconderse de nadie; la semioscuridad dominaba la sala de espera y sus padres dormirían porque deberían estar aun más agotados que él. Suspiró de forma incontrolada un par de veces y su madre le oyó, luego no debería poder dormir a pesar del cansancio y la tensión pasada.

-Dani, ¿estás bien?-
dijo casi en un susurro.

-Sí, mamá-mintió-.¿Y tú no duermes?

-Sí-también mintió-.
Intenta dormir un poco hasta que se haga de día.

Pero no podía ser. **Allí dentro estaba su mejor amigo, el yayo Luis.**

Y a pesar de las palabras tranquilizadoras del doctor, también podría ser que estuviese muy mal y el doctor se sintió obligado a transmitir confianza a la familia. Nadie habría vendido su coche para salvarlo a él de una situación tan difícil como la que vivió hacía ahora dos años. Y en ningún momento dijo nada a sus padres que, a Dios saber cómo se lo podrían haber tomado, sobre todo su padre. El abuelo y él se tragaron el problema con la complicidad de Marta y nadie más supo de aquella comprometida situa-

ción, a menos que Marta lo comentase con sus padres o alguna otra persona, cosa poco probable después de habérselo pedido él encajadamente. Por aquellos tiempos Marta andaba perdida por sus huesos, y los deseos de él, de cualquier tipo, eran atendidos por ella ciegamente.

* * *

Fue un verano aquel del noventa lleno de desasosiego, con el final de esa etapa previsto para los primeros días de Septiembre. Marta partió para Cleveland, Ohio, y él se presentó a los exámenes de las asignaturas pendientes, que aprobó de forma inexplicable, pues su preparación durante el verano no había sido todo lo intensa que debería haber sido; la relación con Marta no le dejaba ni tiempo ni capacidad de concentración suficiente. Entre la marcha de Marta y los exámenes tuvo sólo una semana de tiempo durante la cual estudió día y noche como un

Allí dentro estaba su mejor amigo, el yayo Luis.

enajenado, con una idea fija permanentemente: No podía quedar descolgado del nivel de estudios que llevaba Marta; si él repetía tercero de BUP y ella hacía COU, ya estaría para siempre descolgado de ella a nivel académico, y quien sabe si a otros niveles también, y eso no lo podía aceptar. Esa intensa semana fue la que lo salvó del naufragio anunciado, después del verano tan mal aprovechado en el plano escolar, aunque intenso y lleno de vida en otros aspectos.

Su esfuerzo dio el resultado apetecido y se pudo matricular de COU, aunque con una base claramente deficiente. Él sabía que los conocimientos adquiridos de forma tan precipitada no podían estar asimilados y sedimentados como los que se reciben de forma regular a lo largo de todo un curso, y no se equivocaba. Tan pronto empezaron las clases de COU descubrió sus muchas lagunas.

Cuando se desmoralizaba porque no podía seguir el ritmo de las clases, pasaba por su cabeza la posibilidad de invertir su tiempo buscando a sus antiguos colegas del Raval, aquellos que le dejaron colgado con un coche ardiendo y una mochila con gasolina. Pero en tales casos, sin que él lo pretendiera, llenaba su imaginación **la figura de su abuelo visitando una tienda de coches de ocasión**, tratando de vender su coche para sacar por él la cantidad necesaria para poder atender a la indemnización que el juez le había impuesto. Era esa imagen como un tótem luminoso que le impidió en todo el año bajar en dirección al mar, más allá de la plaza de Cataluña.

Hubiera querido arreglar cuentas con algunos de aquellos ex-colegas; pero la imagen del abuelo se interponía para decirle que ni lo intentara, ya que aun podría ser que cosechase nuevas desgracias si acudía a su encuentro. Y así fue como pasó todo el año, sin que él arriesgase acercándose al barrio del Raval.

Marta le escribía con regularidad y le animaba a dedicarse seriamente al estudio; ella no vendría en las Navidades, ya que serían sus padres los que se trasladarían, como así lo hicieron, a EE.UU. para verla y hacer un pequeño tour por la región del lago Erie hasta Ottawa, en Canadá, desde donde regresaron a Barcelona.

Él le contestaba también con puntualidad y fervor hasta que, más o menos a mitad de febrero del noventa y uno, Marta se empezó a descuidar, tanto en el tiempo de contestar sus cartas como en el contenido de las mismas, que pasó a ser menos fervoroso y más escueto y protocolario. Parecía haber tenido una muy buena acogida por sus nuevas compañías, con las que había establecido lazos sólidos de amistad y, aunque ella era poco explícita cuando mencionaba este tema, al hablar de "my friends" (mis amigos/as) parecía intuirse que se refería tanto a chicos como a chicas, y Dani, muy suspicaz, interpretaba que usaba ese término en inglés para no verse obligada a señalar claramente, en castellano, que se trataba de nuevos amigos.

Para las vacaciones de Semana Santa estuvo Marta en Barcelona durante doce días. Ya en las últimas cartas previas a esa visita, la pasión y el ansia por el regreso y el reencuentro no parecían ser muy intensos por parte de ella. Durante la visita y las

horas que compartieron juntos, la actitud de Marta fue muy correcta pero distante, y contrastaba a ojos vistas con la apasionada de él. Tuvieron relaciones íntimas, más provocadas por la pasión de él que por la de ella, muy al contrario de lo que ocurría en el verano anterior. Ahora ella simplemente se dejaba querer por él. Tuvieron una despedida en el mismo tono y Marta volvió a EE.UU. para concluir su curso.

Él también debía concluir el suyo, pero no pudo hacerlo de la forma en que hubiera deseado; aunque a decir verdad, deseaba con todas sus fuerzas acabar el curso con éxito, pero no hacía nada útil por conseguirlo. En parte debido al bajo nivel en que lo comenzó y en parte también debido a su desmoralización por la manera en que evolucionaban sus relaciones con Marta. El caso es que cosechó un estruendoso fracaso, que alarmó a sus padres, quienes le plantearon el que volviese a estudiar el verano en la misma academia que el año anterior tan buen resultado les dió. Dani aceptó de buen grado y de acuerdo con Marta, que acababa de llegar de regreso de su curso en EE.UU, y se sentía, en parte, responsable del fracaso escolar de Dani.

Esta Marta no era la distante de las cartas; **volvía a ser la amiga cercana y ferviente.** Dani andaba al principio un poco desorientado; pero satisfecho con la situación actual, no intentó hacer averiguaciones para aclarar

si ella durante ese año en EE.UU. había o no tenido alguna relación que contribuyera a distanciarla de él o fue la sola distancia física la que obró el efecto de distanciamiento afectivo y posterior acercamiento a la vuelta definitiva

Ambos planificaron la actividad del verano para hacer compatible el trabajo de recuperación escolar con el de maduración de sus relaciones. Este último propósito supieron sacarlo adelante en agotadoras jornadas de entrega mutua, en detrimento del rendimiento escolar, por lo que Dani se vio abocado a repetir COU, mientras su amiga Marta se matriculaba del primer curso de Publicidad en la Universidad Autónoma de Bellaterra.

*Esta
Marta
volvía
a ser
la amiga
cercana y
ferviente.*

Con el comienzo del nuevo curso formalizaron sus relaciones y, de manera más o menos oficial, ambas familias participaron en el hecho y aceptaron lo que, de otra manera, no hubieran tenido medios de impedir que prosperara.

* * *

La sala de espera daba a la parte trasera de la clínica, de donde recibía la luz a través de dos amplias ventanas, que se cubrían de espesas cortinas para dejar penetrar sólo la luz que se necesitase. Las cortinas estaban corridas cuando despertó Dani, pero entre ellas se filtraba un rayo de luz que dejaba entrever que en el exterior sería un día

muy luminoso. A medida que tomaba conciencia del lugar y de la situación pudo también distinguir, con mejor detalle, los enseres y muebles del interior de la sala. Junto al sofá que le daba reposo había una pequeña mesa, cubierta de números atrasados de revistas del corazón y algunas de salud y de divulgación médica; al otro lado y a su izquierda estaba el sofá donde también habían descansado sus padres; pero estaba vacío, lo que no le sobresaltó, pues pensó que se habrían despertado antes que él y habrían salido a desayunar o a buscar noticias del yayo.

Permaneció unos minutos en esta posición mientras recordaba cómo el yayo había actuado de cómplice suyo en sus primeros encuentros con Marta, y cómo había sido una pieza clave para que su familia aceptase de buen grado la formalización de las relaciones de ambos.

En principio su padre no quiso aceptarlo, indicándole claramente que no le parecía bien porque sería un argumento más para perder la concentración necesaria para estudiar, que era lo único a lo que debía dedicar todo su tiempo. Él sabía que el yayo gozaba de un gran predicamento ante su padre y le rogó que intercediera porque la normalización de las relaciones con Marta formaba parte de la total normalización de su vida, y estaba seguro de que Marta sería un factor positivo para sus estudios, ya que ella misma era una chica que tenía muy

buen rendimiento en los suyos. No fueron necesarias muchas explicaciones. El yayo le prometió hablar con su padre y éste no volvió a plantarle cara a esas relaciones.

Había demasiados argumentos para que él deseara que su abuelo se recuperara lo más pronto posible. **Aun no se sentía capaz de volar por la vida sin su ayuda.** No ocurriría que esa pérdida de conciencia fuera definitiva o que muriera a consecuencia de ese posible derrame cerebral de que había hablado el doctor. Dios, si existía, no podía permitirlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se limpió con la mano, antes de que le impidieran ver la nitidez de la luz que se filtraba por las cortinas.

*Aun no
se sentía
capaz
de volar
por
la vida
sin
su ayuda.*

Estaba solo en la sala. Se levantó para correr las cortinas y descubrir que el sol ya había salido haría un buen rato, porque caía bien de lleno sobre la fachada de enfrente de aquella calleja y, reflejado allí, obligaba su resplandor a entornar algo los ojos, para no sentir con molestia su intensidad. Su reloj de fases lunares, que tan buenos recuerdos del yayo le traía, marcaba las siete cuarenta, un poco tarde para estar dormido en este lugar y en estas condiciones, pero el cansancio que arrastraba lo había hecho posible.

Cuando, por la ventana sin cortinas, entró toda la intensidad de la luz, acudió su madre que debía estar en el pasillo esperando a que su hijo despertara.

-¿Se sabe algo del yayo?

-Sólo nos han dicho que ha pasado tranquilo el resto de la noche. Papá está intentando buscar alguna información más, porque no sabemos tampoco a qué hora lo pasarán a la habitación. Tu padre y yo hemos tomado ya un café con leche; si quieres baja a la cafetería y te tomas algo.

-Sí, bajaré ahora cuando venga papá. También he de llamar a Marta porque habíamos quedado para ir esta mañana a la playa, y en estas condiciones no podremos ir.

En unos minutos volvió José Antonio, después de haber podido hablar con el médico de guardia que había atendido al abuelo durante la noche. Ahora se encontraba tranquilo, y a la espera de que se le practicase un escáner para determinar la causa del problema que había motivado su hospitalización; si todo seguía normal, lo pasarían esta mañana a una habitación, donde podrían estar sus familiares con él, con tal de que no le jaleasen mucho, ni abundasen las visitas, ya que lo que necesitaba era tranquilidad para recuperarse pronto.

Bajó Dani, después de recibir esas buenas noticias, a la planta baja donde estaba ubicada la cafetería y encargó un café y un croissant, y al comprobar que el café quemaba un poco, aprovechó el tiempo para llamar a Marta desde el teléfono público de la cafetería y ponerle al corriente de la situación del abuelo.

Ella se sintió profundamente

conmovida. El abuelo Luis era considerado por ella como **su gran aliado**, y Marta conocía bastante bien el papel que él había jugado en las distintas fases por las que habían atravesado las relaciones con Dani. Era muy intuitiva, y sabía valorar muy bien el papel desempeñado por Luis en el proceso de recuperación de Dani, y en su cambio de rumbo a partir del incidente de aquella accidentada verbena de San Juan y sus consecuencias. Estaba convencida de que sin el influjo benefactor del yayo, ni Dani habría recuperado su línea de comportamiento ni, muy probablemente, sería hoy su novio.

Ella se sintió conmovida

El abuelo Luis era su gran aliado.

Cuando Dani la llamó estaba en pleno desayuno y preparando las cosas para el día de playa que ambos tenían previsto. La noche anterior no había podido ir con ellos al concierto de María del Mar Bonet, aunque le hacía ilusión, porque tenían en casa unos tíos a cenar, y era un compromiso que no podía eludir. La llamada alteró todos sus planes para el día y dijo a Dani que en unos minutos estaría con él en la clínica. Dani le indicó que la esperaría en la cafetería, mientras se tomaba un café con leche.

Se sentó para dar cuenta del café, que ya debería estar algo frío porque la conversación con Marta se había prolongado más de lo previsto. Tomó el café y el croissant sin ser consciente si estaba frío o caliente, ya que lo consumió de forma mecánica, mientras iba desgranando en su mente,

cómo se habían estrechado y fortalecido las relaciones con Marta a lo largo del pasado año en que los dos pudieron compartir juntos muchas horas, después del paréntesis del viaje de Marta a EE.UU.

* * *

Cuando Marta regresó a final de curso su interés por Dani había crecido espectacularmente en relación a cómo se había manifestado en Semana Santa. Y Dani se dejó querer. Pronto desapareció la inquietud que embargaba a Dani acerca de los posibles amigos americanos de Marta; alguna vez que se lo planteó a ella, terminó la discusión con una lluvia de besos y caricias que enteraban definitivamente la zozobra. El verano sirvió para que Marta adoptara frente a él una actitud exigente en cuanto al rendimiento que habría de obtener de sus clases en la academia. Y entre trabajo en común y altas dosis de ternura mutua concluyó el verano.

Finalmente no se obtuvieron los resultados apetecidos en el plano académico, debido al bajísimo nivel con que había acabado en junio y hubo de repetir curso; pero fue muy interesante la actitud de Marta, gracias a la cual Dani descubrió el interés real que ponía ella en que él progresara. Esta actitud fue definitiva también para que él enfocara la repetición del COU con un espíritu más acorde con lo que todos los que le querían esperaban de él.

El curso que había concluido

hacia algo más de un mes fue, en todos los aspectos, del todo satisfactorio. Marta terminó con éxito su primer año de Publicidad; él había obtenido una alta nota en los exámenes de Selectividad, como prueba final de COU, lo que le permitiría ingresar sin dificultad en la Facultad de Informática. Por otra parte **las relaciones entre ambos se habían consolidado** de forma definitiva, tanto en el plano íntimo y personal, como en lo social. Habían encontrado el camino para que esas relaciones fueran para los dos un aliciente más para la superación en los demás aspectos de su vida aun en formación. Y el resto de amigos y familiares se habían acostumbrado a relacionarse con ellos como pareja definitivamente estable.

las relaciones entre ambos se habían consolidado.

El yayo Luis actuaba, sin apercibirse de ello, como abuelo de ambos; se había producido una especie de adopción de Marta, como una nieta más. En cierto sentido había, en determinados momentos, como una complicidad de los tres frente al resto del núcleo familiar, tanto en relación a los padres de Dani como a los de Marta, con los que el contacto era menos estrecho.

En este pasado curso, los partidos de tenis entre abuelo y nieto habían sido escasos, tanto a consecuencia de una mayor dedicación de Dani a otros menesteres, como a que Luis empezaba a andar con las energías justas y se cansaba considerablemente más que el año anterior. Diríase que las

fuerzas le habían acompañado hasta el momento preciso, en relación a la necesidad que su nieto pudiese tener de él. Ahora, con la presencia plena de Marta, el abuelo empezaba a ser menos necesario, aunque formulada así la cosa le hacía a Dani sentirse culpable sin saber bien por qué ni de qué.

Marta tardaba en llegar más de lo previsto, en apreciación de Dani, que estaba inquieto y ansioso por subir a ver si podía por fin entrar a saludar a su abuelo.

Unos minutos más y llegó Marta, radiante en su juventud, vestida con un sencillo conjunto deportivo, que le hacía aparecer aun más exultante. La cafetería donde esperaba Dani, adquirió una nueva luminosidad con su presencia. Dani la besó en los labios dulcemente y sin un atisbo de reproche por su retraso; diríase que con su llegada había anulado, ella en él, cualquier otro sentimiento que albergase durante la inquieta espera, y **sólo era capaz de sentir admiración y ternura en su presencia.**

Cogidos de la mano se encaminaron al ascensor y subieron a la segunda planta, donde se encontraban sus padres esperando aun el posible traslado del yayo a la habitación.

Cuando entraron en la sala en que ellos esperaban noticias, Marta se adelantó a Dani para saludar con un beso a los padres de su novio; también ellos hicie-

ron ademán de avanzar hacia ella, con los ojos llenos de orgullo ante la presencia de la pareja.

Ambos, Montse y José Antonio, sabían valorar muy bien, y habían hablado entre sí de ello, el importante papel jugado por Marta en la labor de recuperación de Dani a nivel académico, y la consideraban en buena parte responsable de la maduración humana que día a día era apreciable en Dani. A sus diecinueve años Dani se configuraba como adulto, consciente de sus responsabilidades, y con la crisis de la adolescencia totalmente superada. No conocían en detalle los aspectos más escabrosos de esa crisis que Dani había vivido; pero aquellas cosas que conocían eran suficientes para intuir que tanto Marta como Luis habían jugado acerca de Dani un papel muy importante en esa positiva evolución.

Esa era la causa fundamental de la alegría que sentían en presencia de Marta; era evidente el sentimiento de agradecimiento ante ella y de orgullo ante la pareja que formaban ambos hijos, pues como tales eran considerados, a pesar de no ser portadores ninguno de ellos de sus caracteres físicos o psíquicos, por vía genética.

No había nuevas noticias del abuelo; el escáner que debían practicarle parecía demorarse más de la cuenta. Eran cerca de las diez de la mañana, que en verano es casi mediodía, cuando apareció el doctor responsable de los ser-

sólo era capaz de sentir admiración y ternura en su presencia.

vicios de urgencia e hizo una señal a José Antonio, a quien ya conocía. Impulsivamente se levantaron los cuatro y se dirigieron hacia el doctor, quien les hacía ademán de que le siguieran hacia el interior. Les hizo entrar en un pequeño despacho y allí les explicó que el escáner indicaba la existencia de un pequeño derrame cerebral; la sangre escapada de una pequeña vena se había acumulado en la zona parietal derecha, comprimiendo el cerebro y provocando una momentánea pérdida de conciencia. En estas condiciones era aconsejable mantenerlo en la unidad de cuidados intensivos, mientras no se tuviera la certeza de que la vena que había causado el problema quedaba cerrada, para lo que le pondrían la medicación adecuada. En cuanto a las visitas, habría que limitarlas a las imprescindibles; mientras durase esta situación sólo podrían ver al abuelo a través de una cristalera y en un horario reducido. Dos veces al día recibirían información de los servicios médicos sobre la evolución de su estado. Ahora podrían pasar unos minutos para verlo y se podían marchar hasta las siete de la tarde en que recibirían el segundo parte médico del día.

Hicieron como se les indicaba y pudieron ver al abuelo, inconsciente, intubado y recibiendo suero, y conectado a un monitor, donde se podía seguir la frecuencia e intensidad de su ritmo cardíaco. Durante unos pocos y largos minutos permanecieron delante

del cristal sin decir palabra. Cada uno de ellos vivía el momento desde su propia circunstancia.

Dani miraba al abuelo con sus ojos cerrados, y rememoraba aquellos ojos llenos de brillo y de alegría, que tanta elocuencia habían derrochado en su comunicación con él. Cuántas veces, sin cambiar palabra alguna, se miraban a los ojos y ambos comprendían ese lenguaje no articulado; cuando jugaban a tenis, cuando estaban frente a extraños, cuando mantenían una complicidad ante sus padres. Ahora sólo **podía verse su rostro sereno, cara al techo, con aquellos ojos cerrados e inexpressivos**. A la vista de su abuelo tan indefenso, se fue nublando su visión, al llenársele los ojos de lágrimas que sin rubor se vertieron hasta el suelo sin que él hiciese nada por impedirlo.

*podía
verse
su rostro
sereno,
con
aquellos
ojos
cerrados
e inexpressivos.*

Marta no era ajena a la turbación que embargaba a su novio; ella misma estaba también emocionada y llorosa, sin discernir si a causa de ver al abuelo en aquel estado o por contemplar la debilidad emotiva de su novio. Rodeó con su brazo la cintura de Dani y le estrechó contra su cuerpo, apoyando la cabeza en el hombro de él. De esta forma estuvieron unidos frente al cristal y sin quitar atención de la respiración pausada del abuelo. Después de unos minutos Marta apartó a Dani del cristal, y él la siguió sin oponer resistencia, dejando allí a sus padres, quienes les siguieron a distancia hacia la sala de

espera. Una vez allí decidieron, a propuesta de José Antonio, que lo más conveniente era abandonar la clínica, y así lo hicieron.

Era media mañana del domingo, y parecía haber transcurrido una eternidad desde que la noche anterior aplaudieron con entusiasmo la aparición de María del Mar Bonet sobre el escenario de la plaza del Rey. Apenas si habían podido descansar, que no dormir, un par de horas en la sala de espera de la clínica. Marta hubiera querido dar con Dani un paseo por la ciudad, que lucía en todo su esplendor sus galas para los, ya inminentes, Juegos Olímpicos; pero hubo de aceptar el dejarlo ir con sus padres a descansar unas horas a casa, por lo que se despidió de ellos hasta la tarde.

Al llegar a casa se echó sobre la cama y el cansancio se apoderó de él, quedando profundamente dormido, sin cobrar conciencia de nuevo hasta que su madre zarandeándole suavemente logró que despertase.

-Dani, son las tres de la tarde y vamos a salir a comer fuera.-José Antonio lo había propuesto así a Montse, para hacer posible un mejor descanso de ella, después de la angustia de la pasada noche-.¿Te levantas?

-Sí, ahora mismo-respondió escueto, y tomando conciencia de nuevo del problema que abandonó al caer en el sueño.

Se levantó y pasó por el baño para refrescarse y terminar de despertar su cuerpo. Salieron a

comer a un restaurante próximo a su casa, y volvieron para seguir descansando hasta la hora de pasar por la clínica a ver de nuevo al abuelo. A media tarde llegó Marta y los cuatro salieron, dando un paseo relajado, como sin rumbo, pero con un destino bien definido, la clínica del Pilar, en la calle de Balmes, por debajo de la Plaza Molina. En unos veinte minutos que tardaron en llegar, apenas si intercambiaron unas cuantas frases; **sólo tenían deseos de estar con sus propios pensamientos**, que en los cuatro eran de la misma naturaleza: la inquietud por el futuro incierto del padre, y del abuelo.

*sólo
tenían
deseos
de estar
con sus
propios
pensamientos.*

Llegaron casi media hora antes de la indicada para recibir el parte médico de la tarde; en el fondo tenían la leve esperanza de poder pasar de nuevo a verlo. Pero no fue posible y esa media hora de espera no sirvió, sino para aumentar su inquietud y para comprobar hasta qué punto pueden alargarse los minutos.

Finalmente les comunicaron las novedades que no eran nada tranquilizadoras; había recobrado la conciencia en un estado de desorientación y de profunda inquietud, nada conveniente para su recuperación, por lo que habían optado por sedarlo y en ese estado continuaba. Ante la prolongación de la situación le estaban suministrando suero, a través del cual recibía alimento y la medicación necesaria, fundamentalmente coagulantes y tranquilizantes.

No les permitieron verlo y los citaron para la visita de la mañana siguiente.

Se marcharon abatidos los cuatro, y los cuatro tratando de ocultar su propio abatimiento para no aumentar el de los demás.

Marta propuso a Dani el dar un paseo por la parte alta de la ciudad, antes de regresar a casa, y los padres les animaron a los dos a hacerlo, como medio de distraer las preocupaciones y apartarse un poco de ellas. Padres e hijos se despidieron en la Plaza Molina, y dividieron en dos la turbación que embargaba al grupo.

Dani y Marta se encaminaron, a través de Balmes, al Turó del Putxet, donde llegaron algo cansados y se sentaron en uno de los bancos de uno de los paseos del parque, justo cuando el sol declinaba y vestía de tonos amarillo-anaranjados las terrazas de la ciudad, colina abajo, hasta el lejano mar.

Marta, sentada a la izquierda de Dani, se recostó en el banco y apoyó su cabeza sobre las piernas de él, y él se reclinó hacia atrás sobre las duras lamas de madera del banco. Ella cerró los ojos en silencio y tomó entre las suyas la mano derecha de su novio, llevándola a sus labios y llenándola de suaves y apasionados besos; con su otra mano, él acariciaba el pelo suelto, ondulado y suave de ella, acusando una conmoción a cada beso que atravesaba su cuerpo, como en un estertor, de mano a mano. La

conmoción, como caricia, corría por los sedosos cabellos de Marta hasta su raíz, desde donde fluía, en corriente nerviosa, hacia su centro cerebral de la ternura, y de allí partían las órdenes oportunas para sus labios.

Dani, como un autómeta, recibía la ternura como estímulo y reaccionaba. Pero su pensamiento andaba lejos; concentrado en las continuas e infinitas variaciones de las tonalidades de este atardecer abierto sobre la ciudad y en el horizonte lejano sobre el mar, dio en pensar en aquel atardecer cerrado y escaso de la cárcel Modelo, con su abuelo sufriendo en silencio por su privación de libertad. Y pensaba en su abuelo, que parecía atardecerse a sí mismo y, como el sol, ofrecer los últimos rayos de luz de su día.

*el
abuelo,
si
llegaba
a su
ocaso, no
volvería
a tener
otra
mañana.*

Pero el sol estaría aquí a la siguiente mañana, y **el abuelo, si llegaba a su ocaso, no volvería a tener otra mañana.** Una lágrima rebelde cayó sobre el pelo de Marta, que nunca lo supo a pesar de llevarla consigo el resto del día.

El sol, tan sereno en su cénit al mediodía, parecía enloquecer cuando se disponía a despedirse, y cambiaba con sus juegos de luces la realidad de las cosas; ¿no estaría pasando algo parecido con el yayo? Él había sido el bastión firme en que Dani encontró apoyo cuando su debilidad infantil no podía sostenerlo y, sobre todo, cuando las tormentas de su primera juventud se abatieron sobre él y a punto estuvo de naufragar. El yayo fue el palo firme donde asir-

se para aguantar la tempestad. ¿Dónde habría llegado en su desarrollo, cuando supo que sus padres no eran los suyos naturales? ¿Cómo habría terminado el incidente de la Modelo sin la ayuda, aun pendiente de pago, del abuelo? ¿Y tantas presencias día a día a lo largo de tantos años, en casa, en el juego y en el crecer continuo y silencioso?. No debería ser así, pero un día u otro el yayo le habría de abandonar, como ese sol del que ya sólo quedaba un rastro anaranjado y casi sanguino, en unas escasas nubecillas sobre el mar de Barcelona.

Se empezaban a encender, aquí y allá, las luces de la ciudad, cuando Marta se incorporó rompiendo, sin pretenderlo, el hilo de sus pensamientos. Se besaron apasionadamente entre arrullos, declaraciones de amor y promesas de fidelidad eterna; pero se hizo, veloz, la hora de regresar y así lo hicieron, abandonando el parque del Putxet en dirección a Muntaner. Acompañó Dani a Marta a su casa y regresó a buen paso a la suya, sin que le abandonara la inquietud sobre el futuro inmediato de su abuelo.

En casa no había ninguna novedad, si no era el que la cena estaba a punto de ser consumida, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sin que en su preparación hubieran intervenido las manos del abuelo. Cenaron los tres entre monosílabos porque no había ánimos para otra cosa.

José Antonio expuso que debía madrugar para hacer unas primeras gestiones antes de acudir a la clínica. Nadie tenía humor para ver la tele, ni siquiera las noticias de la noche. Dani se despidió de sus padres, con el ruego de que le despertaran con el tiempo suficiente para llegar a la hora de recibir el parte médico de la mañana del lunes. Se retiró a su habitación y se metió en la cama pero **el sueño no quería venir a visitarlo esa noche.**

El sentimiento de impotencia que le embargaba le oprimía el pecho y no le dejaba cobijar el sueño. Con rabia pensaba que algo tendría que hacer para remediar la situación del abuelo, y con resignación reconocía que no tenía en sus manos los hilos que controlasen el destino, como si de una marioneta se tratara.

**el
sueño
no quería
venir a
visitarlo
esa
noche.**

Si alguien, con capacidad de dirigir el cauce de los acontecimientos, le hubiese propuesto entregar su alma a cambio de asegurar el éxito en la evolución de la salud de su abuelo, sin dudarle hubiera aceptado la propuesta. Pero no era ese el caso, y no le quedaba otra alternativa que esperar a que el destino o Dios o quien sabe quien, determinara lo que habría de suceder, y a él sólo le cabía el esperar para conocer el resultado.

Ante la negativa del sueño para apoderarse de él, hizo el propósito de recorrer el resto de la noche, paso a paso, la vida del

abuelo que él había conocido, parándose a contemplar en cada etapa cómo esa vida se proyectaba en la de los demás que le rodeaban, fuesen de la familia o no.

Comenzó por recordar los primeros estadios; aquellas imágenes en el jardín de Riels, cuando él corría delante del yayo, escapando de él, mientras sus padres se reían porque Luis simulaba que no podía atraparlo. A todas luces el yayo había fingido no poder correr más, pues en aquella época, a pesar de su edad, estaba muy ágil gracias a la asidua práctica deportiva, principalmente tenis y caminar. ¡Que diferencia con el yayo de los últimos meses evolucionando sobre la pista de tenis!. Comparando las dos estampas descubrió con cierto espanto, que este ejercicio de rebuscar en sus recuerdos y traer a su mente aquellas escenas, tenía un cierto paralelismo con aquel juego de las luces del ocaso, que tanto había practicado en años pasados. El sol era el yayo que se eclipsaba, y él analizaba cómo la luz de aquel sol en declive iluminaba a los seres que vivían a su alrededor y, en buena medida, a su sombra.

El yayo tenía también sus destellos luminosos, ¿qué fué si no todo su comportamiento alrededor del episodio de dos años atrás?. A ojos vistas el sol se apagaba. ¡Ojalá no fuesen estos ya sus últimos centelleos! Él sentía que aun necesitaba su luz y sus cuidados. Sus padres continuaban trabajando de forma muy intensa; pero en cualquier caso había

aspectos de su vida que él compartiría muy gustosamente con el yayo y de ninguna forma con sus padres, aunque tuvieran libre todo el tiempo del mundo.

Debía ser de magrugada cuando cayó vencido por el sueño, porque ni siquiera oyó a su madre entrar a la habitación, y ella nunca entraba sin antes haber tocado en la puerta. Se despertó sobresaltado, al ser zarandeado por la mano de su madre sobre su hombro.

-Dani, date prisa que se nos ha hecho un poco tarde; nosotros ya hemos desayunado y papá se marchó hace un rato; él vendrá directamente a la clínica.

-¿Por qué no me has llamado antes?.

-Tenías el sueño muy pesado; debes haber dormido mal. Te pongo el café mientras te preparas.

*El yayo
tenía
también
sus
destellos
luminosos.*

Un cuarto de hora después salían de casa; calle Muntaner abajo, y a buen paso llegaron a la clínica unos minutos antes de la hora requerida; allí les esperaba ya José Antonio y después de diez largos minutos de espera les llamaron al despacho del doctor Torras para recibir las noticias.

No eran buenas, sin ser desalentadoras.

-Ha pasado la noche tranquilo-dijo el doctor tras los saludos de rigor,-no se ha presentado ninguna complicación, lo que ya es muy bueno en las primeras veinticuatro horas; pero tampoco se ha experimentado una apreciable evolución positiva; digamos que su

situación es estacionaria; continúa sedado y si le quieren visitar podrán hacerlo, pero de uno en uno y permaneciendo allí el menor tiempo posible.

-Doctor, nosotros estamos aquí para hacer lo que más convenga para su salud-se adelantó José Antonio a responder en nombre de los tres-. Si no es lo mejor para él, tampoco tenemos necesidad de entrar a la habitación, haremos lo que usted nos indique.

-A mí sí me gustaría verle- anticipó Montse, antes de que el doctor pudiera definirse.

-Hágalo usted tranquilamente; evite dejarse llevar por la emoción en su presencia; él continúa ligeramente sedado, como les digo, pero percibe la presencia de otras personas y sobre todo hay que evitarle emociones fuertes.

-Lo tendremos en cuenta-apostilló Montse, decidida ya a no marchar de allí sin ver a su padre, aunque fuese en aquel estado de inconsciencia.

-Les ruego también que no hablen en su presencia-continuó el doctor, sin romper el hilo de sus instrucciones, ante la inminente visita al enfermo-porque es la forma en que él no les identificará y tampoco se emocionará. De esta manera pueden entrar y permanecer en su compañía unos minutos. Después de la visita se pueden marchar y lo más aconsejable sería que no vuelvan hasta la tarde para que les demos de nuevo el parte. Si lo desean pueden telefonar a lo largo del día a la enfermera, quien de todas formas les mantendrá informados si hay

algún cambio importante en cualquier sentido. No estamos en ninguna situación crítica y cada hora que pasa sin presentarse complicaciones, disminuye la posibilidad de que tengamos problemas. Estén tranquilos y tengan un poco de paciencia; todo acabará bien si Dios quiere. La enfermera les acompañará para la visita. Y por mi parte, si no necesitan nada más hasta la tarde.

Les indicó la puerta del despacho, y salieron no sin antes agradecer al doctor por su interés para con el abuelo y su comprensión hacia ellos.

*Montse
salió,
visible-
mente
emociona-
da.*

Anexo al despacho del médico estaba el de la enfermera, quien les informó donde encontrar a Luis; exactamente en la tercera puerta de la izquierda, saliendo al pasillo. Al llegar frente a ella, ya les llamó la atención un importante detalle; sobre la puerta había, sólidamente pegada con tiras de papel adhesivo, una cuartilla en la que se podía leer en grandes caracteres: "VISITAS PROHIBIDAS". Y debajo, una aclaración justificativa, en forma discreta: "Por prescripción facultativa".

-Pasa tú primero-indicó José Antonio a Montse, sabiendo que era de los tres, la que con mayor impaciencia esperaba el momento de ver al abuelo. Montse asintió con la cabeza, giró suavemente la manivela de la puerta y cerró cuidadosamente después de entrar.

Los dos hombres esperaron unos interminables dos o tres minutos hasta que Montse salió, visiblemente emocionada y con el pañuelo secándose los ojos.

-¿Cómo está?-quiso saber José Antonio.

Montse negó con la cabeza la posibilidad de responder a esa pregunta, mientras **hacía un gran esfuerzo por no desmoronarse ante su hijo**. Y respondió, como pudo, dando instrucciones a Dani para su inminente visita. Los tres tenían asumido de forma implícita, que José Antonio sería el último en pasar.

-Dani, no te entretengas, ni te acerques demasiado, no sea que note nuestra presencia.

Entró con el mayor sigilo de que era capaz, y con el corazón encogido, después de haber visto la forma en que su madre se había afectado con la visita.

La habitación tenía una amplia ventana, cubierta con una cortina opaca, de forma que sólo entraba una tenue claridad al interior. Pero era suficiente para apreciar la escena en todo su dramatismo.

El yayo estaba boca arriba, con los ojos cerrados, respirando pausadamente con la boca semiabierta, y tapado con una simple sábana, que sólo le dejaba descubierto el rostro y el brazo izquierdo, a medio flexionar sobre el pecho. A ambos lados de la cama había dos soportes con, en total, tres frascos y sus correspondientes goteros y tubos, que llevaban su contenido hasta la sangre del abuelo, mediante una

cánula inserta en su muñeca izquierda. A la izquierda de la cabecera de la cama había un pequeño monitor donde se registraba el pulso del abuelo. El conjunto de cables y tubos con los que el abuelo estaba conectado a los distintos instrumentos, eran suficientes para impresionar vivamente a cualquiera que entrase en aquella habitación y topase súbitamente con aquella escena; cuánto más emotivo para aquellas personas que estaban unidas al abuelo por sólidos lazos de afecto. Dani sólo pudo contemplar la escena con claridad durante unos breves segundos; los ojos se le llenaron de lágrimas y en la garganta empezó a sentir una presión no habitual. Hizo un leve carraspeo para aliviar la presión de la garganta y el abuelo debió percibir su presencia porque respondió al tenue ruido con un gemido y un cambio de posición de la mano sobre la cama.

*hacía un
gran
esfuerzo
por no
desmoronarse
ante su
hijo.*

Dani decidió retirarse acordándose de las recomendaciones dadas por el doctor Torras. Salió de la habitación con los labios apretados y una rabia contenida ante su incapacidad para aliviar el estado del abuelo. Sus padres estaban tan atentos a su salida que, sin necesidad de cerrar la puerta, penetró en la habitación José Antonio, dejando en el pasillo a madre e hijo.

-¿Cómo lo has encontrado tú?- la pregunta de su madre estaba llena de ansiedad, como si el estado de salud del abuelo dependiera de cómo lo encontraba cada

uno que lo visitase.

-Mal; no sé por qué, pero no me parece nada bueno el que esté tanto tiempo sin tener conciencia. Y lo peor de todo es que no podamos hacer nada para solucionarlo. Lo que ha dicho el doctor me parece bien, pero a mí no me gusta verlo así.

-No te preocupes; Dios no querrá quitárnoslo-. Su madre quería transmitir tranquilidad; pero **en su rostro se leía la inquietud que quería apartar de su hijo.**

Ambos, madre e hijo hacían un gran esfuerzo para mantenerse íntegro cada cual delante del otro; cada uno de ellos estaba más preocupado por el otro que por sí mismo. Aquella situación hubiera acabado rompiéndose, tal vez por las dos partes, si no hubiera salido José Antonio, acabando con la tensión contenida que mantenían madre e hijo.

-¿Vamos?-les dijo sin hacer ningún otro gesto que indicarles con la mano la dirección de la salida.

Se despidieron de José Antonio a la puerta de la clínica porque él debía hacer varias gestiones en la ciudad.

Madre e hijo se encaminaron a casa, sabiendo ambos que tenían por delante un largo lunes de espera. Por el camino compraron algunas cosas de esas que siempre son necesarias en cualquier casa: artículos de limpieza, el periódico y algunas viandas.

Ya en casa, cada uno se encerró en su rincón con la excusa de adelantar en sus respectivos tra-

bajos, aunque la verdad de ambos era que no tenían ánimos para hablar de nada. Tan poco les interesaba el mundo exterior que ninguno de los dos tomó el periódico para hojearlo. Si lo hubieran hecho, habrían descubierto el gran contraste entre el ambiente festivo preolímpico que se respiraba en toda la ciudad, también en la prensa, y el preocupado y encogido de su propia familia.

Llamó Marta para interesarse por la salud del abuelo y para proponer a Dani el salir antes del mediodía a dar un paseo; pero él rehusó alegando un cansancio irreal. Quedaron en verse a la tarde para ir juntos a la clínica; Marta pasaría a recogerlo a las seis.

*en su
rostro se
leía la
inquietud
que
quería
apartar
de
su hijo.*

A media mañana telefoneó José Antonio diciendo que comería fuera, por lo que se verían directamente en la clínica.

Así tuvieron la ocasión madre e hijo de comer solos y hablar un poco de sus cosas. Ella hacía mucho tiempo que quería tener la oportunidad de comentar

con Dani el estado de sus relaciones y nunca, por una cosa o por otra, había llegado a sacar los temas que le quemaban en su corazón. Esta vez, por la especial circunstancia que vivían, parecía como que se encontraban todos más cerca unos de otros, y se hacía más fácil el plantear determinados temas.

La madre estaba preocupada por los continuos altibajos en el rendimiento escolar de su hijo y por el distanciamiento de los últimos años, cuya causa no lograba entender, aunque intuía la existencia

de problemas o inquietudes a las que era ajena.

Dani empezaba a sentir sobre su pecho el peso de los silencios que guardaba ante su madre; tenía sinceros deseos de acercarse a ella, y añoraba las relaciones de confianza que mantuvo con ella hasta el momento en que conoció que no era su hijo natural.

-¿Te importa que ponga la tele para las noticias?-dijo Dani, mientras preparaba la mesa a requerimiento de su madre, que daba los últimos toques a la comida de ambos.

-No, al contrario; yo también tengo ganas de oír algo que me distraiga de mis preocupaciones.

Comieron mientras comentaban algunas de las noticias del día servidas por la primera cadena de la televisión estatal.

-¡Qué desamparados vamos a quedarnos tú y yo si el yayo no se recupera!-soltó Montse a bocajarro, y a propósito de la noticia de un accidente de tráfico que estaban pasando por la tele, con resultado de dos muertos.

-¿Y tú por qué? Tú tienes tu trabajo y está papá. No entiendo el por qué de tu desamparo-.No quiso hablar de sí mismo; **pero él sí que se sentía desamparado sin el abuelo.**

-Ten en cuenta que la yaya Mercè murió, y yo quedé huérfana cuando tenía sólo dieciseis años, y el yayo fue el que me libró del desamparo en aquella ocasión, y desde entonces yo he vivido siendo siempre muy dependiente de él, aunque no te lo parezca. Y aunque tengo a papá y también te tengo a

tí, el yayo sigue siendo muy necesario para mí.

-Sí, pero más necesario es para mí; sin él me encontraría como muy desorientado-se atrevió a entreabrir la puerta de su alma a su madre.

-Tú tampoco estás sólo. Tu padre y yo estamos siempre a tu disposición. Aunque tú a veces no te das cuenta de eso. Quizás ocurre así porque tienes al yayo y a Marta, y si no los tuvieras acudirías más a nosotros.

La duda estaba sentada en su alma; no sabía si seguir abriendo la puerta a su madre o cerrarla definitivamente. Optó por dar un paso más adelante, en un intento de acercamiento que quizás su madre estaba también deseándolo.

-Para eso haría falta que vosotros estuviérais más disponibles. Y hasta ahora vuestro trabajo no os ha permitido dedicar mucho tiempo a mis cosas.-no se atrevió a decir mis problemas, que era lo que estaba pensando.

-Hijo, tienes toda la razón; y hasta me siento culpable de la situación; pero esto no tiene por qué seguir así. Para el próximo curso ya he decidido quedarme con clases sólo por las mañanas, y tendré todas las tardes libres, para tí y para el yayo. Creo que estoy en deuda con los dos y quiero devolveros de alguna manera el olvido en que os he tenido en estos años pasados.

Dani conocía muy bien lo que representaba la Facultad en la vida de su madre. Hasta la fecha ocupaba el primer lugar entre sus preocupaciones. La renuncia a una

*pero él
sí que
se sentía
desamparado
sin
el abuelo*

dedicación más intensa a su trabajo, era un sacrificio que él valoraba en lo que valía.

-Mamá, te agradezco que lo hagas, sobre todo pensando en que el yayo te necesitará cada día más. Ya se va haciendo mayor y no está bien que soporte él tanto peso de la casa, como viene haciendo hasta hoy-.Aun se resistía a seguir hablando de sí mismo.

-Dani, eres un cielo por tener esa preocupación por el yayo; pero cuando yo he tomado esta decisión, lo he hecho pensando principalmente en tí. Tengo la intuición de que hemos pasado unos años un poco distanciados y me gustaría mucho poder cerrar este paréntesis en nuestra vida.

-Puede que tengas razón, aunque creo que si hay algún paréntesis que cerrar, no basta con que digamos que vamos a cerrarlo. Hay que hacer algo más.-Estaba dispuesto a darle a su madre la oportunidad de entrar en su vida, pero debía ser ella la que diera los pasos precisos.

Él consideraba que con dejar la puerta abierta ya estaba haciendo un gran esfuerzo.

-Por supuesto que no; pero el proponérselo y confesarlo abiertamente es el primer paso para llevarlo a cabo. Yo estoy deseándolo. **Quiero mirarte a los ojos y no ver en ellos una muralla**, como ahora veo.-Y lo dijo mirándole a los ojos.

-Bueno, no te pongas trascendente. Yo estoy dispuesto a que desaparezca esa muralla; pero hemos de darle tiempo al tiempo.

El reconocimiento implícito de la existencia del problema y la

convicción y rotundidad con que expresó su buena disposición, lograron emocionar a su madre, que tuvo que responder con los ojos húmedos y la voz entrecortada por la emoción.

-Hijo, te quiero mucho y te agradezco infinitamente tus buenos propósitos.-Mientras lo decía se levantó de la mesa para acercarse a su hijo y tomarle la cara entre sus manos para darle un preciso beso en la mejilla.

-Yo también te quiero, aunque ya hace algún tiempo que no te lo digo-le devolvió el beso, embagado más por la emoción patente en su madre, que por lo que ella acababa de decir.

Montse pensó que Marta no debía ser ajena a la facilidad con que Dani le manifestaba su cariño a ella. Esa ternura era desconocida en él dos o tres años antes.

Habían acabado de comer casi como autómatas, y en la tele habían terminado las noticias y empezaba el programa de sobremesa, al que no estaban prestando ninguna atención.

Montse tomó el mando y apagó el televisor sin consultarle a él, sabiendo que no estaría interesado en nada de lo que estaban dando. Lo hizo así porque también quería pasar al punto central de la conversación.

-¿Preparo café o una infusión?

-Para mí café no; yo prefiero descansar un poco antes de que llegue Marta para irnos a la clínica; pero una infusión de poleo, si a tí te apetece, te acompaño a tomarla antes de retirarme.

*Quiero
mirarte
a
los ojos
y no ver
en ellos
una
muralla.*

Dani ayudó a levantar la mesa a su madre antes de pasarse al sofá a echarle un vistazo a La Vanguardia mientras ella calentaba el agua para la infusión.

Cuando la estaban tomando, Montse, como si no se hubiera interrumpido la conversación que habían mantenido en la comida, continuó con ella.

-Dani, hace un momento te he dicho que te quería, y tú me lo has dicho a mí, después de bastante tiempo en que no nos confesábamos de esta manera. ¿Te das cuenta de que me he emocionado?

-Claro que me he dado cuenta, y yo también un poco, aunque a mí se me nota menos que a tí.

-Pues ya que estamos de confesiones, quiero hacer-te una promesa, y si no te la hago ahora no me voy a quedar tranquila.

-Lo que tú quieras; pero a mí, para quererte, no hace falta que me hagas ninguna promesa.

-Ya lo sé, tonto, pero aun así quiero prometerte que en adelante no me vas a echar a faltar nunca más en tu vida.

-¿Y por qué dices nunca más? ¿Es que no estás tranquila respecto al pasado?

-Seamos sinceros, hijo; pues no, no estoy satisfecha conmigo misma, y **quisiera redimir el pasado con el futuro**.-Lo dijo tan seria que él se vio en la obligación de poner un poco de ligereza en la conversación.

-Está bien que no me faltes, pero tampoco quiero que me sobres, ¡eh!. Y hablando en serio, te diré que estoy seguro de que sabrás hacerlo bien, porque cuando te lo

propones eres obcecada como tu padre. Y para que este acuerdo no sea desequilibrado, yo también te haré una promesa. Y mirándola con determinación a los ojos, añadió:

-Yo te prometo que la muralla que hoy has visto en mis ojos caerá deshecha y no volverá a levantarse nunca más para tí.

-Hijo, no hagas promesas que no puedas cumplir; lo que acabas de decir es muy difícil llevarlo a cabo.

-Es que cuento con tu ayuda. ¿Qué te parece si nos echamos a descansar un poco y seguiremos más adelante?

-Estoy de acuerdo, y quiero decirte otra vez que te quiero, para desquitarme un poco.

quisiera

redimir

el

pasado

con

el

futuro.

-Yo también quiero desquitarme. Y te quiero.-Se besaron de nuevo con ternura y Dani salió hacia el pasillo mientras añadía:

-Si me duermo, llámame cuando llegue Marta.

-Descuida, lo haré.

Entró en su habitación y cerró la puerta, como era de costumbre, con la pierna.

Se echó sobre la cama, estirado cuan largo era, cara al techo, con las piernas separadas e inspiró profundamente para resoplar después con toda su fuerza.

Se sentía muy satisfecho de la conversación que había tenido con su madre; él había sido sincero y sabía que su madre también lo había sido; ella había dicho "redimir el pasado con el futuro"; aquello no iba a quedar en una simple conversación, sino que habría un antes y un después en las relaciones entre los dos.

Hasta dónde su abuelo era responsable de este cambio y de la decisión de su madre de desprenderse un poco de la Facultad, no lo sabía, pero estaba convencido de que no era del todo ajeno. Sospechaba, como su madre había apuntado, que las relaciones entre padre e hija eran más estrechas de lo que se podía observar a simple vista. Lo cierto es que ambos se entendían muy bien, sin necesidad de hablar en muchas ocasiones. Ya quisiera él en el futuro llegar con su madre a un grado de entendimiento similar. ¿Pero por qué no?. Los cimientos tal vez estaban puestos desde esa misma tarde.

Montse se hubiera quedado en el sofá si lo que pretendiera fuese sólo descansar; pero esa tarde le apetecía reflexionar y para eso el mejor de los sitios era la cama.

Recogió la tetera y las tazas y se marchó a su habitación, tendiéndose, después de apartar cuidadosamente la colcha, cara al techo, con las piernas estiradas y manteniendo el pie derecho montado sobre el izquierdo; las manos enlazadas bajo el pecho y los ojos cerrados, completaban su mejor forma de estar, cuando **se disponía, no a dormir, sino a rumiar sus ideas.**

Se sentía muy tranquila y satisfecha por la manera en que había ido la conversación con su hijo. No le cabía la menor duda de que el momento elegido había sido el adecuado, porque su hijo estaba especialmente abierto a las ideas positivas, influido por la

intensidad con que estaba viviendo la enfermedad de su abuelo.

Ella, que se consideraba una buena experta en la conducción de las relaciones humanas, hasta se hubiera sentido un poco culpable de aprovecharse de la situación, si no se tratase de su hijo, y si el fin que le guiaba hubiera tenido algún tinte de egoísmo; pero no era el caso, y se sentía plenamente optimista. Reconocía la importancia que en el resultado de la conversación con su hijo, tenía el influjo tan poderoso que ejercía su padre sobre Dani, así como el trance por el que estaba pasando ahora, que hacía al hijo tan dispuesto a recibir ideas y sugere-

ncias positivas, cara a su mejor comunicación con sus padres, y especialmente con ella.

El sueño le envolvió y despertó cuando alguien llamaba al timbre de la puerta.

Se levantó precipitadamente y abrió la puerta observando previamente, a través de la mirilla, la cara serena y jovial de

Marta.

En algo menos de media hora estaban los tres saliendo de casa en dirección a la clínica, donde llegaron sin demora unos minutos después que José Antonio, que ya esperaba impaciente la hora de recibir el parte médico.

Faltaba un cuarto de hora para la cita cuando pasó por el pasillo el doctor Torras y al verles allí esperando les indicó que ya podían pasar a su despacho, y así lo hicieron.

*se
disponía,
no
a dormir,
sino
a rumiar
sus
ideas.*

Las noticias que les dio eran positivas, sin ser excelentes.

El abuelo tenía todas sus constantes vitales controladas y se mantenía sedado porque consideraban que era el mejor medio de que se continuara recuperando.

Durante la noche le retirarían el suministro de tranquilizantes y, si la reacción a la mañana siguiente era adecuada, tal vez durante el día podría pasar a una habitación normal.

El doctor Torras aconsejaba que en este momento no se hicieran visitas para no distorsionar su absoluta calma.

Siguieron sus instrucciones y se despidieron hasta la mañana siguiente.

José Antonio propuso el tomar un refresco en alguna de las cafeterías de la zona y los cuatro se sentaron en una de ellas, en la Plaza Molina, donde estuvieron hablando de los planes, que habría que cambiar, para las inminentes vacaciones.

José Antonio dijo que hasta que el abuelo no estuviese recuperado totalmente no podrían pensar en trasladarse a Riels, y quedarían pendientes de lo que los médicos aconsejaran. Montse asintió, con toda la apariencia de haberlo comentado y acordado previamente con su marido, por lo que la propuesta de José Antonio no parecía tal, sino una comunicación formal a su hijo de lo que ya había decidido el matrimonio.

El matiz no pasó desapercibido a Marta, quien después lo comentó con Dani, durante el paseo que dieron Balmes abajo; y el

comentario lo hizo en un sentido completamente positivo, como queriendo hacerle a Dani la observación de que esa **era una buena forma de conducirse en las relaciones de pareja.**

Dani, que estaba viviendo un día en positivo, aprobó plenamente el comentario de Marta, acompañándolo en silencio con un apretón de la mano de ella que llevaba enlazada a la suya.

José Antonio y Montse, después de despedirse de los jóvenes hasta la hora de la cena, marcharon para la casa, sin hacer otras escalas porque José Antonio tenía aun algunos documentos que preparar y ordenar antes de cenar.

*era una
buena
forma de
conducirse en las
relaciones de
pareja.*

Cuando regresaron los jóvenes, la cena ya estaba casi a punto y Montse invitó a Marta a quedarse a cenar con ellos. Marta, sin hacerse más de rogar aceptó y llamó a su casa indicando que no la esperasen para cenar porque quedaba aquí con la familia de Dani. Era una forma de hacer que denotaba la ausencia total de inútiles protocolos en las relaciones entre Marta y su segunda familia.

Después de la sobremesa Dani acompañó a Marta a su casa y quedaron en que él la llamaría después de conocer el parte médico de la mañana.

El martes por la mañana las noticias fueron muy buenas. El abuelo estaba consciente y previsiblemente a media mañana lo pasarían a una habitación. El único aspecto negativo que hizo notar el doctor Torras era la debilidad del

abuelo. Había perdido una parte importante de sus energías, por lo que rogaba que las visitas durante los dos primeros días fuesen pocas y cortas.

Entraron a verle los tres y Dani quedó impresionado por la extrema debilidad de su voz, que parecía de otra persona. Casi permanecieron sólo el tiempo de saludarle, darle ánimos y unos calurosos besos de despedida hasta que le trasladaran de habitación.

Ya en el pasillo, José Antonio comentó que, a pesar del optimismo del médico, él no veía al abuelo muy bien; le preocupaba la importante pérdida de su vigor natural, pues tenía sólo un hilillo de voz, que traslucía su extrema debilidad.

Se despidieron de José Antonio, que marchó al despacho y Dani acompañó a su madre hasta el súper para comprar con ella y ayudarle a llevar las bolsas a la casa.

En la calle brillaba el sol de mitad de julio; pero por la cabeza de Dani pasaban, mientras encaminaban sus pasos al supermercado, las imágenes turbulentas de las luces del ocaso, de todos los ocasos que él conocía. Y la voz temblona de su abuelo no le parecía sino **el rayo fugaz del sol, que nos abandona en cada atardecer.**

Podría ser ahora y también podría ser unos pocos años más tarde; pero ese ocaso no admitiría demasiada demora.

Cómo le gustaría, pensó, que

el abuelo estuviera con ellos el día que él y Marta decidieran casarse; pero ¿qué podía hacer él para conseguirlo?

-Mamá, ¿tú cómo lo ves?-preguntó directamente, sabiendo que su madre andaba a su lado rumiando el mismo tema que él.

-¿Qué quieres que te diga?-La respuesta era también una pregunta, y una pregunta dicha con un tono escéptico, que captó su hijo, en todo su dramatismo.

-Quiero que me digas la verdad; lo que ahora estás pensando.

Montse se acercó más a él y, enlazando sus brazos, apretó su cuerpo contra el de su hijo.

-Tú y yo ya hemos hablado ayer de lo que necesitamos que él siga viviendo; yo estoy preocupada y tengo miedo de perderlo; me siento inerme y quiero que tú me ayudes si puedes hacerlo.

Se separó de él para abrir el bolso y sacar el pañuelo que necesitaba imperiosamente.

Entonces fue Dani el que se acercó y, pasando el brazo sobre los hombros

de su madre, a la que sobrepasaba en unos buenos diez o doce centímetros, le confesó sus temores.

-Mamá, tú siempre has sido la fuerte de la familia y ahora no te conozco; pero me gustas más así. Me gusta que no tengas reparos en enseñarme tus debilidades; es la única forma en que yo puedo ayudarte, y lo haré siempre que pueda; pero en este caso me parece que estamos los dos en la misma indigencia. Te quiero; es todo lo que puedo decirte en este momento-y la apretó contra sí, al tiempo que le daba un beso en la

*el rayo
fugaz
del sol,
que nos
abandona
en
cada
atardecer*

mejilla.

Montse le devolvió el beso sin decir palabra, y volvió a usar el pañuelo que aun no había guardado en el bolso.

Estaban a la puerta del supermercado. Entraron y compraron casi en silencio y regresaron a casa sin volver a intercambiar palabra sobre el tema que les había ocupado, y casi sin pronunciar otra cosa que monosílabos.

Los dos se percibían inundados de sentimientos contrapuestos.

Mordidos por el dolor y por la impotencia ante la apreciación que ambos hacían del estado de Luis, su padre y abuelo, y por otra parte dichosos y satisfechos de la evolución que andaban tomando las mutuas relaciones.

Ya de vuelta llamó a Marta y quedó con ella en pasar a recogerla para dar una vuelta por el centro aquella mañana.

Se despidió de su madre preguntándole, como no era habitual hasta entonces, si no le importaba quedarse sola en casa y ofreciéndole, si era así, el salir con ellos dos por la ciudad.

Montse insistió en que podía marcharse sin ningún temor, porque ella pensaba bajar de nuevo a la clínica para ver al abuelo, después de su traslado a la habitación, y así lo hicieron.

Ella bajó a la clínica donde le dijeron que no pensaban cambiarlo hasta primera hora de la tarde, por lo que regresó de nuevo a su casa.

Cuando José Antonio llegó para comer ya estaba la mesa puesta pero Dani no había regresado aún.

Llegó unos minutos más tarde pidiendo disculpas por la tardanza, debida a un cierto retraso del autobús que decidieron tomar para el regreso.

Montse dió la noticia del cambio de habitación previsto para la tarde y manifestó su deseo de quedarse en la clínica con su padre durante la noche porque, aunque no faltaba quien le cuidase, ella no se encontraría cómoda en su casa.

José Antonio no puso ningún reparo, y después de la comida Montse preparó una bolsa con sus cosas personales de aseo, pijama y la ropa indispensable.

Como José Antonio tenía que salir con el coche a visitar una obra, aprovechó para acompañar a Montse y Dani hasta la puerta de la clínica, y allí los dejó indicando que llamaría más tarde para conocer cómo se encontraba el abuelo.

Cuando llegaron les indicaron en recepción que ya lo habían cambiado y les dieron el número de la habitación, el cincuenta y tres.

Entraron sigilosamente y lo encontraron dormido y con las cortinas corridas por lo que sólo entraba una tenue luz, a pesar del luminoso día de julio que se estaba viviendo en la calle.

Junto a la cama había un amplio sofá-cama que ocuparía Montse a la noche, y allí mismo dejó la bolsa con la ropa para no abrir el armario mientras su padre dormía.

*Mordidos
por
el dolor
y por
la impo-
tencia.*

Se sentaron los dos en el sofá y esperaron en silencio mientras la habitación se fue llenando de luz, a medida que sus ojos se acomodaban a la escasa que entraba por los laterales de las cortinas, de tela metalizada y totalmente opacas.

En aquella penumbra, luminosa gracias al milagro maravilloso del ojo humano, permanecieron una media hora, alargada por imperativo del silencio que era necesario guardar. Y los dos estaban pendientes de cada cambio en el ritmo respiratorio del enfermo, y del curso de **sus pensamientos**, que, a buen seguro, **debían discurrir por el mismo sendero**.

El reposo se interrumpió por la entrada de la enfermera que venía a tomarle pulso, presión y temperatura.

Despertó a Luis llamándolo por su nombre y él abrió los ojos y vio inmediatamente a su hija y su nieto junto a su cama; pero no hizo ningún gesto de salutación, lo que era un nuevo indicio de su debilidad.

Cuando la enfermera terminó su rutinario control dijo, con un tono algo elevado, como si el enfermo estuviese sordo "Luis, todo está normal; ahora a dormir".

No hizo más comentario a los familiares allí presentes, que el indicar que lo que más necesitaba en su estado era tranquilidad. Y Montse ni siquiera tenía ánimos para decir "¿qué presión tiene?", como suelen preguntar los familiares de cualquier enfermo en tales circunstancias.

Esa pregunta la hacemos siempre ante una medida cuyo resultado no nos es en nada evidente; pero todos queremos conocerlo para juzgar por nosotros mismos sobre su benignidad o malignidad, queriendo aparecer ante los demás como capaces de interpretar el efecto que tendrá sobre la salud del enfermo el valor conocido.

Pero ni Montse ni Dani estaban con ánimos de andar montando escenas de especialistas en diagnosis médica; mas bien estaban pendientes de diagnosticar el estado del enfermo por cada una de sus inspiraciones, espiraciones o cualquier otro movimiento que llevase a cabo con cualquier parte de su cuerpo.

Montse se acercó a su padre, y colocando el dorso de su mano en su mejilla le ofreció su entrega:

-Papá, ¿necesitas algo?

La respuesta fue un simple movimiento de negación con la cabeza, sin abrir los ojos y sin pronunciar palabra alguna.

Montse puso su mano sobre la frente de su padre mientras añadía:

-Está bien, duerme. Y si necesitas algo estamos aquí.-Y retrocediendo se sentó en el sofá. Y Dani, que estaba de pie y en silencio a su lado, la imitó.

Ella no había dicho, "estoy aquí", sino "estamos aquí", y a su hijo no le pasó desapercibido el matiz, que le incluía a él también en ese estar al lado de su abuelo, cuando él más los necesitaba, aunque dijera que no, y aunque ellos no pudieran hacer por él

*SUS
pensa-
mientos
debían
discurrir
por el
mismo
sendero.*

otra cosa que estar allí.

La habitación estaba situada en la quinta planta de la clínica, en la fachada de Poniente, de forma, que a medida que avanzaba la tarde, el sol daba más de pleno en la fachada y se hacía necesario bajar la persiana para evitar no sólo la luz sino el calor directo del sol, aunque éste no molestaba gracias a la buena climatización de todo el recinto hospitalario.

Dani pidió la opinión favorable de su madre para bajar la persiana y mitigar un poco más la luz solar.

Después de hacerlo se sentó junto a ella y la invitó a que se recostase ligeramente sobre él para descansar algo más cómoda.

Cerró los ojos y así permaneció hasta que **el tenue rayo de luz**, que tenazmente se colaba por las ranuras de la persiana y por el lateral de la cortina, **le hacía guiños desde el techo de la habitación.**

En su reloj eran las cinco y media de la tarde. A esas horas del mes de julio el sol está todavía muy alto, y no es posible que sus rayos, entrando por la ventana, se estrellen en el techo.

Aquel rayo de sol había buscado la forma de llegar hasta el techo de la habitación donde estaba su abuelo, reflejándose en algún coche de la calle o en algún objeto brillante de cualquiera de los edificios próximos.

Aquel rayo de sol pertinaz, no quería escaparse sin dar su saludo al abuelo, por si el mañana era tarde para ello.

En efecto, el rayo de sol recorrió su camino por una parte del techo y acabó diluyéndose y desapareciendo.

El abuelo estaba allí y seguía descansando o durmiendo; respiraba pausadamente, como su madre, que se había dormido al calor de su pecho.

No se podía levantar para no interrumpir el descanso de su madre; y tampoco era necesario que lo hiciera porque su abuelo no necesitaba ninguna ayuda que él pudiera prestarle, y desde donde estaba podía verle directamente la cara, a pesar de la escasa luz, y la serenidad de su rostro era una buena señal, a pesar de su falta ostensible de expresividad.

*el tenue
rayo
de luz
le hacía
guiños
desde
el techo
de la
habitación.*

Entró una enfermera con una pequeña bandeja en la que llevaba un simple yogur.

-Luis, la merienda, vamos, ámate que te pongas fuerte y te vayas pronto a casa.-Corrió la cortina y levantó un poco la persiana produciendo el deslumbramiento de Montse y de su hijo.

Pero Luis no abrió los ojos.

-¿Se lo da usted?-añadió dirigiéndose a Montse.

-Sí, déjelo ahí, por favor.

La enfermera dejó la bandeja sobre la mesita-camarera y salió sin hacer ningún otro comentario.

Montse se acercó a su padre, y colocando la mano sobre su frente le estimuló a reaccionar.

-Papá, vas a tomar un yogur, ¿te lo tomas tú o te lo doy yo?

Luis encogió los hombros como dejando la decisión en manos de su

hija. Entre ella y Dani incorporaron un poco la cama y con muy pocas muestras de ninguna forma de expresión, Luis fue tomando y tragando cada una de las cucharadas del yogur hasta que Montse lo dio por acabado.

Se le veía muy cansado y Dani se acordó de la recomendación del doctor Torras, en el sentido de que lo que necesitaba era descanso y pocas y cortas visitas.

Poco después llegó Marta y tras una corta estancia en la habitación, y a ruego de Montse, se marcharon los dos a dar una vuelta, con el encargo de llamar a su padre antes de que él llamara y pudiera distorsionar el descanso del abuelo.

Volvió Dani, después de dejar a Marta en su casa, y vino a la clínica con el propósito de quedarse con el abuelo mientras su madre salía a cenar algo. También llegó José Antonio, y Dani rogó a sus padres que se marcharan los dos a cenar, mientras él se quedaba de guardia.

El abuelo se había animado un poco y había cenado a medias; y los dos bajaron a la cafetería de la clínica mientras Dani se quedaba con su abuelo.

-Yayo no te hagas más el malo y anímate que aun he de darte caña en algún partidillo de tenis.

El abuelo sonrió mientras le miraba; pero en sus ojos había una fuerte dosis de escepticismo. Y con una débil voz, y haciendo un gran esfuerzo le replicó, queriendo ser jovial:

-Ya me gustaría darte la caña yo

a tí; pero ya no puedo contigo.

Dani se acercó a su abuelo lo suficiente como para indicarle que lo que le iba a decir era un secreto:

-Y no te mueras hasta que cobres mi deuda ¿entendido?

-Me muera o no, ése será mi regalo de boda para tí.-**El abuelo se había puesto muy serio** como queriendo dar solemnidad a su respuesta.-El día que te cases estaremos en paz. Es para tí y para Marta, que también se lo merece.

-Yayo, contigo no hay quien pueda.-Le dio un cálido beso en la frente, y continuó-. Y yo te necesito; de manera que saca todas tus fuerzas para recuperarte lo más pronto posible.

*El
abuelo
se había
puesto
muy
serio.*

Volvieron sus padres y se despidieron los dos hombres de Montse y de su padre, deseándoles un buen descanso y recibiendo las instrucciones de Montse para que hicieran una cena fría al llegar a la casa.

Dani sacó unos fiambres del frigorífico para apaciguar las escasas ganas que tenía de tomar nada de cena; y teniendo pocas cosas de que hablar y pocas ganas de hacerlo, se despidieron, con el propósito de madrugar para acudir a la clínica y conocer la forma en que había pasado la noche el abuelo.

Dani se dejó caer sobre la cama después de colocarse el pijama y apartar la colcha.

Pensaba en lo poco que hablaba con su padre y cómo se podía explicar eso, teniendo en cuenta

que tampoco es que hubieran surgido grandes conflictos entre ellos.

Pero lo grave del caso, era que tampoco encontraba un vacío donde no existía esa comunicación. En cambio, con su madre, cuando no mantenía la línea abierta, lo echaba a faltar y buscaba la forma de solucionarlo. Por eso estaba tan contento después que en los últimos días había tenido la ocasión de profundizar los contactos con su madre y establecer un nuevo marco para el futuro.

¿Qué estaba pasando con las relaciones que debía mantener con su padre?

Había una posible explicación. Era el abuelo. El abuelo estaba ejerciendo de padre y él había arrinconado y arruinado los contactos con su padre en beneficio de la comunicación con el yayo.

Su padre tampoco se había quejado de la falta de comunicación, seguramente agobiado por su trabajo. Pero **él no estaba siendo justo con su padre**, a quien tenía casi ignorado en su vida.

Sí, con toda seguridad era esa la causa. Él sentía ese hueco bien cubierto por el yayo, y ni se había enterado, en mucho tiempo, de la existencia de su padre.

Algo debería hacer por aquel hombre que, sin ser su padre natural, había aceptado la carga de criarlo, educarlo y darle todo lo que tenía, sin esperar nada a cambio. ¿O quizás sí que estaba esperando algo que él no había sabido darle?

Sin haberse dado cuenta del caso, era evidente que tampoco

tenía que sentirse especialmente culpable; pero ahora, después de lo largo que se hizo el trayecto entre la clínica y la casa, bajo un silencio plomizo, era consciente de los pocos temas de conversación que tenía con su padre, y estaba decidido a poner remedio para reparar la injusticia que estaba cometiendo.

Se despertó cuando su padre entró en la habitación y andaba zarandeándole.

-Dani-oyó decir mientras volvía a la realidad de aquel miércoles de julio-, si quieres quédate un rato más en la cama y después vas tú a la clínica. Pero es que a mí se me hará tarde si no me marcho ya mismo.

-No me quedo, voy contigo si me esperas dos minutos-fue la respuesta tajante, al tiempo que se incorporaba y ya se dirigía al baño.

Desconocía en aquel momento sus últimas reflexiones antes de quedarse dormido la noche anterior; pero algo dentro de sí, le indicaba que no era lícita otra respuesta a su padre.

No se duchó, como tenía por costumbre, en aras de que su padre no hiciese tarde para ir al despacho.

-Desayunaremos abajo-dijo José Antonio, mientras tomaba su cartera y las llaves.

Antes de bajar al garaje entraron en la cafetería próxima a la casa y pidieron un café con leche y un croissant para cada uno.

-Papá, a ver cuando tienes un

*él
no
estaba
siendo
justo
con
su
padre.*

poco de tiempo y reanudamos nuestros partidos de tenis-.Lo dijo con un empuje que a él mismo le produjo asombro.

-Cuando tú quieras; eres tú el que no tienes mucho tiempo para jugar conmigo; entre tus estudios y Marta te tienen la agenda muy llena.

-No digas eso, porque para dedicarte un par de horas a la semana, siempre buscaré el hueco; hace falta que tú lo tengas.

-Yo lo tengo siempre para tí; pero me parecía que jugabas más a gusto con el yayo que conmigo.

-Bueno, es diferente; con el yayo me he divertido mucho; pero ya ves, no creo que en adelante podamos seguir jugando. Y aunque pudiéramos, yo quiero poder jugar contigo regularmente, si tú también quieres-.Se había dado cuenta a tiempo para enmendar, porque no quería que su padre creyera que era simplemente un sustituto, en ausencia del abuelo.

-Pues no se hable más, y por mí hecho; un partido semanal, y si quieres, pasado mañana viernes por la tarde podremos inaugurar esta nueva etapa.

-Hecho-dijo escuetamente al tiempo que sonreía a su padre y levantaba la mano para encontrar la de su padre y chocarla en el aire, como dos buenos colegas.

Pagó José Antonio el desayuno y salieron de estampida hacia la clínica.

Dani sentía su alma voladora, y **apreciaba que a su padre le salía la alegría por los ojos.**

-¡Qué poco cuesta hacer felices a los que queremos!-se decía,

ya sentado como copiloto, junto a su padre, mientras manipulaba la radio para encontrar una música que sintonizara con sus sentimientos de gozo.

-¿Cómo estás de cuartos?.

-Voy bien, mamá me dio dos mil pesetas el domingo y todavía me quedan quinientas.

-Toma mi cartera y saca mil o dos mil, ¿qué vas a hacer con quinientas pesetas y una novia a quien invitar?

-Ni te lo pienses, estos tiempos son distintos a los tuyos; Marta y yo vamos a medias en todo.

-Pues tienes suerte; pero más vale que vayas preparado por si acaso. Y si no tienes otra cosa en que gastarlas te compras unas buenas pelotas, para estrenarlas el viernes.

-Pues así lo haré, porque las que tenemos están ya pidiendo un reposo.

Su padre no se preocupaba habitualmente de sus necesidades de dinero, y él acudía siempre para estas cosas a su madre y, en último caso, a su abuelo, pero nunca a su padre.

Este gesto merecía tenerlo en cuenta, porque a buen seguro era ya la reacción a su propio cambio de actitud respecto de su padre.

Llegaron a la clínica, y se encontraron con la agradable sorpresa de que el abuelo había dormido muy bien, ya había desayunado por sus propios medios y estaba semiincorporado en la cama y esperándolos.

Montse estaba pletórica con esta evolución tan positiva de su padre.

*apreciaba
que
a su
padre
le salía
la
alegría
por los
ojos.*

Charlaron y bromearon con el abuelo, que aun estaba algo débil, y José Antonio se despidió de su familia hasta la hora de comer.

Dani propuso a su madre que bajara a desayunar y él se quedó con el abuelo, a quien **le había vuelto la vida, y una brizna de alegría, a la mirada.**

-Yayo, menos mal que has resucitado, porque ayer nos tenías a todos en vilo.

-Pues estaba tan bien como hoy, lo que ocurre es que os quería hacer padecer un poco para ayudaros a ganar el cielo.-En realidad aun no se sentía muy bien; pero ya tenía humor para hacer un poco de broma y poder así levantar el ánimo de los que le rodeaban, que andaba bastante por los suelos, y él lo sabía muy bien.

-Bueno, pues preocúpate más de tí y menos de los demás, que nosotros tendremos seguramente más tiempo que tú para ganarnos ese cielo que tú nos deseas. ¿Has desayunado bien?

-Comida de hospital, ¿cómo quieres que sea? Pero me lo he comido todo y con bastante gana.

-¿Necesitas algo? ¿Quieres algún periódico o revista?

-No, hijo; lo que necesito es descansar; aunque me gusta hacer broma y contigo más que con nadie, lo que siento es que tengo el cuerpo molido y prefiero descansar un poco.

-Pues muy bien, eso es precisamente lo que ha dicho el médico, que te dejemos descansar. Pero como hemos estado estos tres últimos días tan preocupados, ahora que te vemos tan cambiado, ya nos

parece que estás del todo bien, y abusamos de tu buen ánimo.- Entonces se acordó Dani de que aun estaba en la puerta el cartel aconsejando restringir las visitas, por prescripción médica. Y añadió:

-A tus colegas del club no hemos dicho nada porque el médico nos ha recomendado que no vengam muchas visitas; pero si tú quieres que avisemos especialmente al alguien dímelo y lo haremos.

-No, no hace falta. Y gracias.

Volvió Montse y su hijo propuso que se diera una vuelta por la casa y se quedase allí hasta que quisiera, pues él se quedaría con el abuelo. Y añadió:

*le había
vuelto
la vida,
y una
brizna
de
alegría,
a la
mirada.*

-Además tú no te vas a quedar esta noche, porque ya está mejor el yayo y de quedarse alguien con él, quiero ser yo.-Lo dijo con una firmeza y una autoridad que su madre no tuvo nada que objetar, y él mismo quedó admirado de su propia capacidad de convicción.

Bien-dijo Montse con un tono de segunda intención que quería ser manifiesta-, pues entonces me vuelvo a marchar, ya que veo que ninguno de los dos me necesitais. Si quereis que os traiga algo...

-Mamá, perdona; no quería ser tan tajante.-Lo dijo tomándola por el brazo y haciendo un poco de presión para ser más convincente.

En efecto había picado el anzuelo tendido por su madre; pues reaccionó enérgico ante el riesgo de poner en peligro el excelente clima que él había logrado establecer unos días antes con ella.

-Te he tendido una inocente trampa; me divierte hacerlo, pero si a tí no te gusta procuraré reprimirme.

-No seas tonta y no te reprimas; soy yo el que tiene que aprender a encajar tus bromas. ¿Te quieres quedar un momento con el yayo mientras yo bajo a comprar el periódico?

-Ve sin prisas; yo tampoco las tengo para marcharme.

Bajó de la quinta planta en el ascensor y salió a la calle con un optimismo que en nada se parecía al de dos o tres días antes. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde el pasado sábado, cuando llegaron a casa después del concierto de María del Mar Bonet y encontraron al abuelo sin conciencia en el baño!.

Hacía un día radiante, que prometía ser caluroso, aunque a esta media mañana aun se caminaba con agrado por la calle. Subió la calle de Balmes hacia Plaza Molina donde él sabía que había un quiosco de prensa. Pidió La Vanguardia, la pagó y la plegó sin leer ni los titulares, pues sabía que tenía toda una mañana para comentar su contenido con su abuelo. Regresó a buen paso a la clínica para que su madre se marchara cuanto antes, pues estaba allí desde la noche anterior, y al menos necesitaría asearse y cambiarse en la casa.

Al llegar a la habitación le informó su madre de que la enfermera le había dicho que el doctor Torras iba a pasar la visita a Luis pronto; y ella decidió esperarse para conocer el criterio del médico ante el positivo cambio

experimentado en su padre.

Aun estaban comentando esa novedad cuando se presentó el doctor, seguido de la enfermera.

Traía en sus manos el informe elaborado con todas las pruebas y cambios habidos desde que ingresó el abuelo. Preguntó directamente a Luis por su estado y él respondió de forma coherente, indicando que salvo que se sentía cansado y una cierta presión en la cabeza, por lo demás estaba bien y con ganas de abandonar aquel lugar.

El médico le aseguró, con un buen humor, que eso sería pronto, pues si en las próximas cuarenta y ocho horas se portaba bien lo echarían de allí para que diera guerra en otra parte.

*él buscó
su mirada
directa
y había
en ella
como una
sombra
de duda.*

Abandonó la habitación seguido de la enfermera y de Montse, que quería oír algo más del médico, en ausencia de su padre, lo cual era lógico.

Dani permaneció en la habitación a pesar de su vehemente deseo de salir para escuchar también él lo que el doctor pudiera decir; pero consideró que no era oportuno abandonar al abuelo en aquellos momentos que, también para él, eran de tensión aunque hiciera todo lo posible por quitarles el hierro que tenían.

En unos momentos entró su madre y confirmó que el doctor no había añadido nada nuevo a lo ya dicho en presencia del enfermo; pero **él buscó su mirada directa y había en ella como una sombra de duda**, que no quiso desvelar ni a su padre y a su hijo.

Se marchó y Dani le rogó que no volviese hasta después de la comida y de la siesta, pues él

podía comer en la cafetería de la clínica, después que hubiera comido su abuelo.

Se dispuso a leer el periódico y comentárselo al abuelo, pero éste le manifestó que estaba un poco cansado y prefería descabezar un sueñecito, que le haría bien a la presión que sentía en la cabeza.

-Mejor-dijo Dani-, mientras tú descansas yo salgo al pasillo a llamar a Marta; si me necesitas no tienes más que llamar a este timbre y yo veré la luz de la puerta y entraré.

Corrió las cortinas para aminsonorar la intensidad de la luz y salió, dejando la puerta de la habitación entornada.

Buscó la cabina telefónica de pared y se dirigió a ella; pero no marcó el teléfono de Marta, sino el de su casa. Su madre no había llegado todavía y saltó el contestador, pero no dejó mensaje alguno sino que colgó y se paseó por el largo pasillo, de lado a lado, durante diez largos minutos, antes de repetir la llamada.

A la segunda señal de llamada, la voz de su madre sonó cálida al otro lado del hilo.

-Dígame.

-Mamá, no te asustes, que no pasa nada. Se trata sólo de que me digas qué es lo que te ha dicho el doctor Torras en el pasillo; cuando has entrado he visto una cierta preocupación en tus ojos.

-Dani, eres un sol, y siento no ser más original porque ya te lo he dicho varias veces en los últimos días; pero es que no se me ocurre una palabra mejor para

expresar lo que quiero decir con ella. Te quiero; eso también te lo he dicho, lo que confirma mi falta de originalidad.

-Mamá, gracias por todo; pero yo no te he llamado para esto; perdóname, pero en este momento tengo la impresión de que estás queriendo divagar por no decirme lo que tienes que decirme.

-Dani, cariño; no es nada de eso, es que estoy muy orgullosa de tí, y en este momento lo que menos podía esperar yo era tu llamada para interesarte por esto; y me enorgullece que hayas visto en mis ojos esa leve nube. No pienso ocultarte nada. Es verdad que había una nube. El doctor ha repetido lo que ha dicho dentro de la habitación: que si en los dos próximos días no hay ninguna complicación podremos venirnos tranquilos a casa, y ha añadido que lo que más le preocupa en este momento es esa presión que él siente en la cabeza; que es por ahí por donde pueden venir los problemas en estos dos días, y que

debemos estar vigilantes a cualquier reacción extraña; ésa es la nube que tú has visto, y a mí me enternece tu atenta observación.

-De acuerdo. Gracias por tu confianza en mí. y que sepas que yo también te quiero; y tú también me enterneces, aunque a mí me da vergüenza reconocer que me enternezco, porque **eso de la ternura parece en nuestra sociedad que es cosa de mujeres.** Tómame el descanso que necesites y no vuelvas hasta después de la siesta; yo vigilaré como el doctor ha dicho. Un beso y hasta luego.

eso de la ternura parece en nuestra sociedad que es cosa de mujeres.

-Adiós, hijo; un beso también y cuídate-. Esperó a escuchar que su madre había colgado y entonces colgó él también.

Llamó a Marta y le dio la buena noticia de la evolución favorable del abuelo. Le anunció que esa noche se quedaría él en la clínica y le pidió a ella que se acercase a ver al abuelo por la tarde cuando hubiera llegado su madre para así poder salir los dos a pasear un rato. En eso quedaron y con todo resuelto se encaminó a la habitación de nuevo para no faltar demasiado tiempo.

Entró sigilosamente y se apercibió de que el abuelo dormía plácidamente. En silencio se sentó en el sofá dejando la habitación en la penumbra.

El descanso no duró más allá de media hora; fue interrumpido por las dos auxiliares, que entraron sin demasiados miramientos, para asear al enfermo y cambiar la ropa de la cama y las toallas del baño.

En pocos minutos estuvieron listas, y se marcharon con el mismo desenfado con que habían llegado.

-Yayo, ¿cómo te encuentras? ¿quieres que te lea un poco La Vanguardia?.

-No, hijo, gracias; pero prefiero seguir descansando; tengo como una especie de pesadez en la cabeza y el descanso es lo que me irá mejor.

-Tienes razón. Te cerraré otra vez la cortina y puedes seguir descansando.-Aquella pesadez en la cabeza, era precisamente el punto en que el doctor Torras había insistido que le preocupa-

ba; el descanso y las horas de sueño seguramente eran el mejor tratamiento. Y añadió:

-Yo me quedo aquí contigo y también voy a descabezar un sueño, si lo puedo coger.

A la tenue luz que se colaba por los lados de la cortina, desplegó el periódico y fue pasando sus páginas que venían llenas de noticias directas o relacionadas con la inminente celebración de los Juegos Olímpicos. Cuando llegó a las páginas de anuncios lo cerró y dejó sobre el sofá cuidadosamente plegado.

Buscó una postura cómoda, ligeramente recostado, y fue perdiendo la noción del tiempo, **concentrado en la respiración pausada y profunda de su abuelo.**

concentrado en la respiración pausada y profunda de su abuelo.

Se despertó a la entrada de la camarera con la bandeja, conteniendo la comida del abuelo.

-Luis, aquí está la comida, venga, a comérsela toda. ¡Buen provecho!-Y salió dejando la bandeja sobre la mesita-camarera.

Corrió la cortina y se dispuso a servir la comida del abuelo.

-Vamos yayo; te voy a subir un poco la cama para que comas más cómodo. ¿Quieres que te dé yo, o prefieres comer tu mismo?. Primero te has de tomar estas dos pastillas-. Le fue hablando sin esperar sus respuestas, al tiempo que preparaba la cama, colocaba la mesita-camarera y servía agua en el vaso para facilitar a su abuelo la toma de las pastillas. De todas formas el abuelo tampoco estaba muy hablador.

-Déjame que yo coma solo; creo que

puedo hacerlo bien.

Se lo comió todo, dos platos y un yogur, mientras su nieto permanecía en pie junto a él y atento a cualquier cosa que pudiera necesitar y estimulándole a seguir comiendo hasta acabar con todo, postre incluido.

Sacó la bandeja y apartó la mesita de la cama.

-Quieres que te ponga horizontal o prefieres quedarte así levantado de momento.

-Déjame como estoy, que para estar horizontal tenemos mucho tiempo por delante.

-Yayo, no seas aguafiestas. Hace un par de días estabas hecho una porquería y no se te ocurrían tantas tonterías.

-Por eso mismo. No creas que no haya pasado yo un poco de miedo. Siempre he dicho que no me importaba morir, y en cambio cuando he visto las orejas al diablo, me daban tiriteras pensando en la posibilidad de que me hubiera llegado mi hora.

-Yayo, eso debe ser un sentimiento común a todo el mundo. Yo nunca he pensado en la muerte como una posibilidad inmediata porque nunca me he visto en el aprieto de sentirla cerca de mí. No sé lo que pensaré cuando la vea acercarse con su cara descarnada. Y tú ahora-añadió intentando dar mayor confianza a su abuelo-, cuando te permites pensar en esa tontería de la horizontalidad es porque también la ves lejos de tí.

Quería tranquilizarlo, pero en su fuero interno él mismo no dejaba de estar preocupado por aquella molestia que permanecía en la

cabeza de su abuelo, y **la inquietud proyectaba su sombra alargada sobre él.**

-Bueno, ¿tú no vas a comer?

-Sí, cuando tu quieras que te baje la cama, te dejo descansando y yo bajo a la cafetería a tomar cualquier cosa.

-Pues cuando quieras-. Su abuelo se mostraba preocupado porque su nieto comiera cuanto antes, puesto que él ya había comido.

Puso la cama en posición normal, corrió la cortina y colocó el timbre de aviso al alcance de la mano de Luis.

-Si necesitas algo, llamas al timbre y la enfermera viene en un momento. Yo tardaré unos minutos en volver; tú puedes echar una siestecita mientras.

-Por mí no tengas prisa y come tranquilo.

-Vale, yayo, pues hasta ahora mismo.

*la
inquietud
proyecta-
ba
su sombra
alargada
sobre él.*

Tardó algo menos de media hora en tomarse un bistec con patatas, una pera y un café.

Cuando volvió, entró con sumo cuidado y logró llegar al sofá sin despertar a su abuelo, que dormía profundamente.

Pensó que cada hora que pasaba descansando era un paso importante hacia el final feliz.

Si todo transcurría como el doctor Torras había dicho podrían abandonar la clínica el viernes y, antes de marcharse, debía acordarse de preguntar al médico si su abuelo podría acudir a la inauguración de los Juegos Olímpicos el sábado por la tarde, como tenían previsto hacer desde hacía ya un año, en que tuvieron que encargar

las entradas. Cuando se las concedieron, el abuelo tuvo un gran interés en pagarlas él de sus ahorros porque era la invitación que él quería hacer a su nieto, con motivo de una celebración tan especial. **Las entradas de ambos las guardaba el abuelo**, y sólo él sabía donde estaban, lo que no era ningún problema porque aun tenía buena memoria, a pesar de que frecuentemente se quejaba de que la andaba perdiendo.

Se recostó un poco en el sofá y sin quedarse dormido, tampoco estaba despierto; era esa especie de somnolencia que nos permite descansar sin perder del todo el contacto con la realidad.

Así permaneció poco más de media hora hasta que se abrió despacio la puerta de la habitación y sobre el pasillo iluminado quedó recortada la silueta serena de su madre.

-¡Psss!- Se incorporó y se aproximó a su madre para susurrarle al oído, al tiempo que le dejaba un tierno beso en la mejilla- está dormido y es mejor no despertarle.

Tomó la bolsa que traía ella con las cosas personales de su hijo, por si definitivamente se quedaba aquella noche con el abuelo, y la dejó sobre el sofá, al tiempo que la invitaba a salir al pasillo.

Salieron y dejaron la puerta entornada, colocándose a la distancia precisa para oír cualquier ruido del interior y para que su conversación no llegara a entrar por aquella puerta.

-¿Qué tal? ¿Has comido sola o

ha venido papá a comer contigo?.

-Sí, hemos comido los dos en casa. Y tú, ¿Qué has comido?.

-Un bistec con patatas y un yogur, y aunque sabía un poco a hospital, estaba bien. La carne era tierna; no se puede pedir más en la cafetería de una clínica.

-Y el yayo, ¿ ha comido bien?

-Muy bien, se lo ha comido todo y ha descansado desde que tú te fuiste hasta ahora, aparte del rato que ha estado comiendo. Yo creo que está recuperándose muy bien; ha estado incluso haciendo bromas y eso es buena señal, ¿no te parece?-No quiso decir ni una palabra acerca de la pesadez que el yayo le había confesado sentir.

No adelantaría nada con preocupar más a su madre; ya era suficiente con que él estuviera preocupado.

-Por supuesto; si está de buen humor es que se encuentra bien.

Yo debía quedarme esta noche también; pero si está tan bien y a tí te gusta estar con él puedes quedarte. Por si acaso he traído tu pijama, el cepillo de dientes y una muda. Si necesitas algo más podemos telefonar a papá para que pase por la casa.

-No necesito ninguna otra cosa; para pasar la noche tumbado en el sofá ya tengo suficiente. Y si se me ocurre algo, puedo yo mismo ir porque dentro de poco vendrá Marta y quiero pedirte que te quedes un poquito aquí con el yayo mientras damos una pequeña vuelta, y entonces ya te podrás marchar cuando quieras.

-Ah, muy bien; yo me marcharé después con papá, que vendrá al salir de la oficina, y nos queda-

*Las
entradas
de
ambos
las
guardaba
el
abuelo.*

remos hasta que tú y él hayais cenado. Por cierto, hablando de papá, me ha dicho que inaugurais el viernes una nueva temporada de tenis; eso está muy bien.

-Bueno, jugaremos el viernes y después ya veremos con qué frecuencia podemos hacerlo.-Estaba seguro de que esa alusión a la conversación que él tuvo con su padre no era casual. Ella no hacía nada al azar; era como una apisonadora (en el buen sentido), hija de su padre, era como el yayo de sus mejores tiempos; no como el de ahora que había perdido ya tantas facultades. Su padre y su madre se habrían confesado mutuamente las conversaciones que él había tenido con cada uno de ellos.

En ello no había nada reprochable; **eran sus padres, al menos desde el día que lo adoptaron;** pero también podría ser igualmente aceptable el que cada uno hubiera guardado en su intimidad las confesiones hechas por él. Sin embargo, la alusión de su madre era claramente indicativa de que lo habían hablado y ella quería chequearle para conocer su reacción y confirmar que las impresiones que le hubiera contado su marido estaban en línea con la realidad o se desviaban de ella. ¡Buena era su madre, y tan poquita cosa como parecía!.Tenía ganas de darle un beso y había de buscar una excusa, y la encontró.

-Tú no tienes que estar celosa-dijo, al tiempo que se acercaba hacia ella y le dejaba un suave beso delante del oído-; también jugaremos nosotros ahora que tú estarás más tiempo fuera de la Facultad, y yo tengo cancha para

los dos.

-Tú lo que eres es un descarado, que no tienes piedad de tus ancianos padres-. Lo dijo muy seria y consiguió el efecto que perseguía: Arrancar la sonrisa de complicidad de su hijo.

-¡Hola!, ¿cómo está el yayo?- Fué la escueta salutación de Marta al salir del ascensor, y antes de dar un beso a Montse, en primer lugar, y después a su novio.

-Ha pasado el día bien y está descansando-.Contestó la madre, habiéndole cedido la palabra Dani, que no quería tener protagonismo en esta materia.

-¿Entonces?- La pregunta era escueta pero la interpretación era clara. Marta quería saber si era conveniente entrar a la habitación.

Fue también Montse la que hizo la propuesta.

-Si quereis podeis ir a dar una vuelta y después, cuando vengais, nos marchamos las dos, dejando aquí a Dani, que se quedará esta noche con él.

-Me parece muy bien,¿y a tí, Dani?.

-Si, de acuerdo, cuando quieras nos vamos;-él estaba satisfecho con que este plan hubiera parecido ser obra de su madre.

Se despidieron y salieron en dirección hacia el centro de la ciudad que aquel día y en aquel atardecer estaría a rebosar de gentes de todo el mundo que empezaban a llegar a la ciudad para el ya inminente acontecimiento de impacto mundial. Tomaron uno de los autobuses que baja por Balmes hasta las proximidades de la Plaza de Cataluña. Desde allí bajaron

*eran sus
padres,
al menos
desde
el día
que lo
adoptaron*

caminando despacio por las Ramblas hasta el Moll de la Fusta, y a la orilla del Port Vell se confirmaron en su amor con un apretado abrazo, que no era el primero del día, ni sería el último. Dani quería estar eufórico y comunicativo para alejar la sombra del fantasma que llevaba dentro. Tampoco dijo a Marta la forma concreta del fantasma; sólo le indicó que el médico había dicho aquella mañana, que los dos días siguientes eran muy importantes en la evolución del yayo. Con ella, desde que confirmaron definitivamente su noviazgo, era yayo la palabra que siempre usaba cuando se refería a su abuelo; era la más cargada de cariño que conocía.

Y ella también lo hacía porque se sentía como nieta adoptiva, igual que su novio.

Se hacía tarde y tomaron uno de los autobuses que suben por Vía Layetana y calle Lauria, hasta la Diagonal. Desde allí a la clínica hay una suave subida que hicieron a pie.

El abuelo había cenado cuando llegaron y tenía muy buen aspecto, animado por la presencia de su grupo familiar en pleno; incluida Marta, que también formaba parte del clan, según él lo creía.

Dani bajó a la cafetería acompañado de Marta; él tomó algo de cena y ella sólo una bebida.

Cuando volvieron ya descansaba el yayo y se mantenía despierto asistiendo, sin participar mucho, a la conversación entre José Antonio y Montse.

De hecho sus padres estaban esperando el regreso de los jóvenes para marcharse y dejar al abuelo descansar.

Tan pronto salieron de la habitación Luis pidió a Dani que bajara la luz a su mínima intensidad para dormir, porque se encontraba cansado después de la continua charla durante las pasadas horas.

A Dani le llamó la atención tanto cansancio, sabiendo que su madre era extremadamente cuidadosa y no habría estado dándole charla toda la tarde.

-Yayo, yo también estoy cansado y lo que vamos a hacer ahora mismo es dormir los dos.

No quiso abrir el sofá-cama ni usar el pijama que le había traído su madre.

Se descalzó, deseó las buenas noches a su abuelo con un beso, apagó la luz y se echó a lo largo del sofá con sus vaqueros y su camisa de manga corta a cuadros azules también puesta.

De la calle llegaba el resplandor de la ciudad, tenue a través de la cortina; pero suficiente para moverse dentro de la habitación sin necesidad de encendar otra luz y sin riesgo de tropezar con los escasos muebles que contenía.

-Yayo, yo voy a dormir con un ojo abierto; si necesitas algo me llamas.

-De acuerdo; tú descansa tranquilo; puedes cerrar los dos ojos, que yo me pienso pasar toda la noche en un sueño. Hasta mañana.

-Hasta mañana, yayo.

Se tumbó de costado, con la

*Y ella
se sentía
como
nieta
adoptiva,
igual
que
su novio.*

vista puesta en la cama porque le parecía que era la forma de vigilar mejor cualquier movimiento de su abuelo.

Cuando se levantara por la mañana-pensaba-, ya habría pasado la mitad del tiempo que había fijado el doctor como crítico; y seguramente el segundo día lo sería menos; a medida que el tiempo avanzaba el proceso de recuperación tenía que avanzar también.

Si dormía bien, probablemente a la mañana habría ya desaparecido la pesadez de la que le había hablado el abuelo, y el día siguiente debía encontrarse mucho más comunicativo y optimista de lo que lo había sido este pasado día.

Debía acordarse de comprar las pelotas de tenis para jugar el viernes con su padre. Tal vez, si el abuelo se iba a la casa por la mañana, comerían los cuatro juntos, o **quizás invitaría a Marta para celebrar la llegada del yayo**, y por la tarde iría con su padre al club, y también con Marta, si ella podía. Su madre debería quedarse en la casa haciendo compañía al abuelo.

Para ella no sería ninguna frustración perderse el partido; se encontraba muy bien a solas con su padre y, con toda seguridad, estaría contenta de quedarse sola con él, sin tener que compartirlo con otros; en ese aspecto era bastante absorbente, y continuaba sintiendo los lazos estrechos que se establecieron entre los dos, cuando se quedaron solos, a la muerte de la yaya Mercè.

El sueño no quería llegar a su

cabeza, porque el sueño llega a la cabeza, no a ninguna otra parte del cuerpo. Cuando la cabeza duerme, el resto del cuerpo se torna insensible, y eso es el sueño. Pero mientras la cabeza está por hacer planes o por traer recuerdos, no hay forma de dormir.

El abuelo se había girado en la cama, dándole la espalda a él. Eso era señal de que el sueño le vencía y, sin darse cuenta, su cuerpo buscaba la posición propicia para romper con el entorno, y el entorno esa noche era él, su nieto.

Tal vez si él se girase también dando la espalda a su abuelo, le llegaría el sueño; pero no, eso no lo haría, sería inútil; es el sueño el que debe llegar, y entonces el cuerpo se acomoda.

Y el sueño llegó; no se sabe cómo, pero llegó. Y debió dormir mucho tiempo y profundamente, porque no se enteró de que su abuelo se giraba de nuevo en la cama y se destapaba.

Cuando despertó, a media noche debería ser, el abuelo estaba cara al techo y había tirado para atrás la sábana, de forma que estaba estirado encima de la cama en pijama. Se sobresaltó al ser consciente de que había descuidado la vigilancia; pero se tranquilizó inmediatamente al apreciar que su abuelo dormía y respiraba suave y pausadamente.

Volvió a caer en el sueño, y al despertar de nuevo encontró que el abuelo se incorporaba en la cama, quedando sentado y con los pies colgando por el lado contrario al que ocupaba el sofá donde

*quizás
invitaría
a Marta
para
celebrar
la
llegada
del
yayo.*

él reposaba.

-Yayo, ¿dónde vas?-La vista acomodada a la penumbra permanente de la noche, permitía ver perfectamente; y de la calle llegaba un resplandor que él no sabía si continuaba siendo el de la iluminación nocturna, o era ya el del inminente día.

-Al lavabo.

-Espera que te doy las zapatillas-mientras lo decía se había incorporado y pasaba al otro lado de la cama.

El abuelo, sentado al borde de la cama, inclinó la cabeza, como queriendo buscar las zapatillas, y dijo, como con un hilillo de voz, y mientras todo su cuerpo se iba hacia adelante:

-Me estoy mareando...

Se abalanzó sobre él y pudo evitar que cayese al suelo; pero al tomarlo en sus brazos ya notó que todo su cuerpo estaba flácido.

Lo echó hacia atrás y lo primero que hizo fué apretar el botón del timbre de alarma.

-Yayo, yayo, ¿estás bien?-Tomó su mandíbula con la mano y le zarandó la cara.- ¡Yayo, dime algo!, ¿me oyes?

La cara estaba inexpresiva y él la zarandó nuevamente, dándose cuenta de que **la cabeza se movía como si no estuviese ligada al cuerpo**, como si estuviese suelta. Un escalofrío le atravesó de pies a cabeza.

Entró la enfermera.

-¡Qué pasa!

-Se ha mareado, quería levantarse para ir al lavabo, y menos mal que he llegado a tiempo de evitar que cayera al suelo.

La enfermera, mientras le oía,

había abierto uno de sus ojos, y encontrado la vista perdida. Tomó el teléfono y marcó un número.

-Una camilla a la 53. Urgente.- Y colgó.-Luis, Luis, no te asustes; es un simple desmayo y te vamos a llevar a urgencias.

Le tomó el pulso y dijo, como en un murmullo, que era muy débil.

Entraron dos camilleros y colocaron la camilla a los pies de la cama. Tomaron a Luis entre los dos como si fuera un fardo, con todo su cuerpo desmadejado y flojo. Lo pusieron sobre la camilla y salieron al pasillo. Uno de ellos ya se había adelantado para pedir el ascensor. La enfermera salió detrás de la camilla.

Dani se metió los zapatos y, con los cordones sueltos, salió también detrás de la camilla.

En el ascensor no podía ir él. Se cerró la puerta y la enfermera desapareció de estampida para avisar al servicio de urgencias internas de la inminente visita.

Nadie se había acordado de él, que aturdido se acercó al mostrador del servicio de planta.

-¿Dónde está urgencias?

-¿Qué quieres?- Le atendía una enfermera, ajena a su problema.

-Soy el acompañante de Luis Fernández, de la cincuenta y tres, que se lo han llevado a urgencias.

-¡Ah, perdona!. Está en quirófanos, en la segunda planta.

El reloj de pared de aquella oficina marcaba las seis menos cuarto.

Cuando entró al ascensor le temblaban las piernas y tuvo que apoyarse en la pared para estar

*la cabeza
se movía
como si
no
estuviese
ligada
al
cuerpo.*

seguro de que se sostendría bien.

En la planta segunda estaba bien señalizada la dirección de los quirófanos y pudo ir hacia allí sin preguntar a nadie más.

Había una puerta indicando los quirófanos, con la prohibición de cruzarla y recomendando silencio. A su derecha había una puerta entreabierta y la empujó lo suficiente para darse cuenta de que pertenecía también al servicio de quirófanos. Una enfermera andaba buscando algo en una vitrina.

-Buenos días. Mi abuelo es Luis Fernández, que lo han bajado ahora desde la habitación cincuenta y tres.

-Sí, lo sé. Está siendo atendido. Espera en la sala de aquí al lado y ya te informaremos.

-¿Tardará mucho?-preguntó agobiado por la penosa circunstancia.

-Eso no se puede saber ahora.

Salió como un autómatas al pasillo y se introdujo en la sala de espera que le habían indicado. Estaba vacía y tenía las luces apagadas. Encendió la luz y se sentó en el sillón más próximo a la puerta, desde donde podía ver a cualquiera que pasase por el pasillo en dirección al quirófano.

Tenía que llamar a su casa; pero era muy pronto; debía hacerlo sin ocultar la verdad, pero sin alarmar inútilmente.

Tal vez era un simple desvanecimiento momentáneo; pero ¿y si tuviese algo que ver con la pesadez que su abuelo sentía en la cabeza el día anterior? En tal caso las consecuencias eran

imprevisibles.

Tenía unas ganas de llorar que no podía aguantar, y eso era más imperioso que el llamar a su casa.

Junto a la sala de espera había visto una unidad de lavabos. fue hacia allí y se encerró en el váter.

Bajó la tapa de madera lacada y se sentó sobre ella.

-Yayo, por favor, no nos hagas esto a mi madre y a mí.-Lo dijo entre sollozos, y como en un murmullo para poderlo oír él mismo; pero poniendo en ello todo el deseo de que también llegase el mensaje a su abuelo.

Quedó allí sentado hasta que encontró algo de serenidad; salió al lavabo y se echó una palmada de agua sobre la cara. Se secó con las toallitas que había junto al lavabo, en una unidad al efecto.

Salió al pasillo y no había nadie; tampoco en la habitación anexa, donde esperó a que alguien llegara.

Del quirófano salía la enfermera que él ya conocía. Venía con la boca y nariz cubiertas con un filtro.

-¿Qué tal?

-Nada nuevo, está siendo atendido. No te preocupes, cuando haya algún cambio te avisaremos.

-¿Puedo llamar a mi madre?

-Aquí no hay teléfono, el más próximo lo tienes en la planta baja. Puedes ir allí.

Bajó y miró su reloj antes de descolgar el aparato. Eran las siete menos diez; sus padres se levantaban a las siete y unos minutos, después de oír las noticias de las siete en el radio-des-

**-Yayo,
por
favor,
no
nos hagas
esto
a
mi madre
y
a mí.**

pertador de la mesita de noche. Se levantaban los dos al mismo tiempo y ella se iba a la cocina mientras él se metía en el baño; así, diez minutos después podían estar desayunando los dos, y era entonces cuando ella se metía al baño.

Esperaría a las siete y cinco para llamar. No tenía ningún objeto el hacerlo antes, puesto que ellos no iban a mejorar la situación llegando un cuarto de hora antes o después.

Volvió a la segunda planta por si hubiese algo nuevo. Todo estaba igual. Paseó a lo largo del corredor y finalmente se sentó unos minutos en la sala de espera. Sobre una mesita baja en la esquina había unas revistas; miró sólo sus portadas; estaban mezcladas algunas revistas médicas con otras de las del corazón; todos los números eran muy atrasados, y ninguna ofrecía interés para él en la presente circunstancia.

El tiempo corría muy lento. Cuando pasaban dos o tres minutos de las siete bajó de nuevo a la planta baja y marcó el número de su casa.

-Mamá, buenos días-dijo cuando su madre descolgó el teléfono de la cocina, y se adelantó a ella, sabiendo que en aquellos momentos era ella la que estaba al otro lado.

-Buenos días, hijo ¿qué pasa?- A pesar del pretendido tono de voz neutro que él usó, ella intuía que una llamada a esta hora no era buen síntoma; **y en su pregunta viajaba por el cable una buena carga de inquietud.**

-No te alarmes; no es nada grave. El yayo ha ido a levantar-

se para ir al lavabo y se ha mareado, pero no ha caído al suelo.

He llamado a la enfermera y ahora lo están atendiendo. No hace falta que vengais inmediatamente porque no vais a solucionar nada con correr.

-Bueno, tranquilo, hijo, que ahora vamos para allá.-Y colgó.

Menos mal que pudo resolver la llamada sin pronunciar la palabra quirófanos, que hubiera alarmado aun más a su madre. Ahora tendría que subir a la quinta planta para indicar a la enfermera de la planta que avisase a sus padres, cuando llegaran, que él estaba con su abuelo en la segunda planta.

Lo hizo, y regresó seguidamente a la planta de los quirófanos, en cuyo exterior seguía sin ocurrir nada.

Esperó en la sala contigua hasta que llegaron sus padres, y les explicó detalladamente como había ocurrido el incidente; su madre se situó en la habitación que había junto al quirófano hasta que apareció la enfermera, que con ella fue un poco más explícita que lo había sido con él. Dijo que le estaban prestando las primeras atenciones que consistían en mantener las constantes vitales, hasta que llegara el doctor Torras, al que ya habían avisado y estaba por llegar.

Llegó el doctor diez minutos después y se introdujo en el quirófano después de saludarles y de asegurarles que les mantendrían informados.

Los tres estaban sin desayunar y decidieron hacerlo en la cafetería de la clínica por turnos. Primero fueron sus padres y des-

*y en su
pregunta
viajaba
por el
cable una
buena
carga de
inquietud*

pués él.

Cuando regresó se enteró que el doctor Torras había salido y queriendo tranquilizarlos, les dijo que habría que hacerle un TAC para conocer la parte del cerebro afectada. Que él creía que se habría producido la rotura de algún pequeño capilar, pero no lo sabrían hasta conocer el resultado del TAC; y eso no sería hasta pasadas unas horas. Mientras tanto lo pasarían a la UCI y allí lo tendrían manteniéndolo en todo tiempo bajo control.

Con ese planteamiento José Antonio decidió marcharse al despacho, con el ruego de que le llamasen cuando supieran algo nuevo.

A las diez llamó Dani a Marta para darle la mala noticia y decirle que él y su madre iban a estar todo el día en la clínica.

Marta dijo que pasaría a media mañana para ver si ya se conocía el resultado del TAC.

La mañana pasó entre la lectura del periódico y una escasa comunicación entre madre e hijo, porque ninguno de los dos tenía ánimos para entablar conversación sobre ningún tema. De vez en cuando se miraban preocupados y en sus ojos ya había la suficiente elocuencia **para conocer cada uno de ellos lo que estaba pasando por la cabeza del otro.**

Vino Marta y se marchó después de hacerles un rato de compañía, despidiéndose hasta la tarde.

Llamaron a José Antonio después de haber hablado con el doctor Torras y saber por él que, conocido el resultado del TAC, aquella tarde, a partir de las

cinco, deberían operarle para extraer un coágulo que estaba presionando fuertemente al lóbulo parietal derecho. Quedaron en verse a primera hora de la tarde, antes de la operación..

Comieron los dos en la cafetería de la clínica, que no quisieron abandonar en aquellas horas, a pesar de saber que presumiblemente no tendrían más noticias, salvo que las hubiera en la anunciada entrevista con el médico.

A las cuatro de la tarde les llamó el doctor Torras y les explicó en qué iba a consistir la operación, la necesidad de practicarla y el riesgo que se corría con ella. Y solicitaba su autorización formal para llevarla a cabo, pues una vez conocido lo anterior eran ellos quienes debían autorizar la intervención.

-¿Qué otra cosa podemos hacer, doctor? -dijo Montse-. Después de lo que nos acaba de decir no tenemos más alternativa que operarle y asumir el riesgo, o dejarle como está. De todas formas déjeme hablar con mi marido.

-Puede hacerlo desde este despacho; quédense aquí y yo vuelvo en diez minutos.

Los dejó solos y ella llamó a José Antonio para explicarle resumidamente lo expuesto por el médico, indicando que en la práctica no había más que una salida. Y acabó-¿qué te parece?

Al otro lado del hilo telefónico José Antonio fue desgranando su opinión y ella iba contestando;-Sí....sí.....sí.- Terminó con un "que sea lo que Dios quiera. Hasta pronto". Y colgó.

*para
conocer
cada uno
de ellos
lo que
estaba
pasando
por la
cabeza
del otro.*

-Papá viene ya para acá-dijo mirando de frente y muy seria a su hijo-; le parece que debemos dejar que le operen. ¿Quieres tú añadir algo?

Él se adelantó y **abrazó a su madre haciendo un gran esfuerzo para no llorar.**

¿Qué puedo decir?. Ya está todo dicho. Mamá sea lo que Dios quiera, como tú has dicho. Sólo quiero decirte, que si lo perdemos, yo estaré a tu lado para suplirle hasta donde pueda, de manera que tú no sientas el vacío que él deje.

Se abrazaron llorando sin reprimirse de hacerlo uno en presencia del otro.

Así los encontró el doctor Torras, que entró y tosió levemente para que llegaran a darse cuenta de su presencia.

-Perdone doctor; pero es que él representa mucho para nosotros.

-Ya me imagino. Por eso cuesta tanto tomar esta decisión.

-Está tomada, doctor, puede usted operar y que sea como Dios disponga.

-Bien pues vamos a preparalo todo; ustedes pueden quedarse en la habitación, y cualquier novedad se la comunicaremos allí. Les avisaremos cuando entre al quirófano. Tengan confianza.

-La tenemos en usted, doctor; qué Dios le guíe.

Se despidió el doctor y ellos se marcharon hacia la habitación.

Unos minutos antes de las cinco llegó José Antonio, y Dani llamó a Marta para darle las últimas noticias.

A las cinco y media les llama-

ron indicando que lo trasladaban al quirófano desde la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos), donde permanecía sedado.

Poco después llegó Marta muy afectada por el cambio tan negativo que se había producido desde el día anterior.

Hasta las ocho de la tarde sólo consiguieron saber que todo iba normal, a través de un par de escapadas a la segunda planta donde estaba el quirófano.

A las ocho y cuarto les llamaron para indicarles que había terminado la operación y estaba en la unidad de recuperación.

A las ocho y media les llamó el doctor Torras a su despacho para explicarles que el coágulo era algo más grande de lo previsto y había sometido al lóbulo parietal a una alta presión, lo que retrasaría un poco su recuperación; pero él esperaba que en el curso de la noche recuperaría la conciencia. Podían marcharse a casa, porque hasta la mañana siguiente, viernes a las siete y media, no tendrían más noticias.

Montse no se quería marchar; pero fue empujada a hacerlo por su marido y su hijo, que no encontraban sentido alguno a quedarse allí toda la noche.

Dani acompañó a Marta, que se despidió de él en el portal de su casa con un abrazo entre lágrimas de los dos y una encendida confesión de amor.

Cuando llegó a casa sus padres estaban sentados en el sofá haciendo cábales sobre las posibilidades de que recuperase pronto el conocimiento.

abrazó a su madre haciendo un gran esfuerzo para no llorar.

No habían cenado nada, y sólo habían tomado un vaso de leche fresca; así se lo dijeron a Dani, al tiempo que le presionaban para que él tomase algo de fiambre; pero no tenía ningunas ganas.

Presionado por sus padres se resignó a tomar también un vaso de leche y después se sentó en el sofá junto a su madre.

Ninguno de los tres tenía prisa por acostarse; pero ya pasaban de las once y era necesario descansar para madrugar; debían levantarse a las seis y media para llegar antes de las siete y media a la clínica.

Dani despidió a sus padres con un beso y un "hasta mañana" y se retiró a su habitación.

Se desnudó y se dejó caer sobre la cama con sólo los pantalones cortos del pijama. Estaba rendido, pero creyó que le iba a costar coger el sueño.

Miró a la tenue oscuridad del techo, y queriendo traspasarlo, **rezó como hacía mucho tiempo que no lo hacía:**

-Señor, cúralo; no lo hagas por mí, que no tengo derecho a pedirte; pero hazlo por mi madre; tú también tuviste una madre; hazlo por ella; ella lo sigue necesitando porque sigue siendo como una niña huérfana. Señor, cúralo.-Y se limpió con la sábana las lágrimas que le inundaban los ojos.

Le despertó su padre, y en el reloj de la mesita de noche eran las siete menos diez.

-Buenos días; te he dejado dormir un poco más porque tú te arreglas rápido.

-Gracias papá, y Dios quiera que tengamos buenos días.

Mientras se vestía recordó que era viernes, el día fijado para jugar a tenis; pero ahora nadie pensaba en eso; tampoco él había comprado las pelotas, y tampoco harían falta, tal como estaba el abuelo.

Se duchó en un tris tras y desayunó con hambre, de forma que los tres pudieron salir en coche a las siete y cuarto.

Cinco minutos después estaban entrando al parking de la clínica, y cinco minutos antes de la hora fijada estaban a las puertas de la UCI esperando las últimas noticias.

*rezó
como
hacía
mucho
tiempo
que
no
lo hacía.*

El doctor Torras ya estaba allí y los introdujo en su despacho tan pronto llegaron.

-Doctor.-La ansiedad de Montse no tenía espera, y antes de tomar asiento, a indicación del médico, ya estaba interrogando; pero el doctor no se hizo esperar y la interumpió para iniciar su información.

-Sí, veamos. Hemos tenido una noche un poco complicada; pero en estos momentos lo tenemos controlado.-Los tres intuyeron que no le era fácil al médico decir con claridad lo que tuviera que decir, y eso era un mal síntoma. El doctor Torras continuó.-Permanece aun inconsciente, pero en este momento las constantes vitales están controladas; tiene un buen ritmo cardíaco y una respiración tranquila; la presión sanguínea y la temperatura son las normales. A las dos y cuarto de esta mañana se presentó una arritmia cardíaca

con una profunda bradicardia, próxima a la situación de paro cardíaco; pero la actuación del médico de guardia impidió que se produjera el paro. El desarreglo ha durado hasta las cuatro y media, y ahora el ritmo cardíaco es normal, como ya les he dicho.

Ninguno de los tres tenía palabras para expresar lo que quería; pero los tres querían saber más; principalmente deseaban conocer la opinión del médico sobre el pronóstico que podía esperarse a partir de ese momento. Fué Montse, una vez más, la más impaciente.

-Y ese cuadro, doctor, ¿cómo podemos esperar que evolucione?

-Es complicado hacer un pronóstico. Si no se vuelven a presentar episodios como el pasado, la evolución puede ser positiva, aunque no sea rápida; tan pronto recupere la conciencia, si los parámetros se conservan, entonces puede remontar el problema con rapidez. Pero he de serles sincero y decirles que no podemos descartar la posibilidad de que se vuelva a presentar algún episodio como el de esta noche, sea cardíaco o vascular. En casos de esta naturaleza **el tiempo juega a favor del enfermo**, tengamos confianza y paciencia. Pueden marcharse, pero esté alguno de ustedes localizable; dejen un teléfono a la enfermera; si no les llamamos, pueden venir a la tarde a la hora de costumbre para recibir nuevas noticias. Y si no tienen nada que añadir o preguntar, por mi parte es todo.

José Antonio miró a Montse, y ante su asentimiento, fue él quien

tomó la palabra.

-Nada más, doctor, sólo queremos agradecerle que haya sido usted tan claro con nosotros, y a la tarde nos veremos.

Dani y su madre salieron del despacho con los rostros desenchajados; su padre tampoco estaba para fiestas; pero se conservaba más íntegro y fué él quien tomó la responsabilidad de animar a su mujer y su hijo.

-Bueno, no podemos hacer nosotros nada; pero yo confío en su fortaleza; ha hecho mucho deporte y tiene un cuerpo sano y fuerte, de manera que será capaz de superarlo. Venga, vamos a seguir cada uno con nuestras cosas y vereis como a la tarde ha cambiado el cuadro.

*el
tiempo
juega
a favor
del
enfermo.*

Se marcharon; él a la oficina y Montse y su hijo hacia casa, pasando por el supermercado, de donde siempre había que tomar algunas cosas para cubrir las faltas que se iban produciendo en la casa.

El día se hizo largo, a pesar de la visita de Marta que pasó por la casa de Montse acompañada de su madre a primera hora de la tarde para hacerles un poco de compañía y conocer directamente por ella las noticias sobre el estado del abuelo.

En la comunicación de la tarde las noticias no eran más alentadoras, sino más bien al contrario. No se había presentado ningún nuevo episodio cardíaco serio; pero el control de las constantes vitales estaba resultando más difícil de lo esperado.

Había aparecido fiebre y los análisis de sangre y orina practicados indicaban una cierta infección de riñón, que ya estaba siendo tratada. Continuaba inconsciente y en la UCI, de donde no era previsible que saliera durante el inmediato fin de semana. El doctor les anunció que él estaba de guardia el sábado por lo que podría seguir a su cuidado directamente. Ese fue el único aspecto tranquilizante de la visita.

Dani se sentía tan impotente y tan desorientado como cuando estuvo en la cárcel Modelo. Permacenía al lado de sus padres, principalmente junto a su madre; pero no podía hacer otra cosa que observar lo que pasaba a su alrededor; era un sujeto pasivo de los graves acontecimientos por los que pasaba su familia; y no veía qué podría hacer para mejorar la situación, salvo el estar al lado de su madre, que era la más afectada de todos.

Tanto él como su madre salieron de la clínica, con una sensación de desorientación y desamparo que no les dejaba pensar en cual era la dirección que debían tomar. José Antonio estaba más entero y fue él quien propuso el pasear un poco por la ciudad y cenar fuera para no ponerse entonces en la casa a preparar la comida. Pretendía sobre todo el distraer a su mujer y su hijo, que estaban ostensiblemente turbados.

Decidieron pasear por una zona de la ciudad que estaba últimamente muy cambiada, era el tramo de Diagonal comprendido entre la

Plaza de Francèsc Macià y el hotel Princesa Sofía. Allí estaba el nuevo Centro Comercial y de Negocios de La Illa o L'Illa, en castellano o catalán, que había en Barcelona quien le llamaba indistintamente de una u otra forma.

Pasearon Diagonal adelante con el sol de la tarde bañando sus rostros, y Dani pensaba, mientras avanzaban por el amplio paseo, que **el sol de la vida no les estaba dando de cara**, sino que se estaba escapando irremisiblemente.

Especialmente el comunicado de aquella tarde le dejó muy pesimista respecto a la posibilidad de que todo volviese a ser como había sido hasta una semana antes.

Tenían ganas de caminar y llegaron hasta los jardines que hay a las puertas del Palacio de Pedralbes, con sus fuentes y sus estanques, y su multitud de padres y abuelos con sus hijos y nietos jugando con el agua; algunos barcos teledirigidos cruzaban los estanques y los orgullosos pilotos los recibían en sus orillas para volver a girarlos hacia el centro del estanque. Algunos veleros también adelantaban por el agua, aunque torpemente porque la escasa brisa no les permitía una navegación más vivaz.

Estuvieron unos minutos viendo el espectáculo y José Antonio intervino.

-Está anocheciendo; si quereis damos la vuelta.

-Sí, está anocheciendo, vamos.-Dani contestó con toda la intención puesta en otro anocheecer. Había venido por la Diagonal observando en silencio como el sol

*el sol
de la
vida
no les
estaba
dando
de cara.*

descendía en el cielo hasta ocultarse y desaparecer, sin nubes que lo ocultaran y **sin destellos con los que jugar al juego de los ocasos**, que él tan bien conocía. Pensaba, sí, que el ocaso de aquel día era especialmente triste.

Por eso, cuando su padre dijo que anocheecía, él pensó que la noche siempre sigue al ocaso, y según estaba siendo de triste el ocaso, habría que conocer lo que les esperaba en la noche. Lo pensó, pero ni por un momento hizo intención de exteriorizarlo, y hasta hacía esfuerzos para sacarse ese temor de encima, aunque no era nada fácil.

Por la esquina misma del Palacio de Pedralbes giraron hacia la izquierda, hacia arriba, para buscar el Paseo de la Bonanova y regresar a la casa por otro camino. En la Plaza de la Bonanova entraron a uno de los restaurantes que ofrecen un menú a buen precio.

Cenaron una comida casera sobria, con una conversación aun más sobria, porque ninguno de los tres tenía

ánimos para otra cosa. Cuando llegaron a casa, antes de irse a dormir telefoneó Montse a la enfermera de noche de la quinta planta, que se había brindado a recoger las últimas noticias y servírselas. Pero no había nada nuevo, y Montse se quedó sin poder saber si la ausencia de novedades era una buena o una mala noticia.

Se acostaron sin que ninguno propusiera encender la tele para nada. La inquietud, y el cansancio que conlleva, no les dejaba

ánimos para otra cosa que para irse a la cama a enfrentarse allí con sus propias cavilaciones.

Sonó el teléfono. Montse y José Antonio se incorporaron al mismo tiempo. El inalámbrico estaba encima de la mesita de noche de José Antonio. Ambos miraron el reloj luminoso antes de que José Antonio tomara el teléfono. Eran las seis menos diez.

-¿Diga?

-Buenos días. ¿Es usted familiar de Luis Fernández?

-Soy su yerno.

-Luis está muy agitado. Sería conveniente que vinieran.

-Ahora mismo. Muchas gracias.

*sin
destellos
con los
que jugar
al juego
de los
ocazos.*

Se abrió la puerta de la habitación después de oírse un par de golpes tímidos sobre ella. Dani también tenía esa noche el sueño ligero.

-¿Es de la clínica?

-Sí, el yayo está peor y nos vamos.

Se vistieron de estampida y por todo aseo se echaron una palmada de agua a la cara y pasaron un peine por su cabeza.

En unos minutos estaban en la clínica y se presentaron, sin esperar al ascensor, en la segunda planta.

Les recibió el médico de guardia, que no era el doctor Torras, que entraría de guardia algo más tarde.

-¿Cómo está, doctor?

-Lo siento, ha sido muy rápido, y mejor para él. Ha fallecido poco después de haberles llamado a ustedes. Había pasado la noche bastante tranquilo; pero hace menos de una hora se ha puesto muy

agitado y con el corazón completamente fuera de control. Cuando le hemos visto así hemos intentado controlarlo sin conseguirlo. Ha sido entonces cuando he dicho que les llamaran, y luego se ha desencadenado todo muy rápido. Reciban mi pésame y sepan que estamos a su disposición para lo que necesiten. ¿Qué piensan hacer con él?.

Esa pregunta ya no la oyeron ni Montse ni su hijo, que estaban completamente turbados y se abrazaban llorando.

Fue José Antonio, quien contestó, de acuerdo con lo que ya había hablado con Montse para el caso de que se produjera esta eventualidad.

-Lo llevaremos a Sancho de Ávila.

-Muy bien, le mando alguien de oficinas para que dispongan lo necesario.

-Gracias, doctor.

Y lo trasladaron al Servicio de Pompas Fúnebres de Sancho de Ávila, en la parte norte de la ciudad, alrededor de las doce y media de la mañana, de aquel sábado día veinticinco de Julio del 1992, cuando en la ciudad de Barcelona, todo el mundo estaba pensando en el acontecimiento que iba a tener lugar aquella tarde en el Estadio Olímpico.

Esto ocurría cuando toda la ciudad era una fiesta, toda menos algunos reductos de dolor, que en estos casos no salen en la prensa, y si salen no los lee nadie, porque la alegría y el gozo de la inmensa mayoría los ahoga por inoportunos.

Aquella tarde, en el Estadio Olímpico aparecían dos asientos vacíos, y nadie podía explicar el por qué. Cuando los compraron, sus propietarios ya esperaban con ilusión el momento de ocuparlos; y nunca pensaron que hubieran de quedarse vacíos después del interés puesto en conseguirlos y el esfuerzo, también económico, hecho para tenerlos en las manos.

Y en cambio, aquella tarde, ninguno de los dos previstos ocupantes de estos asientos, estaba para pensar en ellos. Uno estaba muerto y yacía en un féretro en el Servicio de Pompas Fúnebres. El otro estaba tan aturdido con el acontecimiento que no pensó en toda la tarde que existieran, ni las entradas, ni los Juegos Olímpicos, ni Barcelona misma.

Estaba aturdido por sí mismo y por su madre, que quedaba definitivamente huérfana; aturdido, pero no hundido, porque después de las primeras horas de angustia y desespero, estaba fraguando y delineando su futuro en ausencia de **su abuelo**, que hasta la fecha había sido **su sostén en las desgracias y su compañero en las alegrías**.

Y para no defraudarle iba a ser todo lo que su abuelo esperaba e él.

La relación con sus padres, y con Marta, y sobre todo su actitud ante el trabajo, sus estudios, iban a presentar un nuevo perfil a partir de este momento.

*su
abuelo,
su sostén
en las
desgracias
y su
compañero
en las
alegrías.*

Cuando cerraron las capillas del Servicio de Pompas Fúnebres se marcharon a su casa, pasando por la de Marta para dejar a su madre y a ella, que les habían acompañado todo el día.

Tomaron un poco de fiambre y un vaso de leche, que era todo lo que tomaban durante ese día, salvo un par de cafés con leche.

En la cama, Dani, no podía conciliar el sueño y puso la radio. Una emisora local comentaba algunas de las muchas anécdotas de un día tan festivo para Barcelona, y tan rico en actos y anécdotas de todo tipo.

Dos entradas de una tribuna lateral del Estadio-comentaba el locutor-se habían quedado sin ocupar, a pesar de lo difícil que había sido el conseguir cada una de las entradas para ese acontecimiento.

Dani dió un manotazo sobre la barra de desconexión de la radio y se tapó la cabeza con la sábana para llorar sin que nadie pudiera verle y tuviera la tentación de consolarle. Pero no era el llanto por el espectáculo perdido, sino porque su abuelo no podría ya verlo, ni siquiera en diferido.

El entierro, al día siguiente, en el cementerio de Collcerola fue íntimo y muy sentido. Fue comunicado y asistieron media docena de profesores de la Facultad, los compañeros más cercanos a Montse; ocho o diez vecinos de su casa en Muntaner, otros tantos compañeros de Luis, de las tertulias de jubilados; diez o doce personas más relacionadas con la empresa de

José Antonio, incluyendo la familia Espín al completo, con sus dos hijos, y los padres de Marta, además de ella, que no se separó de su novio un solo momento.

En la casa quedó un vacío difícil de llenar; pero el tiempo fué curando las heridas, gracias al bálsamo que los tres iban poniendo

Un día de aquellos **explicó Dani a su madre el juego de las luces del ocaso**, su juego secreto. Y lo explicó para decirle cómo había comparado aquellos ocasos con el del yayo, ya anochecido.

-Es cierto, hijo; pero trata de seguir adelante con tu juego.

Piensa que es necesario que se marche el sol para que puedan brillar las estrellas y la luna. Una noche estrellada es también muy hermosa; pero no nos está permitido el gozarla con el brillo del sol. Y con la luz de la luna también podemos admirar los cambios del escenario.

Dos semanas después, cuando los Juegos Olímpicos estaban a punto de acabar, Montse se metió a la habitación de su padre para hacer un poco de limpieza. Y encontró en uno de los cajones del armario un sobre, en cuyo interior estaban las dos entradas que nadie había hecho servir.

Se las dió a Dani, y él las enmarcó y colgó en su habitación, como último homenaje a su abuelo. Al pie del cuadro había puesto de su puño y letra: "Yayo, te seguimos queriendo".

Llamó a su madre para enseñarle el cuadro ya colgado, y ella se

**explicó
Dani
a
su madre
el juego
de las
luces
del ocaso**

emocionó y besó a su hijo con orgullo de madre, y de hija, mientras le decía:

-Estos días te he dicho que **hace falta que el sol se oculte para que brillen las estrellas.** Y eso está pasando en esta casa. Te quiero, hijo, y empiezo a conocer tu brillo cuando creía que llegaba la oscuridad de la noche.

-No me agobies, mamá. Te quiero, pero necesito tiempo.

-Te daré todo el tiempo del mundo. Perdona, hijo.- Y salió del cuarto de su hijo.

Aquel cuadro era uno más de los muchos hitos que él fue colocando en su vida, para tener presente continuamente cual era el camino que tenía *hace falta* que seguir.

Y gracias a tanta señal de alerta, al apoyo de sus padres y de Marta, y sobre todo gracias a su firme voluntad de construir, para sí mismo, una vida lo más parecida posible a la que para él había soñado su abuelo, nunca más se cruzaron nubes de tragedia en su vida y los ocasos se fueron alejando de su horizonte. Acabó sus estudios de Informática y comenzó a trabajar en una multinacional del sector del automó-

vil, cuando ya Marta llevaba un año trabajando como publicista en una pequeña editorial, muy especializada en el sector sanitario, y muy conocida entre los colectivos de médicos y farmacéuticos; ella ya había empezado a ahorrar para la boda y los gastos siguientes a ella.

A pesar de sus prisas por ahorrar también, Dani dedicó sus tres primeras mensualidades a PROYECTO HOMBRE, una ONG que se ocupaba de la recuperación de drogodependientes.

Él conocía muy bien lo que había representado el yayo en su vida, y la deuda que tenía contraída con él debía pagarla de alguna manera. Y lo que lamentaba de veras era el no poder pagar la deuda en su totalidad, como hubiese hecho si su abuelo viviera, comprando un coche para él, como le había prometido.

Se casaron en la iglesia de la Bonanova, y en el banquete nupcial ambos novios quisieron poner una silla vacía presidiendo la mesa.

Y nadie preguntó, por obvio, por qué quedaba vacía la presidencia, o a quién se esperaba para que la ocupara.

*que
el sol
se oculte
para que
brillen
las
estrellas.*

& & & & &

EL SOL DEL OCASO

DEDICATORIA

A mi nieto/a.
Le busqué sin hallarle;
resultó demasiado pronto
para dedicarle mi aventura,
y demasiado tarde
para jugar a tenis
y compartir otras aficiones,
antes de que el ocaso me sorprenda.

Sant Cugat, Diciembre de 2001.

& & & & &